

de

el sexo inútil

VIAJE EN TORNO A LA MUJER

oriana fallaci



Acosta
Moro

Lectulandia

Seis ediciones en menos de un año hablan elocuentemente del interés de este libro.

Oriana Fallaci, mujer joven, guapa y pizpireta, corresponsal de *L'Europeo* y de numerosas revistas, da la vuelta al mundo acompañada de un joven fotógrafo para averiguar y dejar en claro de una vez para siempre qué papel representa esa nutrida parte de la humanidad a la que los hombres llamamos «sexo débil» e incluso «sexo inútil».

Las averiguaciones de la linda Oriana Fallaci nos llenan de perplejidad. ¡Qué inmensa variedad de mujeres! Chinas, japonesas, hawaianas, americanas, europeas, negras...

Divertida e interesante como usted no puede imaginarse.

Lectulandia

Oriana Fallaci

El sexo inútil

Viaje en torno a la mujer

ePub r1.0

KayleighBCN 12.02.17

Oriana Fallaci, 1962
Traducción: Vicente Santiago
Diseño de cubierta: Acosta Moro

Editor digital: KayleighBCN
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermana Neera

PRÓLOGO

Era verano cuando el director del diario me preguntó si quería dar una vuelta por el mundo deteniéndome sobre todo en Oriente. Naturalmente, explicó, había que esperar a que terminara la estación de las grandes lluvias. En resumen: debería partir durante el invierno.

La expresión «grandes lluvias» impresiona siempre; es algo así como decir: «El duque de Norfolk me ha referido...»; o bien: «No sé si conoces aquel restaurante de la calle Chejov, en Leningrado...». Hasta un periodista habituado a trasladarse a lejanos países y ayuno de cualquier ilusión por la excepcionalidad de ciertos viajes acaba por quedar impresionado e interesarse por ello.

—¿Por qué no? —contesté—. ¿Qué debería hacer en Oriente?

—Una serie de reportajes sobre la mujer en los diversos países —aclaró.

Al instante la expresión «grandes lluvias» perdió todo su efecto.

Siempre que me es posible me abstengo de escribir sobre la mujer o sobre los problemas relacionados con la mujer. No sé por qué, este tema me produce desasosiego, me resulta ridículo. Las mujeres no constituyen una fauna especial, y no comprendo la razón de que formen, especialmente en los diarios, capítulo aparte: como el deporte, la política y el boletín meteorológico. El Padre Eterno creó hombres y mujeres para que vivieran juntos, y desde el momento en que esto puede resultar muy agradable, a pesar de lo que afirmen ciertos desviacionistas, tratar a las mujeres como si vivieran en otro planeta donde se reprodujesen por partenogénesis me parece un dislate mayúsculo. Lo que interesa a los hombres interesa también a las mujeres. Conozco a algunos hombres —absolutamente normales, no vayáis a pensar mal— que leen *Harper's Bazaar* y a algunas mujeres —absolutamente normales, no vayáis a pensar mal— que leen los editoriales del *Times*; mas no por esto son más cretinos o cretinas que los demás.

Y así, cuando alguien me pregunta: «¿Escribe usted para las mujeres?», o bien: «¿Escribe usted sobre las mujeres?», yo siento una rabia feroz. En el caso presente, puesto que había de por medio las «grandes lluvias», me guardé muy bien de montar en cólera. Respondí sencillamente que lo pensaría.

Y lo pensé. Estaba dispuesta a renunciar a las «grandes lluvias» antes que partir sin creer en aquel reportaje. Durante varios meses, en efecto, pareció como si verdaderamente renunciase a ello. Luego ocurrió un episodio imprevisto. Una muchacha, a quien conozco desde hace tiempo, me invitó a cenar, y a la mitad de la cena estalló en sollozos diciendo que era muy desgraciada. Se trataba de una muchacha de gran éxito: independiente, hermosa, con casa propia en la que puede hacer lo que se le antoje, un buen empleo donde se desenvuelve mejor que los hombres; en suma: una de aquellas muchachas de las que la gente pondera que son afortunadas y poseen cuanto una mujer puede ambicionar. Verdaderamente nadie sospechaba, y yo mucho menos, que pudiera sentirse desdichada. Para consolarla

enumeré cuanto ella tenía.

—¡Qué tonta eres! —exclamó, sollozando y sonándose ruidosamente la nariz—. Precisamente me lamento de cuanto tengo. Pero ¿acaso tú te sientes más feliz con la idea de poder hacer lo que hacen los hombres y llegar a ser tal vez algún día presidente de la República? ¡Dios mío, ojalá hubiera nacido en uno de aquellos países donde las mujeres no cuentan para nada! En el nuestro, en cambio, es un sexo inútil.

El discurso me turbó. Y como cualquiera que no recuerda tener orejas porque cada mañana se las encuentra en su sitio, y únicamente cuando padece otitis advierte su existencia, se me ocurrió que los problemas fundamentales del hombre nacen de cuestiones económicas, raciales, sociales; pero los problemas fundamentales de la mujer nacen también y muy especialmente de esto: el hecho de ser mujer.

No aludo solamente a ciertas diferencias anatómicas. Aludo a los tabúes que acompañan a esta diferencia anatómica y condicionan la vida de las mujeres en el mundo. En los países musulmanes, por ejemplo, ningún hombre ha ocultado jamás su rostro tras un velo para salir por las calles. En China ningún hombre ha tenido jamás los pies vendados y reducidos a siete centímetros de músculos atrofiados y huesos rotos. En Japón ningún hombre ha sido jamás lapidado porque la mujer haya descubierto que no era virgen. (¿Se dice así del hombre?... ¿Lo veis? Ni siquiera existe la palabra). Pero todas estas cosas sucedieron y suceden aún a las mujeres. Así fue como advertí que la idea de mi director no era ninguna estupidez, y cuán interesante sería acercarse a las mujeres de los demás países y comprender si son más felices o desgraciadas que aquella amiga mía que se sonaba estruendosamente la nariz de modo tan desconsolador.

Cuando llegó el invierno y acabaron las «grandes lluvias» indiqué a mi director que estaba dispuesta a emprender la marcha.

Entonces estudiamos juntos el itinerario. Porque, entendámonos, ¿qué significa dar la vuelta al mundo? Si lo tomáis al pie de la letra, significa trasladarse a todos los rincones de la tierra, desde Laponia al África del Sur, desde Nueva Caledonia hasta Alaska: sinceramente esto era un poco demasiado. Antes de acabar semejante vuelta, los astronautas soviéticos habrían llegado a Venus y descubierto a las venusianas, y el interés por las mujeres de nuestro planeta se habría extinguido para siempre.

Además yo no quería escribir un libro de etnología y explicar cómo las esquimales cuecen la carne de foca o cómo las esposas de los cazadores de cabezas reducen al tamaño de un huevo la cabeza de un explorador imprudente. Sólo me interesaba recorrer una extensa faja de tierra que me permitiera estudiar todas las situaciones posibles en que llegan a encontrarse las mujeres, por su propia culpa o por ciertos tabúes.

Y así decidimos que lo mejor era repetir, poco más o menos, el viaje de Phileas Fogg. De Italia me trasladaría al Pakistán, luego a la India, después a Indonesia, más tarde a China, si me concedían el visado —como no me lo dieron tuve que contentarme con Hong-Kong—, finalmente al Japón, a las islas Hawai, a Estados

Unidos de América y de nuevo a Italia. Como Phileas Fogg, también yo tendría un compañero de viaje, y no quiero con esto insinuar que se tratase de un Picaporte: mi compañero de viaje era Duilio Pallottelli, fotógrafo, y en virtud de la igualdad de sexos no tendría que acarrear mis maletas como Picaporte.

Por tanto nos presentamos en Sanidad Exterior, donde nos agujerearon por todas partes para que no cogiéramos el tifus, la fiebre amarilla, la viruela, el cólera. Pedimos esos estúpidos timbres que se llaman visados y que los servidores del papel sellado consideran indispensables para atravesar las fronteras. Escuchamos con falsa compunción al director, quien nos recomendaba no correr tras el folklore y escribir crónicas escuetas. Y partimos.

Llevábamos con nosotros una docena de cámaras fotográficas, una máquina de escribir, un billete de pasaje aéreo que parecía un acordeón, tan largo era, y finalmente una inmensa y sincera curiosidad.

Bien sé que hoy día hay quien va a Bombay con la misma facilidad con que nuestros abuelos iban a Viena y a París; yo misma voy y regreso en una semana a Teherán o a Nueva York con tal de escribir un artículo que al día siguiente ya estará pasado de moda. Pero no es fácil sustraerse a la sugestión que acompaña un viaje de este género, y hasta gente avezada a la indiferencia de la vida moderna me miraba con cierta envidia y me prodigaba consejos: «Ten cuidado de no perderte por los barrios prohibidos». «Acuérdate de que en el Ecuador hay serpientes». «¡Feliz tú que vas a países cálidos!».

Duilio, que como auténtico romano no se inmuta por nada y si se topara con un habitante de Marte le miraría bostezando, estaba sumamente nervioso. No me dejaba tranquila con el problema de las bolsas refrigeradoras donde debería guardar los rollos de película para protegerlos del calor excesivo. Me preguntaba constantemente cuántas chaquetas de lana tenía que sustituir por chaquetas de lino.

—Dime: ¿es cierto que las japonesas se bañan desnudas mezcladas con los hombres? ¿Es cierto que en Hong-Kong resulta muy fácil llevárselas a la cama? ¿Es cierto que las indias conocen ciento cuarenta y seis maneras distintas de hacer el amor?

Su interés, admitámoslo, no era exclusivamente periodístico. Antes de despegar de Ciampino ya paladeaba el instante en que regresaría para explicar a los amigos su aventura con cierta china, con cierta japonesita, con cierta india, y su rostro joven se iluminaba con una sonrisa feliz al imaginarlo.

Pero de la misma forma que él cometía este pecado trivial, cometía yo otro no menos vulgar —a pesar de desterrar toda posibilidad de que apareciera cierto chino, cierto indio, cierto japonés, aventuras que habría evitado sin pesadumbre—: me sentía sumergida en una fantasía de «grandes lluvias» y estatuas de Buda y templos de Siva y piraguas polinesias.

Cuando se elevó el avión pensé agradecida en las lágrimas de la amiga desdichada. Sólo entonces recordé que no era ningún Phileas Fogg dedicado a una

tarea amena, sino una mujer empeñada en un trabajo difícil.

Esta idea ocupó mi mente buena parte del viaje entre Roma y Karachi. Hicimos escala en Ankara para reponer bencina, y la espera en esta ciudad, último pedazo de Europa a las puertas de Asia, me pareció casi simbólica. Ankara aparecía cubierta de nieve, y desde las vidrieras del aeropuerto sólo se divisaba el resplandor helado y blanco. También las turcas me parecían heladas y blancas en la imagen que de ellas tenía. Son mujeres que han evolucionado por completo. Duilio y yo lo habíamos podido comprobar durante un viaje anterior que efectuamos a Ankara.

—¿Te acuerdas de Su Excelencia Adile Ayla? —pregunté a Duilio.

—¡Dios mío! —me contestó Duilio.

Y me estremecí ante la imagen de Su Excelencia, sentada como una abeja reina rodeada de zánganos en su despacho del Ministerio del Exterior. Los zánganos eran sus secretarios, que zumbaban a su alrededor esparciendo melosas sonrisas y temblando todos al obedecer; porque Su Excelencia, con su sombrero verde y su corsé que la obligaba a permanecer rígida, como conviene a una abeja reina, producía verdadero terror: el terror que producen las mujeres, que, cuando son potentes, siempre lo son más que cualquier hombre potente.

—¿Te acuerdas del teniente Turkan Gulver?

—¡Dios mío! —me contestó Duilio.

Y de nuevo me estremecí ante la imagen de aquella fea muchacha embutida en su uniforme de color caqui, que nos concedió una entrevista ante su general en un cuartel de Ankara. El teniente Gulver tenía veinticuatro años y el cuerpo rollizo de las mujeres de Kars, la región que confina con Rusia y de donde ella era oriunda. Tenía el rostro ancho de las aldeanas y los cabellos cortados a un centímetro, bajo la gorra de visera. Su general ponderaba las cualidades de aquel maravilloso soldado, obediente, admirable al soportar las marchas, invencible en el tiro, mientras ella escuchaba erguida, rígidos los brazos, juntos los pies, moviendo el cuello porque le apretaba la corbata, y a cada pregunta enrojecía con un rubor morado que le quemaba las orejas hasta hacerlas azules. Tenía el terror de una lagartija encerrada en una lata, y hasta sus ojillos recordaban los de una lagartija. Carecía casi por completo de cejas. Nos habíamos comportado muy mal con ella, como chiquillos que se divierten cortando el rabo a una lagartija; pero su terror me producía una rabia infinita, y mientras la interrogaba me preguntaba qué la habría inducido a abandonar la región de Kars, que me habían descrito como tierra de rosas y de verdor, donde es dulce criar niños y gallinas, para convertirse en prisionera en un cuartel.

—¿Te acuerdas de Su Honor Muazzez Tumer?

—¡Dios mío! —me contestó Duilio.

Y esta vez reímos juntos ante la imagen de aquella mujercita de rostro marchito, encerrada en una toga de flecos dorados y retrepada en lo alto de su escaño para ejercer la más grave función que pueda corresponder a un funcionario civil. Reíamos no porque los varones sean más dignos que las mujeres cuando juzgan las culpas

ajenas —a veces lo son bastante menos—, sino porque Su Honor Muazzez Tumer tenía aquel día cara de despiste. Luego volvimos a verla en un club con una colega que era presidenta del Tribunal de Casación, y por temor de que cada una arrebatase a la otra la primacía se daban pataditas por debajo de la mesa, hasta que Su Honor Muazzez Tumer venció exclamando:

—¡Yo he condenado a muerte a tres hombres!

—¿Todos a la vez? —pregunté, palideciendo.

—Todos a la vez —contestó ella, contenta.

—¿Y qué hizo después de haber leído la sentencia?

—Rompí la pluma con que la había firmado.

—Comprendo. Debía de sentirse muy turbada...

—¡Qué va! ¡Tonterías! Rompí la pluma porque se estila así.

Pues sí: dejábamos un mundo bajo la nieve de Ankara. Cuando terminó la escala subimos de nuevo al avión, caldeados por la ilusión del verano, de los camellos que avanzan lentamente en el cálido ambiente haciendo tintinear las colleras de yeso, de las mujeres que nos ofrecerían el ejemplo de su atávica sabiduría.

Lo que sigue es el relato de lo que acaeció desde el momento en que descendimos del avión en Karachi hasta el instante en que abandonamos Nueva York: de lo que vi, de lo que oí y de lo que creo haber comprendido.

I

En la oscuridad de la noche un cuervo graznó como un niño enloquecido. Me aparté al instante de la ventana. Por otra parte, poca cosa se veía desde los ventanales del Beach Luxury Hotel. Debía de estar el mar por allí cerca; pero ni siquiera se oía su rumor, porque la instalación de aire acondicionado dominaba todos los ruidos, excepto el graznido de los cuervos. Había en la ventana una tela metálica para impedir el acoso de las moscas. Más allá del tamiz enrejado se divisaba indefinido el jardín: con sus árboles iluminados por lucecitas amarillas, encamadas y azules; los europeos desplomados en butacones de mimbre, atentos a enjugarse el sudor del rostro con un pañuelo que adivinaba empapado. Desde la terraza que domina la entrada del Beach Luxury Hotel, construido hace cincuenta años por los ingleses en un pomposo estilo colonial, se veía perfectamente la calle, donde deslumbrantes automóviles evitaban con virajes furibundos a los camellos, y luego más allá aparecía una extensión pedregosa, y después un desierto arenoso, y finalmente una claridad mortecina que era el centro de Karachi a las diez de la noche.

Salí de la habitación y avancé por el corredor dispuesta a olvidar la turbación que produce un país donde nada te es familiar: ni el ambiente, ni los rostros, ni el cielo que al anochecer se pinta de oscurísimo esmalte y donde luce una luna agresiva como un cuchillo. Un servidor negro, de facciones huesudas, permanecía en cuclillas mientras clavaba en mí sus pacientes ojos inmóviles. Por la puerta entreabierta de su habitación llegaba hasta mí la melodía que silbaba Duilio. Estuve tentada de llamarle, pero cambié al instante de idea. Hacía un calor excesivo, estaba cansada, al día siguiente me esperaba una serie de citas fastidiosas: me iría a dormir.

Pero tal como siempre acaece cuando hueles en el ambiente algo que no sabes en realidad qué es, me sorprendí a mí misma bajando al jardín, arrellanándome como los demás en un butacón de mimbre y pidiendo un whisky. Y aquí fue donde, al levantar distraídamente la vista, la vi.

Desde luego no advertí en seguida que fuera una mujer, porque desde lejos ni siquiera parecía una mujer: quiero decir algo con un rostro, un cuerpo, dos brazos y dos piernas. Parecía un objeto sin vida, un bulto frágil y deforme que unos hombres vestidos de blanco llevaban hacia la salida con enorme cautela, como si temieran que se les quedara entre los dedos. El bulto estaba totalmente cubierto, como las estatuas que suelen inaugurarse en Occidente en una plaza pública, con una funda de tela, y la tela era roja: de un rojo agresivo y sanguinolento, cruzado por bordados de oro y plata que brillaban a la luz de las bombillas con destellos tétricos.

Nada en absoluto se veía, salvo aquel paño rojo salpicado de oro y plata. Ni manos, ni pies, ni forma que recordara la humana criatura que sin embargo avanzaba, lentísimamente, como una larva que se arrastra hacia su escondrijo, sin saber lo que la espera al adentrarse en él. Tras ella seguía un hombre joven y ágil, vestido con larga chaqueta de damasco dorado, pantalones ribeteados de oro y estrechos a la

moda pakistaní, rostro bruñido y redondo, y la cabeza coronada con una guirnalda de flores. Luego iban varios hombres, vestidos unos como él, pero de blanco; otros, a la europea. Después seguían algunas mujeres con el rostro cubierto por el velo, y otras con *sari*. El cortejo avanzaba sin un rumor, una palabra, una risa: en un silencio de funeral.

Para convencerme de que no se trataba de un sueño bastaba el estridente graznido de los cuervos, que revoloteaban golpeando con las alas el bulto. Pero el bulto no les prestaba la menor atención, del mismo modo que un objeto que ni ve ni siente.

Corrí a llamar a Duilio para preguntarle si comprendía algo. Duilio vino en seguida, pero no consiguió entender nada. Entonces interrogué a un europeo, pero se encogió de hombros: no le interesaba. Me decidí a formular la pregunta a un pakistaní que cerraba el cortejo, y mis palabras le resultaron muy divertidas.

—¿Qué es?

—Nada —contestó—. Una mujer.

—¿Qué hace?

—Nada —contestó—. Se casa.

—¿Adónde va?

—A casa —contestó.

—Lléveme allí, por favor.

—¿Para qué? El matrimonio musulmán es asunto privado.

Le expliqué los motivos. Sonrió y me prometió hacerlo con una condición: que no comentáramos con los demás nuestra intrusión y que no preguntase el nombre del esposo, ni mucho menos lo publicáramos.

—Ni siquiera el de la esposa —prometí.

—¡Oh, eso no importa! La esposa no cuenta para nada.

Siempre lentísimamente, con su caminar de larva atemorizada, el bulto encarnado acababa de llegar al fondo del jardín.

—¿Por qué camina así? —pregunté—. ¿Es ciega?

—No —contestó—. Tiene los ojos cerrados.

—¿Por qué tiene los ojos cerrados?

—Porque no debe ver a su marido —respondió.

—¿Aún no le ha visto?

—No. No le ha visto jamás —concluyó.

El esposo subió a un automóvil cubierto de flores. Se había quitado la guirnalda y parecía contento. Mi pakistaní me confió que tampoco el presunto marido conocía a la esposa, pero que había visto su retrato y era de su agrado. Y si la muchacha no le gustaba después, paciencia. Podría escoger otra mujer cuando quisiera. Con la bendición de Alá, no le faltaría el dinero. El bulto rojo, en cambio, fue colocado en el segundo automóvil, sin flores, y varias mujeres se sentaron a su lado, como si quisieran protegerlo de alguien que pudiera robarlo. Los invitados, comprendidos Duilio y yo, subieron a otros automóviles. Duilio, perplejo, repetía que aquella era la

mejor manera para meterse en complicaciones.

—¿Cómo vamos a justificar la bolsa de las cámaras fotográficas y las fotos que hagamos?

—Diréis que sois marido y mujer en viaje de bodas y que tenéis la manía de retratar a la gente —dijo conciliador mi pakistaní.

Era gentil el señor Zarabi Ahmed Hussan. Había estudiado en Cambridge y hablaba un espléndido inglés. Después partió el cortejo. Viajamos durante casi media hora en plena oscuridad, y como todas las calles de Karachi son semejantes no logramos adivinar dónde estábamos. Al término de la ceremonia el mismo señor Zarabi Ahmed Hussan nos conduciría otra vez al hotel, y así, cuando intentamos dar de nuevo con la casa para obsequiar a la novia con un ramo de flores, dimos vueltas y más vueltas durante medio día, hasta que decidimos renunciar, y el ramo de flores, mustias ya, acabó en la acera pisoteado por la gente.

La casa era moderna, fresca aún la cal. Hacía cinco minutos que había llegado el auto del esposo, y ahora alguien daba vueltas a su alrededor tirando de una cabra, para augurarle prosperidad. También la esposa había llegado, pero la habían ocultado inmediatamente. Así la cabra auguraba prosperidad únicamente al marido.

Entramos. Las habitaciones carecían casi por completo de muebles, como las típicas habitaciones musulmanas. En la planta baja había una especie de comedor con una mesa donde se había preparado el refresco, a base de arroz con *curry*, carne de carnero y agua fresca.

Los hombres se acomodaron al instante, junto con el esposo, y comenzaron a comer sin cuchara ni tenedor, ensuciándose las manos. Las mujeres, en cambio, subieron al primer piso, donde no había más que un baldaquín. En el suelo se veía una estera de paja. Sobre la estera estaban sentados varios niños y mujeres, algunas de las cuales se habían quitado el velo y reían. En medio de toda aquella gente, hecha un ovillo de trapos, estaba el bulto, quiero decir, la esposa.

Permanecía con la cabeza apoyada en las rodillas, y finalmente se comprendía que era una mujer porque de aquella amalgama roja incrustada de oro y plata salían dos piecitos minúsculos, con las uñas pintadas de rojo y la planta pintada de rojo también. De las rodillas colgaba una mano, menuda y delicada, con las uñas pintadas de rojo y la palma roja también.

Lloraba. Y a cada sollozo sus hombros se movían convulsivamente, como el hipo de un animal herido. Era extremadamente menuda así apelotonada en el suelo, hecha un ovillo. Tan menuda que daban ganas de hacer algo por ella: como ayudarla a escapar.

—¿Quiere verla? —preguntó mi pakistaní.

—Sí, me gustaría verla —contesté—. Si no es molestia...

—¡Qué molestia! No es más que una mujer.

—También yo soy una mujer.

—Usted es distinta. Por ejemplo, viaja con un hombre que no es su marido.

—¡Es mi colega! —protesté—. No voy a casarme con él porque trabajemos juntos.

—Eso es asunto suyo —sentenció el pakistaní.

Y no resultaba demasiado claro si bromeaba o hablaba en serio.

Luego ordenó a las mujeres que descubrieran el rostro de la esposa para que yo lo viera. Las mujeres le alzaron el velo, pero no pude ver en seguida sus facciones porque las escondía entre las rodillas. Entonces una mujer metió la mano entre cabeza y rodillas, la sujetó por la barbilla con fuerza y alzó aquel rostro para que yo lo contemplara a mi antojo.

Sus rasgos eran infantiles; aceitunada, excesivamente maquillada, y tan rígida que parecía una niña disfrazada de mujer para jugar a señoras. Según me dijeron, tenía catorce años. Sus párpados permanecían cerrados, embadurnados de polvo plateado. De sus largas pestañas caía queda una lágrima.

—Dígale que no hay motivo para que llore —indicó mi pakistaní—. Ha estudiado en el instituto y comprende el inglés.

Me arrodillé en la estera y le dije que no había razón para llorar. Había visto a su esposo, que era muy guapo y de aspecto distinguido. Mas ella apenas movió los labios, impregnados de un rojo oscurísimo; pareció como si fuera a decir algo, pero se limitó a un susurro ininteligible. Tras unos minutos de vacilación se volvió a una de las mujeres que la atendían y bisbiseó unas palabras en pakistaní.

—¿Qué ha dicho? —inquirí.

—Pregunta si el esposo es verdaderamente de aspecto distinguido —tradujo la mujer.

—Su aspecto es muy distinguido —insistí—. Estoy segura de que se enamorará de usted y ambos se querrán mucho.

De nuevo la esposa murmuró algo al oído de la misma mujer.

—¿Qué ha dicho? —volví a preguntar.

—Pregunta qué significan sus palabras.

Y la mujer reía como si acabara de pronunciar un discurso sumamente ridículo. Miré un tanto avergonzada a mi pakistaní. También se echó a reír él, y susurró al oído de la esposa:

—Quería decir que te dará muchos hijos.

Luego miró su reloj de pulsera y anunció que ya era hora de acostarla.

El dormitorio era la única habitación de la casa totalmente equipada. Puesto que se trataba de un hombre moderno, el esposo había comprado muebles al estilo europeo, con espejos y tiradores de bronce. La cama disponía de sábanas azules y colcha de raso color de rosa con pespuntos. En medio del lecho había una muñeca americana, de las que suelen comprarse en los almacenes Macy's por quince dólares.

La esposa fue levantada y llevada en volandas hasta la muñeca, como si fuera a

jugar con ella. Al despojarla del pesadísimo velo quedó en traje de ceremonia: pantalones de raso rojo y túnica azul de amplias mangas.

Me pareció hermosa, y, cuando finalmente levantó los hinchados párpados, también sus ojos me parecieron bellos: tan cargados estaban de miedo y resignación. Había cesado de llorar y a sus labios asomaba una tímida sonrisa. La suegra ordenó a todo el mundo que saliera, y la muchacha quedó sola, en la oscuridad, esperando a un hombre a quien jamás había visto. Prorrumpió de nuevo en sollozos: ahogados, sin esperanza, como los sollozos de quien ha sido castigado e ignora la razón del castigo.

Acurrucadas en la estera, comiendo con la mano el arroz y el *curry*, las mujeres parecían no preocuparse de nada.

—Es muy desdichada —insinué—. Tal vez deberíamos decirle algo.

—¿Por qué? —repuso la suegra—. Ya se lo he dicho yo todo. Además todas las esposas son siempre desdichadas. Yo lloré durante tres días y tres noches cuando me casé con mi marido. ¿Acaso no lloran en Occidente?

—Depende —expliqué—. Sucede a veces que lloran también si están contentas y ríen si están enfadadas. En Occidente es distinto.

—¿Por qué es distinto? —preguntaron a coro.

—Porque, bien o mal, cada mujer escoge su propio marido. ¿No os gustaría a vosotras escoger vuestro propio marido?

Se trataba de mujeres muy desenvueltas y modernas. Tan modernas que se habían dejado retratar sin velo; pero al oír tamaña pregunta palidieron visiblemente y me clavaron miradas como cuchillos. La sorpresa les había segado las cuerdas vocales. Luego, a coro, respondieron:

—¡No!

—¿Por qué? —insistí.

Parecía que buscaran las palabras sin conseguirlo.

—Ante todo, escoger a su propio marido coloca a una mujer en situación humillante —exclamó la más joven—. Para encontrar marido debe una mujer preocuparse de estar más bella, parecer más interesante, seducirle a fuerza de miradas y de charla. Lo cual no es digno ni honesto.

Calló un instante, mientras las demás asentían.

—Una amiga mía de Londres me explicó cierto día cómo hacen las muchachas europeas para buscar marido, y por lo que me pareció entender resulta terriblemente fatigoso, y a menudo hasta idiota. Para lograr que los hombres se fijen en ellas, según me dijo, las muchachas fingen siempre ser mejores de lo que son, y cuando los hombres ya se han fijado en ellas continúan fingiendo hasta que se casan. Luego, cansadas de fingir, sale fuera la verdad y el matrimonio se deshace. ¿De veras sucede así?

—Poco más o menos —hube de admitir—. Pero el caso es que no siempre consiguen casarse.

—¿De veras? —prorrumpieron todas a coro—. Y entonces ¿qué ocurre?

—Nada —contesté—. Comienzan de nuevo con otro.

—¡Oh!... —exclamaron, incrédulas.

—Yo ni siquiera sabría buscarme marido —dijo la más joven—. A mi edad no tenemos ni pizca de cerebro. Pero mis padres sí que tienen, y ya buscarán un marido conveniente para mí. Esto tendrá lugar el año próximo, cuando termine mis estudios. ¿Acaso no existen en Occidente matrimonios de conveniencia?

—A veces —admití—. Hasta hay quien pone un anuncio en el diario o se dirige a una agencia de matrimonios.

—¡Qué cosa tan vulgar! —exclamó la muchacha.

—Sin embargo también hay quienes lo hacen todo por sí mismas. Entonces se suele decir que es un matrimonio de amor.

—¿Y este amor dura toda la vida? —inquirió la suegra.

—A veces. Pero son casos aislados. Lo más frecuente es que se cansen el uno del otro y hasta lleguen a odiarse.

—¡Qué cosa tan absurda! —dijo la suegra—. ¿Qué necesidad hay de amarse u odiarse entre marido y mujer?

Los sollozos de la esposa eran cada vez más débiles. Con la puerta entornada apenas se oía un ligero lamento.

—¡Seguro que hubiera preferido quedarse solterona! —observé.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron todas a coro.

—Solterona —repetí en dos o tres idiomas—. Mujer sin marido.

—¿Y qué significa? —me interrogaron al unísono.

Me dirigí al lugar donde se servía el refresco para los hombres. El señor Zarabi Ahmed Hussan me había enviado recado para comunicarme que por ser europea había sido admitida. El señor Zarabi Ahmed Hussan permanecía junto al esposo, quien no mostraba la menor impaciencia por reunirse con la chiquilla que lloraba en la oscuridad. Antes al contrario, vertía el arroz con *curry* en mi taza y me miraba muy insistentemente, como dando a entender que, si estaba dispuesta a seguirle a la habitación contigua o al jardín, no habría ningún inconveniente. En un momento dado me guiñó el ojo y me tocó el tobillo con el pie. Instintivamente me volví hacia mi pakistaní. Parecía menos peligroso.

—Ha charlado demasiado —sentenció mi pakistaní.

—Sí.

—Y tiene aspecto de haber recibido una buena lección.

—No sé —repuse—. No estoy muy segura de haber recibido una buena lección. Pero dígame: ¿por qué ha dicho a la esposa que él le daría muchos hijos? Yo había hablado de amor, no de hijos.

—Porque si le da muchos hijos no se verá repudiada —explicó.

—¿Y por qué había de repudiarla si no tiene hijos? ¡Es tan joven y hermosa!...

—¿Para qué sirve una mujer joven y hermosa si es incapaz de parir? —repuse—. Uno se casa con una mujer para llegar a ser padre. Una familia sin niños no es una

familia.

—Me gustaría ver la cara de alguien que haya repudiado a su mujer, aparte el sha del Irán.

—¡Cuántas historias con ese pobre sha! —exclamó—. Como si en Occidente no se repudiase nunca a una mujer...

—Yo he repudiado a mi esposa —anunció un señor vestido de blanco.

Su voz era suave y su rostro denotaba bondad.

—¿Y ahora vive sin mujer? —le pregunté.

—No, no —se apresuró a decir—. Tengo tres. Dos en Karachi y una en Lahore. Me han dado cinco hijos hasta ahora.

—Mi enhorabuena. Nueve personas forman una bella familia.

—No nueve, sino cuatro —rectificó el señor—. Yo y mis tres hijos varones. Las mujeres no cuentan.

Esta faja de tierra donde no existen solteronas, ni matrimonios de amor, y donde las matemáticas no son más que una simple opinión, comprende más de seiscientos millones de personas, la mitad de las cuales, a ojo de buen cubero, son mujeres que viven tras la espesa niebla de un velo, que más que velo es una sábana que las cubre de pies a cabeza como un sudario. Y así quedan ocultas a las miradas de cualquiera que no sea el marido, un niño o un esclavo eunuco.

Esta sábana, se llame *purda*, *burka*, *pushi*, *kule* o *yetaba*, tiene dos orificios a la altura de los ojos, o bien una ranura apropiada de dos centímetros de alto por seis de ancho. A través de estos agujeros o de la ranura las mujeres miran al cielo y a la gente como a través de las rejas de la prisión.

Y esta prisión se extiende desde el océano Atlántico hasta el océano Índico, comprendiendo Marruecos, Argelia, Nigeria, Libia, Egipto, Siria, el Líbano, Irak, Irán, Jordania, Arabia Saudita, Afganistán, Pakistán e Indonesia: el reino desmesurado del Islam.

El Islam es inmenso, y el Pakistán es una minúscula parte del Islam, por cierto entre las más progresivas. No se puede por tanto pretender comprender la realidad de las mujeres musulmanas deteniéndose solamente en Karachi. En la Arabia Saudita la realidad es aún más desconcertante. Existen allí harenes como los del rey del Yemen, con sus doscientas concubinas y sus treinta y dos esposas. Allí las mujeres mueren como perros sarnosos, porque no está permitido que las visite un médico. Allí las mujeres ignoran lo que sucede más allá de los pasillos guardados por los eunucos, porque cuando entran es para no salir jamás. Son criaturas tan inútiles que cuando nacen ni siquiera se inscriben en el registro. De ordinario carecen de apellido y de documento de identidad, ya que está terminantemente prohibido fotografiarlas, y ninguna de ellas conoce el significado de esa extraña palabra que en Occidente llaman amor. El hombre es su amo y señor.

Yo no he estado en la Arabia Saudita, donde el visado se niega sistemáticamente a los turistas, a los periodistas, a las mujeres; y donde quien sea sorprendido con una cámara fotográfica en la mano acaba con un cuchillo clavado en la espalda. Pero he estado más de una vez en Irán, en Irak, en Marruecos: el cuadro que se presentaba ante mis ojos era siempre el mismo.

La primera impresión que una mujer occidental recibe a su llegada a países rigurosamente musulmanes es, como en el Pakistán, la de ser la única mujer superviviente de un diluvio universal donde se han ahogado todas las mujeres del mundo.

No ves ni una mujer en el autobús que te lleva a las ocho de la noche desde el aeropuerto al hotel. No ves ni una mujer en el vestíbulo del hotel, ni por las escaleras, ni en el ascensor, ni por el corredor que conduce a la habitación.

Quien cuida de la limpieza de la habitación es un hombre. Quien plancha los trajes y pega los botones es un hombre. Quien te sirve en el restaurante es un hombre. La voz que contesta desde la central telefónica es la de un hombre. En suma: no encuentras una mujer a menos que se te ocurra salir a la calle.

Por la calle las mujeres caminan dentro de la prisión del *purda*, como fantasmas de una pesadilla. Y la pesadilla de estos paquetes de ropa sin rostro ni cuerpo ni voz te persigue por doquier, hasta que tú, mujer europea, con tu rostro al descubierto, y tus brazos al descubierto, y tus piernas al descubierto, te sientes desnudada por miles de ojos y expuesta a mil peligros.

Son peligros inexistentes. Se infligen los más duros castigos a quien ose violar a una mujer, o seguirla, o decirle un cumplido galante.

En las prisiones de Karachi, como en casi todas las prisiones de los países musulmanes, el verdugo se ejercita cada día en golpear con el látigo un astrágalo minúsculo que corresponde a cierta vértebra humana. Al reincidente del delito de agresión o molestias a una mujer no se le castiga con la pena de prisión, sino que se le aplica este golpe de látigo; un trallazo sobre la vértebra y el reincidente queda impotente de por vida.

En los países del Islam el respeto a la mujer es absoluto. Y sin embargo ni en una mezquita, ni en un tranvía, ni en un cine, ni en una recepción, las mujeres pueden mezclarse con los hombres.

En las recepciones los maridos muy modernos se presentan acompañados de sus esposas; pero apenas pisan el umbral del portal, ellos se dirigen al salón de los hombres, y las mujeres al reservado para ellas.

Una vez quise subir a un tranvía, pero fui rechazada con indignación: había penetrado en el recinto de los hombres. Así que tuve que apearme y subir al departamento reservado para las mujeres, con un solo banco de espaldas al conductor, separado de los asientos de los hombres por una reja muy tupida, y donde las mujeres con *purda* te miran, a través de los orificios de su sábana, con ojos cargados de reproche porque tu rostro está desnudo y tus piernas están desnudas, y todo esto

ofende a los hombres y a Alá.

Especialmente te miran con reproche si vas sola por la calle; es muy raro encontrar musulmanas solas por la calle. Por lo general van en grupos, con los niños, con el marido, que camina tres pasos más adelante para patentizar que él es el dueño y señor y que ella debe seguirle.

Incluso las muchachas que estudian, cuya evolución es manifiesta, no pueden sustraerse a esta regla. Las ves salir del instituto con aspecto de paquete de ropa, y se trata de muchachas que saben todo sobre Einstein o Leonardo de Vinci; pero si te acercas a ellas e intentas retratarlas, al punto se apiñan en compacto grupo, las cabezas gachas, como ovejas temerosas.

En un país que se debate por convencer a las mujeres de que deben quitarse el velo, y pregona que impide la transpiración de la piel, que es vehículo de innumerables enfermedades, que debilita la vista, el anacronismo resulta cruel.

Es muy posible que veas por la calle algún automóvil con las cortinillas bajas: son los coches de las musulmanas más ricas, a las que no basta con esconder la cabeza tras el *purda*. En las casas, donde por otra parte resulta difícilísimo entrar, es muy raro toparse con alguna mujer. En el interior no llevan velo, y si por casualidad o adrede te equivocas de puerta y penetras en su recinto, te acoge un verdadero concierto de chillidos estridentes.

Cierta amiga mía de Karachi, que desde hace tres años tiene a su servicio al mismo jardinero, asegura que no ha visto jamás a su esposa sin velo.

—Creo que esa mujer no ha sido acariciada jamás por el sol —me dijo.

En los países del Islam hay un sol espléndido: un sol blanco, violento, que ciega. Pero las mujeres musulmanas no lo ven jamás. Sus ojos están habituados a la sombra, como los ojos de los topos.

De la oscuridad del vientre materno pasan a la oscuridad de la casa paterna, de ésta a la oscuridad del hogar conyugal y de éste a la oscuridad de la tumba. Y en su perpetua oscuridad nadie advierte su presencia.

Interrogar a un musulmán sobre sus mujeres es como interrogarle sobre un vicio secreto. Un día dije al director de un diario pakistaní:

—He venido a preguntarle algo sobre el problema de las mujeres musulmanas.

Me miró irritado y me contestó, despectivo:

—¿Qué problema? El problema de las mujeres musulmanas no existe.

Luego me dio un voluminoso paquete de cuartillas mecanografiadas en las que se hablaba de los vestidos que comúnmente utilizan las mujeres musulmanas, de las joyas que lucen las mujeres musulmanas, del maquillaje de las mujeres musulmanas, y se detalla cómo se aplican el aceite de coco para lustrarse el cabello, cómo usan la alheña para teñirse de rojo la palma de las manos y la planta de los pies, cómo utilizan el antimonio mezclado con agua de rosas para teñirse las cejas.

—Aquí —me aseguró— hallará cuanto de interés se ha escrito sobre las mujeres musulmanas. Está todo.

A renglón seguido le pregunté qué porcentaje de analfabetismo hay entre las mujeres del Islam.

Reaccionó al instante y me gritó, encolerizado:

—¿Y para qué deben aprender las mujeres a leer y a escribir? ¿A quién tienen que escribir? Sólo podrían escribir a una persona: al marido. Pero como el marido vive con ellas, ¿qué necesidad tendrían de enviarle una carta?

Han transcurrido mil trescientos años desde que Mahoma habló en el cálido desierto de Arabia, y, si bien algo nuevo ha sucedido entre las mujeres del Islam, la inmensa mayoría de sus seguidores continúan respetando las leyes como si el tiempo se hubiera detenido.

Es bien cierto que en Túnez el presidente Bourguiba encarcela a quien tiene más de una esposa, y exhorta a las jóvenes a que prescindan del velo; pero, como escribe el semanario *L'Action*, «los padres se sienten avergonzados». Es bien cierto que en la American University de Beirut y en el Beirut College for Women las muchachas llevan *blue-jeans*, practican el esquí acuático y bailan el *rock and roll*; pero, como escribe el *Time Magazine*, no es difícil escuchar entre dos estudiantes la siguiente conversación:

—¿Te casarías con una chica que ha ido al cine con otro?

—No, no. De ninguna manera.

Es bien cierto que en Nigeria una mujer extravagante llamada Zeinab Wali realiza una retransmisión semanal en la radio, durante la cual incita a las mujeres a salir de casa para conocer los árboles, las montañas y las mariposas; pero cuando la esposa de un ministro de Kaduna pidió permiso al marido para salir y conocer los árboles, las montañas y las mariposas, el marido convocó un consejo de familia en el que se decidió que podía salir a partir de las cinco de la tarde: cuando aún hay suficiente luz para distinguir las criaturas y las cosas, pero el pecaminoso brillar del sol se trueca en ocaso.

Es bien cierto que en Egipto hay tropas auxiliares formadas únicamente por mujeres; pero Nasser no ha tenido todavía el valor de abolir la poligamia, porque de sobra sabe que los hombres se volverían contra él. Si la poligamia desaparece, no será ciertamente por él; será porque mantener más de una esposa resulta hoy en día demasiado costoso.

Ni siquiera las mujeres de mayor predicamento, como la princesa Aixa, en Marruecos, consiguen romper estas leyes inmutables desde siglos. En cierta ocasión, de paso por Tánger, pude ver a Aixa. Vestía descaradamente falda corta y blusa, iba al volante de un coche descubierto, y las mujeres marroquíes enloquecían de entusiasmo por ella: unas la aclamaban delirantemente, otras rodeaban el coche con riesgo de ser atropelladas.

Un periodista francés me contó que este entusiasmo no era nada en comparación de lo acaecido años atrás cuando, en el patio de la *casbah* de Tánger, Aixa apareció en una tribuna, luciendo un vestido azul de Lanvin, y pronunció el siguiente discurso:

—Yo sé muy bien los malos hábitos y los prejuicios que pesan sobre nosotras; debemos rechazarlos. La cultura moderna nos llama, y es absolutamente indispensable para la vida de la nación que imitemos a nuestras hermanas de Occidente, las cuales contribuyen al progreso de sus respectivos países.

Pero, añadió el periodista francés, a la mañana siguiente Sidi Mohamed Tazi, *mandub* de Tánger, ordenó que las marroquíes vestidas a la europea fueran arrestadas. Y explicaba así su decisión:

—Lo que está bien para las princesas no está bien para las demás mujeres. Si nuestras esposas visten a la europea, pronto comenzarán a beber, luego a bailar, y después pasarán la noche en la playa durmiendo con los hombres.

Cuando aparecieron las fotografías de Aixa en traje de baño en la playa de Rabat, El Glai de Marrakech las juzgó ultrajantes; y Aixa, con sus pantalones de montar, sus falditas cortas de tenis y sus discos de Benny Goodman, contribuyó no poco al exilio del sultán en Córcega y posteriormente en Madagascar.

De regreso del destierro, Aixa fue aclamada por millares de mujeres, las más fuertes de las cuales habían rechazado durante dos años a sus maridos «para no dar a luz hijos de la humillación», pero sus discursos fueron mucho más prudentes.

—La emancipación de la mujer —dijo, vestida con un pesado barragán— no debe ser brusca como una operación quirúrgica. El velo en sí tiene escasa importancia. Lo verdaderamente importante es que una mujer sea dueña de ponérselo o no.

Estas mujeres con velo son, pues, las mujeres más desdichadas de la tierra. Y resulta paradójico que no saben que lo son porque ignoran lo que existe más allá de la sábana que las aprisiona. Se limitan a sufrir, como la Madre del Ausente que conocí una mañana en Karachi. Y ni siquiera se atreven a rebelarse.

Aquella mañana había ido a hablar con la Begún Tazeen Faridi, que dirige en Karachi la All Pakistán Women Association (Asociación femenina del Pakistán). Tazeen Faridi es una dama bonita y rubia como una manzana reineta, que gusta definirse a sí misma como «una musulmana que no lleva velo y posee apellido». Pertenece al grupo restringido de mujeres que en aquel país son algo, como la Begún Liaquat Alí Kan, embajadora en Holanda, y la princesa Abida Sultán, embajadora en Brasil. Tiene un marido que la respeta y admira, y una oficina que carece prudentemente de cualquier rótulo que la identifique; pero ante cuya fachada los musulmanes bien informados pasan con la misma mueca de horror que reservarían a un vaso de whisky, ellos que aborrecen el alcohol. El principal objetivo de su vida es el progreso de la mujer musulmana. Con el código y el Corán en la mano, Tazeen Faridi combate la poligamia como una gata panza arriba, y es tan moderna que tiempo atrás intentó enviar a una Miss Pakistán al concurso de belleza que se celebra en Long Beach para la elección de Miss Universo.

La historia de esta elección merece ser referida. Las audaces muchachas que

aceptaron participar en el concurso desfilaron primero en traje de baño ante doce damas musulmanas, y después en *purda* ante doce señores musulmanes. Es un verdadero misterio lo que puedan haber visto los doce señores musulmanes, porque el *purda* no permite ni siquiera adivinar si quien lo viste es persona gruesa o delgada. Pero se fiaron de Tazeen Faridi, quien juró y perjuró que la muchacha elegida que se ocultaba bajo la sábana era bellísima y digna de presentarse en Long Beach. Pero no fue, entendámonos. El *Times* de Karachi reveló que la Begún había silenciado un detalle muy importante, a saber, que Miss Pakistán no desfilaría en Long Beach ataviada con el *purda*, sino en traje de baño. Por poco linchan a la Begún.

Estaba, pues, hablando con Tazeen Faridi en su reducida oficina, atiborrada de manifiestos inútiles, cuando llegó la Madre del Ausente. Llegó mirando recelosa a su espalda, cual si temiera ser perseguida por una horda de fanáticos dispuestos a raparla. Su *burka* negro ni siquiera disponía del par de orificios a la altura de los ojos. No comprendo cómo se las arreglaba para caminar sin tropezar.

—¡Fuera ese trapo! —ordenó Tazeen Faridi.

Y como la mujer no obedeciera al instante, sumida en terribles vacilaciones, ella con gesto decidido se lo arrancó.

Contuve la respiración a causa del enorme hedor que despedía, y miré. Era una mujer de unos cuarenta años, negra y sudorosa, cubierta de joyas y de cardenales. El ojo izquierdo aparecía amoratado y el labio tumefacto. Con un pañolito de seda se acariciaba el labio, sin atreverse a hablar. Finalmente, no sé cómo, habló. Y he aquí sus palabras. No he cambiado ni una coma de cuanto Tazeen Faridi me fue dictando, lentamente, en inglés. Y Tazeen es demasiado honrada para haberlo inventado.

—Tenía yo catorce años y él treinta y dos. Mis tías y primas me dijeron que su nariz estaba comida de la viruela, pero que me tomaba por tres mil rupias, y siendo yo tan fea no podía pretender mucho más. Se cambiaron entre sí dulces y regalos, firmaron el contrato y él me llevó a su casa. Encomendó mi vigilancia a un muchacho de trece años, pero se encerraba siempre en la habitación con el muchacho y a mí no me prestaba la menor atención. Finalmente me hizo su esposa. Cuando llegó el momento del parto me sentí muy mal. Mis tías y primas buscaron a una doctora, mas no fue posible dar con ella. Sólo había un médico; pero mi marido no quiso que me desnudase delante del doctor, así que mi hijo murió. Yo me convertí en la Madre del Ausente, y él fue generoso al no arrojarme de su casa. Tomó otra mujer más joven, y cuando ella parió tuve que ayudarla. Mi marido me mantenía exactamente igual que a la otra, y me regalaba las mismas joyas, precisamente las mismas. Sin embargo, cada día me golpeaba. Vino la doctora y me aconsejó que pidiera el divorcio. Yo le repuse: «Muy bien, de acuerdo; pero no tengo dinero para pagar el proceso. Y además ¿qué hace una mujer divorciada?». Ahora ha visto a otra muchacha. Cuesta treinta mil rupias, porque se trata de una muchacha muy hermosa, y me exige mis tres mil rupias; pero mis tías y primas no las tienen. Él por su parte alega que no tiene bastante dinero para mantener tres mujeres, y además yo ya soy vieja. Así, pues, ha

dicho: «Talak, Talak, Talak», y me ha repudiado. La doctora me ha indicado que viniera aquí. Y he venido. Ahora ¿adónde voy? ¿Qué hago?

Del mismo modo que los médicos no se conmueven por el dolor de vientre de su paciente, Tazeen Faridi no mostró la menor emoción al escuchar el relato, y prometió a la mujer que intentaría que la admitieran en alguna institución o en casa de alguna familia que necesitara servidumbre. Lo ideal hubiera sido ingresar en una residencia para viudas; pero como no era viuda no cabía abrigar semejante esperanza. Luego le dijo que se fuera y que podía regresar siempre que lo precisara.

Cuando quedamos a solas me explicó que le había dicho que se fuera porque en el mundo musulmán una mujer no puede vivir sola, ni siquiera si trabaja. La mujer que vive sola es tenida por ramera.

—Por eso —añadió Tazeen Faridi— no hay solteras, y el repudio equivale a la muerte civil. Según el nuevo código, la mujer puede pedir el divorcio; pero esto significa afrontar el proceso, y con el proceso el escándalo. El hombre, en cambio, puede decir: «Talak, Talak, Talak», sin proceso, y queda libre como un pinzón. Ni siquiera queda obligado a costear su alimentación. ¿Comprendes?

—No. No comprendo —repuse—. ¿Es posible que esta gente no llegue a quererse nunca?

—Alguna vez —admitió Tazeen Faridi—. Pero se avergüenzan de confesarlo, cual si se tratase de un delito. Verás que nosotros no tenemos historias de amor.

—No lo creo —dije—. Intente recordar una historia de amor.

—¡Raiza! —exclamó Tazeen Faridi, llamando a su secretaria—. ¿Conoces una historia de amor?

—*Las mil y una noches* —contestó Raiza, riendo.

—No. Cuénteme una verdadera historia de amor —insistí.

—Raiza —susurró Tazeen Faridi—, mi amiga italiana quiere una verdadera historia de amor.

Y reía.

—¡Valiente pretensión! —exclamó Raiza, riendo—. Déjeme pensar.

—¡Lo encontré! —gritó Tazeen Faridi—. Es la historia del sik.

—No quiero la historia de un sik. Quiero la historia de un musulmán y de una musulmana. Una verdadera historia de amor —repetí.

—Pero el sik llegó a ser musulmán —advirtió Tazeen Faridi—. Al menos me lo parece.

No lograba recordar por entero la historia, por lo que se vio precisada a telefonar a tres o cuatro de sus amigas, que, divertidas como si se tratase de un chiste graciosísimo, la hilvanaron entre todas y por fin consiguieron contármela; destacaron no obstante que el protagonista era un hombre, Boota Sing, y no una mujer.

La historia, en pocas palabras, es como sigue:

Boota Sing era un sik de treinta y tres años que vivía en Calcuta. Se enamoró de Mohinder, una musulmana de once años, y se casó con ella pagándole mil quinientas

rupias. Boota Sing y Mohinder vivieron juntos seis años y tuvieron dos hijas. Luego se promulgó la ley pakistaní conocida como *The Recovery of Abducted Women Act* (Ley para la recuperación de mujeres raptadas), y Mohinder hubo de regresar al Pakistán sin su Boota Sing. Pero Boota Sing estaba locamente enamorado de Mohinder; se hizo musulmán y un año después se reunió con Mohinder en Lahore. Entretanto Mohinder había sido desposada con otro por más de diez mil rupias, y se negó a ver a su Boota Sing. Entonces Boota Sing se fue a la estación y se arrojó al tren.

Dije a Tazeen Faridi que era una historia muy bella, pero Tazeen meneó la cabeza y repuso que era una historia ridícula.

Raiza añadió:

—Sólo un sik puede ser tan idiota como para arrojarse al tren por una mujer. ¡Hay tantas mujeres en el mundo! Podía haberse ido con otra.

Fui contando esta historia a todas las musulmanas que conocía en Karachi, y todas me contestaron que era una historia ridícula. Por algo los ingleses habían proyectado rodar una película que se titularía *Boota Sing, Love Story of the Century* (*Boota Sing, la historia de amor del siglo*). Al fin este proyecto no se convirtió en realidad por el excesivo calor.

Empezaba a faltarme el aire en Karachi, donde las mujeres se ríen de una trágica historia de amor. Y además comenzaban a fastidiarme un montón de cosas: los buitres, el señor Zarabi Ahmed Hussan...

Los buitres eran cada vez más petulantes. Había habido una epidemia, y, tras haber descarnado los cadáveres de los parsis en la Torre del Silencio, venían a comentar el hecho posados en los árboles del Beach Luxury Hotel.

El señor Zarabi Ahmed Hussan, que se había mostrado tan gentil durante la boda de la esposa sin nombre, buscaba una compensación a su gentileza, y casi cada noche llamaba a la puerta de mi habitación. Ante la imposibilidad de encontrar otro hotel, o al menos otra habitación, me vi obligada a cambiar con la de Duilio. Duilio abría, daba un aullido, y el señor Zarabi Ahmed Hussan escapaba con el rabo entre piernas. Mas luego advertía el cambio, y a la noche siguiente llamaba a la puerta de la habitación precisa, y había que cambiar de nuevo.

El director del Beach rehusaba intervenir. Así que una mañana, después de haber sudado de terror y de rabia, corrí al banco a retirar el dinero y preparé una partida que más parecía una fuga.

El empleado era un musulmán, que no tomaba en consideración a las mujeres, cualquiera que fuese el color de su piel. Antes de decidir si debía entregarme la asignación quiso saber con toda suerte de pelos y señales cuanto a mí se refería, y me hizo esperar tres horas y treinta y cinco minutos. Pero al sonar la tercera hora y el treinta y cinco minuto llegó Duilio, inquieto por si había sido arrestada. El empleado dio un brinco y exclamó:

—¡Buenos días, señor!

Y le entregó al instante la asignación, sin dignarse siquiera mirarme.

Peor todavía fue lo sucedido en el hotel. Nuestro equipaje se componía de un saco de mano, cuatro maletas, las cámaras fotográficas, una pelliza que me sería de gran utilidad en el Japón, donde me encontraría de nuevo con el invierno, y el libro amarillo de Duilio.

Teniendo en cuenta que Duilio llevaba siempre consigo las cámaras y su preciosísima bolsa refrigeradora, mientras que yo me cuidaba de mi máquina de escribir, tres maleteros eran más que suficientes para transportar el equipaje desde las habitaciones al taxi. Se presentaron doce: todos en fila como porteadores de un safari.

Cómo se las arreglaron para repartirse entre ellos las cuatro maletas, de forma que cada uno simulara llevar algo y fingiera así ser indispensable, es un problema matemático que todavía hoy no acierto a resolver. Sé que cada uno tenía aspecto de llevar una maleta, el undécimo llevaba la pelliza, y el duodécimo acarreaba el libro amarillo, como si fuera una bandeja de plata.

Cargaron las maletas en el portaequipajes del taxi de modo tan enrevesado que emplearon en la operación más de media hora. Luego se pusieron nuevamente en fila para recibir la propina. No disponíamos de suficiente moneda fraccionaria, por lo que el duodécimo se quedó sin propina. Entonces, mientras ordenábamos al taxista que se dirigiera al aeropuerto, el maletero descargó todo lo que los otros habían colocado en media hora y dijo, muy digno:

—*Look*. (Mirad).

Y se fue.

II

El aire estaba impregnado del aroma de los jazmines y de los excrementos quemados: el absurdo olor de la India. De un templo nos llegaba la salmodia de los sacerdotes, que cantan sus oraciones con los labios apoyados en el micrófono, mientras un altavoz difunde sus palabras al exterior.

Por la calle las mujeres, con el rostro al descubierto, lucían vestidos de colores chillones y parecían mariposas de una sola ala. El ala era la orla del *sari*, que revoloteaba al caminar. El *sari* las envolvía como el capullo de seda envuelve a la crisálida.

Los hombres, siempre vestidos de blanco, fijaban en mí sus bellísimos ojos negros, con mirada dulce y simpática: la pesadilla había acabado. En Nueva Delhi no me faltaba el aire. Todo aparecía agradable y confortador.

Al atardecer las indias ricas iban a bailar con sus maridos al club nocturno del Hotel Ashoha. Vestían el *sari*, naturalmente; pero junto a sus maridos de pomposo turbante y magnífica barba exhibían una desenvoltura que yo ya había olvidado. A veces, bromeando, le tiraban de la barba, y después del baile se sentaban a charlar mientras saboreaban una naranjada.

En Nueva Delhi existe la ley seca, y si quieres beber alcohol has de encerrarte en tu habitación, junto al *gecko*, especie de camaleón que desde el techo te mira con garboso reproche.

El *gecko* es el sustitutivo del DDT, pues se arroja como una saeta sobre los mosquitos y las moscas. Al principio resulta algo molesto, pero luego acabas por habituarte, y si lo pierdes de vista lo buscas afanosamente detrás de los muebles, como si hubieses perdido un amigo.

Entre esta gente, que nunca se muestra hostil, aprendes en la India a querer a los animales, porque los encuentras por doquier, como las mujeres, y la gente respeta a las mujeres y a los animales. En la India ni siquiera te molestan los buitres. En parte porque te acostumbras a sus graznidos, como te habitúas a la pereza de la gente, al perpetuo dejar para mañana lo que puede ser hecho hoy, al gotear lento del tiempo que ignora si tienes prisa y que pretende que los demás se apresuren.

Hacía siete días que esperaba impaciente poder entrevistarme con la mujer más importante de la India, y el brahmán que me había prometido la entrevista sostenía imperturbable que era preciso tener paciencia. Notables hombres políticos debían a veces esperar hasta un mes para saludarla. Pero un mediodía me dijo que me recibiría al cabo de media hora en su casa de la colina. Así que llamé inmediatamente a Rabinda, nuestro chófer sik, y a despecho de tanta lentitud corrimos hacia la cita.

Rabinda tenía un rostro que parecía tallado en madera, con una gran barba gris como su turbante, y un taxi que se parecía a un taxi como una bicicleta se asemeja a un avión. En efecto: faltaba el portaequipajes, medio asiento, las ventanillas, y para

ponerlo en marcha era preciso tirar de una cuerda. Pero Rabinda era amigo nuestro desde el día en que nos había arrebatado de una hilera de taxis verdes y brillantes, y además corría como un galgo. Se escabullía como una anguila entre bicicletas y tranvías, vacas sagradas y chiquillos, y pronto llegamos a la colina, donde un piquete armado vigilaba la casa de la mujer más importante de la India, sentada ahora en un sillón de raso, y que me hizo recordar a mi abuela cuando iba a veranear al mar y se vestía de blanco, cubriéndose la cabeza con un pañuelo también blanco para resguardarse del sol. En efecto: vestía un *sari* de cándido lino, con la extremidad colocada sobre sus blancos cabellos, y al hablar me acariciaba la mejilla, como solía hacer mi abuela para convencerme de que me quería enormemente.

Todo resultaba exquisito en ella: las profundas arrugas que le cruzaban el rostro bondadoso, los labios descoloridos por la oscuridad de la prisión y la falta de glóbulos rojos, las manos con el dorso de hinchadas venas azuladas: en fin, la casa donde vivía: con las flores que cultiva de noche porque de día jamás dispone de tiempo, los pajarillos que hacen el nido junto a su lecho, los retratos de Gandhi, a quien durante dieciséis años sirvió como humilde secretaria, a pesar de ser la Rajkumari Anirit Kaur, única hija del raja de Kapurtala, en cuyo palacio de mármol había nacido y crecido, mimada por trescientos siervos devotos.

Mirarla era un placer, como dormir entre sábanas limpias con aroma de espliego. Parecía casi imposible que aquella mujer fuera la misma anciana de setenta y dos años de quien tanto me habían hablado y a quien atribuían hechos tan relevantes: que en 1928 participó representando a la India en la Conferencia de la Mesa Redonda; que en 1935 fue juzgada por los ingleses como un peligro público, y condenada a presidio por cinco años; que hasta 1947 fue ministro de Sanidad y de Transportes, y que en la actualidad es senador vitalicio, presidente de más de treinta asociaciones nacionales e internacionales, y que cuando hacía acto de presencia en el Senado todos se ponían en pie llevándose la mano al corazón, porque rendirle homenaje era como rendir homenaje a la memoria de Gandhi, cuyas cenizas fueron recogidas por ella, después de ser incinerado en la hoguera, y por ella esparcidas en el Ganges, con lágrimas en los ojos. Aquel día todos lloraban, pero la Rajkumari más que nadie, porque, en el momento en que el cuchillo de un demente había traspasado el corazón del hombre que ella veneraba, no estaba a su lado para defenderle: se había desplazado a otra ciudad para presidir una asamblea. A partir de aquel instante jamás se dio paz ni reposo, y también por esto era querida por los indios.

Cuando le expliqué a nuestro chófer adónde nos dirigíamos, Rabinda se echó a correr más velozmente que nunca, y a punto estuvo de matar una vaca sagrada que obstruía el camino, ignorante del semáforo verde.

—¡Vaca indecente, aparta de ahí, que la Rajkumari nos espera!

Se lo dije, y ella repuso con dulzura:

—Mira, querida: yo soy cristiana además de india. Por tanto considero a todas las vacas como criaturas de Dios. Además soy vegetariana. En consecuencia no se me

puede acusar de que no ame a los animales. Pero el día en que los indios hayan aprendido a tratar a patadas a las vacas que duermen en medio de la calle podré cerrar los ojos en paz. Nuestra desgracia es que existen demasiados tabúes, y no sólo las vacas sagradas. Precisamente esta mañana, por ejemplo, estaba con un grupo de muchachas que jugaban al tenis vestidas con el *sari*. Usted sabe seguramente que soy presidente de la All India Tennis Association, porque soy una admiradora del deporte. ¿No pensaba usted que fuera una deportista? Pues bien: hablo con las muchachas y comienzan a pedirme autógrafos. «¡Ah, no!, les digo. No habrá autógrafo mientras juguéis a tenis vestidas con el *sari*. A tenis se juega con pantaloncitos». Ellas se lamentan: «Pero nuestros padres no quieren». «Desobedeced a vuestros padres», les contesto. ¿Acaso es posible hacer una revolución sin desobedecer?

Su voz era opaca, pero decidida.

—Me han hablado mucho —le dije— de las indias como símbolo de sumisión y obediencia, sin parangón con las demás mujeres de otros países, sobre todo por su gran fortaleza en aceptar las cosas justas o injustas.

La Rajkumari me dio un capirotazo en la nariz y exclamó:

—¡Ah, no, querida! No espere que yo le hable de esas tonterías. La India ha cambiado y sus mujeres ya no son como creéis en Europa. No lo son por lo menos desde hace treinta años, desde la revolución de Gandhi. Usted debe de saber lo que hicieron en mil novecientos treinta las indias de Gandhi, ¿verdad? Porque si lo ignora, no puede escribir sobre este país.

Lo sabía perfectamente y por eso miraba a la Rajkumari de hito en hito. Me lo había contado una india, Kamaladevi Chattopadhyay, y realmente era una historia extraordinaria y terrible, como todas las historias de heroísmo que rescatan al mundo.

En 1930 existía el impuesto de la sal, y una mañana Gandhi decidió iniciar la revolución proclamando el *satyagraha* de la sal. *Satyagraha* significa oficialmente resistencia pasiva, lucha incruenta. En la práctica significa rebelión hasta la muerte.

Gandhi no invitó a las mujeres a participar en esta lucha; pero el 6 de abril, cuando se puso en vigor el *satyagraha*, millones de mujeres desfilaron por las calles de las ciudades y de los pueblos de la India, y cada una llevaba en la mano una vasija de arcilla o de bronce, y gritaba:

—¡Hemos roto la ley de la sal y somos libres! ¿Quién quiere comprar la sal de la libertad?

Entraban en todas partes: en restaurantes, templos... En Bombay incluso entraron en el Tribunal de Justicia, donde se celebraba el proceso contra un rebelde, y levantando las vasijas hacia los jueces ingleses gritaron aquel poético «¿Quién quiere comprar la sal de la libertad?».

Aquel día hacía un calor excesivo: acababa de empezar la estación de las «grandes lluvias». Los indios se detenían a comprar la sal de la libertad, y quien daba unos céntimos por un pellizco de sal, quien daba diez mil rupias; y a cada pellizco de sal vendido las mujeres se llevaban los dedos a los labios para dar las gracias. Pronto

la sed comenzó a atormentarlas; los policías lo advirtieron, y, para atormentarlas aún más, circulaban entre ellas con botellas de agua helada, que derramaban lentamente en su presencia. La Rajkumari Amrit Kau no se atrevía a mover los labios por mor de la sed; en su palacio de mármol en Kapurtala jamás le había faltado el agua: está construido sobre un manantial. Además la Rajkumari no tenía la resistencia de las mujeres humildes, nacidas y crecidas en las aldeas entre estiércol y paja, y así no apartaba la vista de las botellas de agua fría y tragaba saliva, susurrando con un estertor:

—¿Quién quiere la sal de la libertad?

Cuando la policía la arrestó, ni siquiera pudo advertirlo: se había desvanecido.

Aquel día la policía arrestó a muchísimas mujeres: más de treinta mil sólo en Madrás. Luego fueron encerradas en campos cercados, porque las cárceles eran insuficientes. Pero una mañana salió el sol sobre aquellos campos cercados y sobre la India, y el impuesto de la sal fue abolido.

—Sí, Rajkumari. Sé lo que sucedió —contesté—. Y también sé lo que decía Gandhi por aquel entonces. Decía: «La revolución más grande en un país es la que cambia a las mujeres y su sistema de vida. No se puede hacer una revolución sin contar con las mujeres. Quizá las mujeres son físicamente más débiles, pero moralmente tienen una fuerza cien veces mayor. Si pudiera constituir el ejército de la libertad únicamente con las mujeres, estoy seguro de que ganaría la guerra antes de un año».

—Entonces hubo el *satyagraha* del *sari* —prosiguió la Rajkumari—. Apuesto a que usted sabe muchas cosas sobre el *sari*: que es una tira de tela, de cinco metros de largo por noventa centímetros de ancho, con la que la mujer india se envuelve, en catorce pliegues, sin usar siquiera un botón; pero apuesto a que ignora cómo defendieron las indias el *sari* de la invasión de los vestidos europeos, y por qué lo defendieron.

Sacudió la cabeza como hacía mi abuela cuando pensaba en alguna estupidez.

—Quien diga que las indias llevan el *sari* para esconder las piernas, porque son feas, no dice más que una estúpida mentira. Vaya a nuestras piscinas y eche un vistazo a las indias en traje de baño: verá que tienen unas piernas bellísimas. ¿Ha visto por casualidad las piernas de Dolly Nazir, nuestra campeona de natación? Bien. Una vez me invitaron a Hollywood y me preguntaron si quería conocer a cierta señorita Jane Russell, que, me aseguraron, tenía las piernas más hermosas del mundo. «O. K.», contesté. Pero cuando hube visto las piernas de la señorita Jane Russell exclamé: «Lo siento, señores. Ustedes no han visto las piernas de Dolly Nazir». No, querida. Las indias no hicieron el *satyagraha* del *sari* por temor a mostrar sus tobillos. Lo hicieron porque las fábricas de Manchester y del Lancashire hundían a las fábricas de algodón y de seda de nuestro país. Y así una mañana recorrieron las calles como habían hecho para el *satyagraha* de la sal, y bloquearon las puertas de las tiendas que vendían trajes europeos, y con su vocecita gentil decían: «Por favor, no

uséis los vestidos europeos. Por favor, usad nuestro *sari*». Hubo marchas como durante el *satyagraha* de la sal. En Bombay trataron de bloquearnos arrojando sobre nosotras pimienta y mostaza. Muchas fueron arrestadas. Y como muchas mujeres estaban embarazadas, muchos niños nacieron en la cárcel, y se les asignó nombres increíbles, como Señor de la Batalla, Vencer o Morir, Desobediencia, Rebelión, Audacia... ¿Hubiera imaginado usted tal vez que gran número de jóvenes indias se llaman Desobediencia, Rebelión y Audacia?

La Rajkumari se puso en pie y me llevó al jardín. Caminaba despacio, evitando las piedrecitas, como hacía mi abuela. Subió a una terraza y permaneció largo rato contemplando la ciudad en el ocaso. En aquellos momentos ya no se parecía a mi abuela, sino a una estatua solemne a la que se ofrendan coronas.

—¡Ah, sí, querida! Las cárceles de la India nunca han sido modelo de limpieza y de comodidad. Y además allí dentro estaba prohibido hasta leer y escribir y hacer cualquier trabajo. Y sin embargo estoy contenta de haber estado allí. Mire: cuando uno no lee, ni escribe, ni puede hacer nada, no tiene más remedio que pensar. Y cuando uno piensa acaba por comprender las cosas.

—¿Qué comprendió en la cárcel, Rajkumari?

—He comprendido —dijo ella, levantando el índice seco y moreno—, he comprendido que todas las mujeres son iguales en el mundo y que quieren las mismas cosas: una familia, una casa, dinero para vivir y la libertad. He comprendido que las indias han sufrido en la búsqueda de estas cosas el más dramático cambio que mujeres de un país hayan sufrido jamás. Yo no sé si esto las hará más felices o desdichadas; pero de una cosa estoy segura: ya no son débiles mariposas. Son mariposas de acero.

Así habló la dama más importante de la India, y en mi voluntad de creerla no hago más que repetirme lo mucho que ha cambiado la mujer india y cuánta razón tenía ella al asegurarlo. Pero cuando visitaba ciudades como Nueva Delhi y Calcuta, a menudo dudaba de ello. Una revolución, por pacífica o radical que sea, no basta para cambiar el corazón de la gente o barrer injusticias seculares.

En las calles de Calcuta, donde durante la noche duermen los pobres sobre el asfalto, pegados unos a otros como ovejas, las mujeres indias aún mueren de hambre y de cólera, cayendo sin un gemido sobre las aceras candentes de sol.

En las orillas del Ganges las mujeres indias todavía abandonan los cadáveres de sus hijos, que la corriente arrastrará al fondo del mar, entre los peces.

En los templos que los millonarios extravagantes se divierten en erigir para gloria de su apellido, como ha hecho el señor Birla con el Templo Birla, en Nueva Delhi, las mujeres indias gastan todavía sus últimas monedas para ofrecer coronas de flores a los doscientos ochenta millones de dioses que aterrorizan a la India; e inmediatamente después corren a zambullirse vestidas en el río, y beben prolongados

sorbos de aquella agua pútrida, para lavarse de inexistentes pecados.

En el templo de la diosa Kali, donde existe un árbol seco, perpetuamente sin flores ni hojas, las mujeres indias cuelgan en sus ramas la piedrecita con que piden la gracia de un hijo.

La población de la India es de unos cuatrocientos millones. Calculando que las mujeres en este país son un diez por ciento menos numerosas que los hombres, existen en la India ciento sesenta millones de mujeres. Querer comprenderlas refiriéndose únicamente a las mariposas de acero sería tanto como querer entender a los hombres indios pensando sólo en los faquires. La inmensa mayoría de ellas no son mariposas de acero. Son criaturas melancólicas y dulces, con la mirada temerosa de quien teme un inmerecido castigo; con recién nacidos pequeñitos como muñecos de pocos céntimos: tan escuálidos por la desnutrición y tan pequeños que, en vez de llevarlos en brazos como a los demás recién nacidos, se tienen en la mano como una taza. En los trenes las madres de estos monstruosos muñecos viajan en los departamentos reservados para mujeres. En los bares, suponiendo que entren, se sientan todavía en el recinto reservado a las mujeres. Su dulzura es infinita; en ninguna parte del mundo tienen las mujeres tanta dulzura, tanta gracia, tanta humildad; pero jamás lograréis adivinar si todo esto es espontáneo o producto del temor. Miradlas en el tren o en los bares: ante cualquier hombre bajan inmediatamente los ojos; y bien pronto llegáis a aprender que en la India si una mujer mira a un hombre con descaró occidental, significa que no es una mujer, sino un jovenzuelo vestido de mujer.

Las grandes ciudades están infestadas de estos jovenzuelos disfrazados y envueltos en el *sari*, y la prostitución se alimenta de ellos. Si no fuera por sus ojos, os engañarían. También ellos sirvieron para convencerme de que la India de la extraordinaria dama que se asemeja a mi abuela no es la India de todas las mujeres indias.

Es la India de las indias que vienen a estudiar a Europa, a las que se atribuye el equívoco de la civilización. Es la India de las indias que tiran patadas a las vacas y bailan el cha-cha-cha en el club nocturno del Hotel Ashoha. Es la India de Vijiayalaksmi Pandit, hermana de Nehru, que fue embajadora en Londres, en Moscú, en Nueva York y en Sao Paulo. Es la India de Indira Gandhi, hija de Gandhi, que fue diputada al Parlamento, secretaria de su padre, y ahora ha aceptado la presidencia del partido, diciendo: «La vida pública es incómoda, pero no antipática, para quien sea políticamente ambicioso». Es la India de Sarjini Naidu, gobernadora de Calcuta, que desde hace años se sienta en aquel Fuerte de San Jorge donde se sentaba un inglés, virrey de la India. En la gran parada militar de la república desfilan ante ella los guerreros de Bengala, que no se sienten humillados en lo más mínimo por rendir sus estandartes ante aquella matrona vestida con el *sari* y cuyo plácido pecho luce infinitas medallas.

Paradójicamente la India actual está llena de mujeres importantes. Ni siquiera

Estados Unidos o Rusia pueden jactarse de un número tan excesivo de gobernadoras, síndicas, embajadoras y diputadas. Hay más mujeres en el Parlamento indio que las que pueda haber en los Parlamentos de Suecia, Dinamarca y Noruega juntos; hay más doctoras en los hospitales de Bombay y de Delhi que en los hospitales de Pekín y Shanghai.

Si mostráis vuestra extrañeza, os responderán:

—¿Por qué? En la sociedad hindú la mujer estuvo siempre en plan de igualdad, y lo mismo en la religión. Basta pensar que buena parte de nuestras divinidades son femeninas: Saraswati, diosa de la sabiduría; Durga, diosa de la piedad; Luksmi, diosa de la riqueza; Sasfati, diosa de la música; Kali, diosa de la venganza. De las otras divinidades, muchas son mitad varón y mitad hembra. Si bien es cierto que en los últimos siglos la influencia musulmana ha difundido el concepto de que nosotras somos criaturas inferiores, jamás nos ha faltado el respeto de los hombres. Manu, nuestro más antiguo legislador, decía que dondequiera que se honra a las mujeres, la tierra es fértil y buena; dondequiera que no son honradas, la tierra es estéril y sin fruto.

Hablan con vocecillas gentiles, y al verlas parecen tan inofensivas como las demás. Tienen marido e hijos, ya que es muy raro que una india renuncie a casarse, y en la mesa rehúsan comer lo que el marido rehúsa. Se mueven con púdica gracia, llevan flores en el cabello y se escandalizan si cualquier malcriado elige a una Miss India en traje de baño. A decir verdad sólo una vez fue elegida Miss India: en la persona de Indrani Reliman, bailarina sagrada.

—Esto —me confió Indrani, con los ojos arrasados de lágrimas— queda como el episodio más desagradable de mi vida. Me arrepiento de ello y espero que algún día llegaré a olvidarlo.

Pero si combatís los argumentos que ellas defienden, advertiréis al punto que verdaderamente tienen temple de acero.

—Buena parte del nuevo código hindú —os revelan— se debe a la mujer.

Después, con el dedo en alto, os enumeran las leyes que, gracias a ellas, han modificado el rostro de la India: el *Hindu Marriage Act* (Ley del matrimonio hindú), promulgada en 1955, que prohíbe la poligamia; el *Widow Remarriage Act* (Ley sobre el casamiento en segundas nupcias de las viudas), promulgada en 1956, que permite a las viudas contraer nuevo matrimonio; el *Child Marriage Restraint Act* (Ley prohibitiva de matrimonios infantiles), que prohíbe a los padres concertar el matrimonio de sus hijos cuando éstos son niños todavía. En época no muy lejana las niñas eran desposadas a los cinco o seis años; en la actualidad no pueden casarse antes de haber cumplido los quince.

—Y dígame: ¿cuándo consiguieron las mujeres el voto en Francia y en Italia?

—En Francia en el año mil novecientos cuarenta y cuatro y en Italia en mil novecientos cuarenta y cinco —contesté.

—Pues bien: nosotras lo obtuvimos en mil novecientos treinta y cinco.

Naturalmente que todavía hay niñas que dan a luz antes de saber lo que esto significa, y viudas que no vuelven a casarse, y esposas que aceptan vivir con las otras esposas de su marido: el tiempo transcurre con mayor lentitud en la soñolienta India que en cualquier otro lugar, y las nuevas leyes van de acuerdo con el tiempo. Pero las mariposas de acero conocen el valor de la paciencia, y siempre consiguen lo que se proponen. Hasta han conseguido el control de la natalidad en un país donde la esterilidad es pecado mortal.

La India es quizá la única nación del mundo donde el control de la natalidad es ejercido por funcionarias del gobierno, las cuales enseñan a no tener hijos como entre nosotros se enseña a decir las oraciones. Conocí una en casa de Jamila Verguese.

A menudo, cuando recuerdo las extrañas cosas que me sucedieron en la India, me pregunto si fue más desconcertante la entrevista con la maharaní de Jaipur, personaje de un cuento de hadas, o aquella velada en casa de Jamila Verguese; y en verdad que no acierto con la respuesta adecuada. Ambas cosas ocurrieron a pocas horas de distancia una de otra, y sin embargo en mundos completamente distintos. Por más que lo intento no logro encontrar un punto de contacto entre estos dos hechos.

La India es como un calidoscopio que cambia de imagen dejando intactos los colores, y resulta inútil tratar de comprender la razón. El único modo de penetrar el misterio es ver, escuchar y repetir lo que se ha visto y oído.

Comenzaré, pues, por la velada en casa de Jamila Verguese, a quien había conocido en Florencia cuando estudiaba en la universidad para extranjeros, y a quien ahora volví a encontrar en Nueva Delhi, donde vive con su marido, corresponsal del *Times*, y dos hijos; es pintora, escritora y actriz. Lo cual no quiere decir que Jamila sea una mariposa de acero. Es una india chapada a la antigua, tal como se imaginan los europeos que debe ser una india cuando sueñan ocasos de fuego sobre el blanco mausoleo del Taj Mahal. Es menudita y enjuta, muy hermosa, con una larga trenza negra que le llega hasta las rodillas, salpicada de florecillas de azahar, y con una sonrisa en los labios capaz de aplacar a un ciego encolerizado. Pero estaba interesada en que yo conociese a las mariposas de acero, y entonces las invitó. Previamente había redactado una lista donde estaban representadas todas las regiones de la India, desde Kerola al Punjab, y las diversas profesiones. Escogí una periodista, una jefe de estación, una editora, una mujer de su casa, una especialista en peinados y una doctora. A la hora de la cena llegaron en una algarabía de rojo y amarillo, de verde y naranja, de negro y violeta; acompañadas de sus maridos unas, solas las otras. Se trataba de demostrar que la mujer india puede salir de casa por la noche sin necesidad de ser escoltada por un hombre.

Todas eran lindas y vivarachas, cargadas de joyas y de flores, con el disco rojo pintado en medio de la frente, desnudos los pies y calzando sandalias de oro y plata. Todas tenían algo que decirme, mientras sus maridos permanecían en silencio,

esperando pacientemente en un rincón, sonriendo con cara de infelices. Es exactamente lo mismo que sucede en Europa cuando nuestras mariposas de acero deciden no darles la menor importancia.

Amita Malik, la periodista, contó que su oficio estaba muy difundido hoy día entre las mujeres de las grandes ciudades, y que si me situaba a las cuatro de la mañana a la salida de cualquier redacción de un diario, podría ver grupos de chicas que regresaban a casa con la cabeza envuelta en la extremidad del *sari* para protegerse del relente.

Anjani Mehta, la jefe de estación, refirió que es muy elevado el número de empleadas en ferrocarriles, y que únicamente desde que trabajan las mujeres se respetan los carteles que ella misma pidió al Ministerio que fueran colocados en cada departamento:

«Por favor, no escupa encima de su vecino».

«Por favor, no se descalce si previamente no se ha lavado los pies el día antes».

«Por favor, no coma ajo si la ventanilla está cerrada».

«Por favor, no orine en el suelo».

Muerta de curiosidad, le pregunté:

—¿Hace de jefe de estación vestida con el *sari*?

—Desde luego. Pero me pongo la gorra.

Veena Shroff, la especialista en peinados, me advirtió que su trabajo nada tenía en común con el del peluquero. En la India no existen peluqueros de señoras, como no existen modistas. Cada mujer india debe saber peinarse por sí misma, de la misma forma que debe saber envolverse en su *sari*. Su cometido se reducía a hacer revivir peinados antiguos.

Luego, como suele ocurrir siempre que en una reunión se encuentran indias y europeas, la conversación recayó sobre el *sari*: este vestido espléndido que desde hace siglos es su uniforme, y ante el cual los modelos de Chanel o Dior parecen ridículos, groseros, faltos de encanto. Leela Shukla, la editora, quiso que Jamila me prestase su *sari* y que yo le dejase mi vestido; precisamente teníamos la misma talla. Hicimos el cambio riendo, y el resultado fue que el *sari* cae muy bien a las europeas, mientras que el traje europeo sienta pésimamente a las indias.

Envuelta en aquella suave tira de seda dorada y azul, yo no me sentía ni siquiera grotesca, mientras que con mi vestido corto y estúpidamente escotado hasta Jamila parecía ridícula. Su figura resultaba cortada en dos, achatada, y la desnudez de sus piernas nos producía desazón. La expresión de su bellísimo rostro era tan extraña que sus facciones aparecían desencajadas.

Todas tenían algo que decirme sobre el *sari*. Iris David, la mujer de su casa, que ha estudiado a fondo sus características desde hace años, sostenía que el *sari* no es monótono y falto de personalidad, como alguien asegura; las mujeres no son todas iguales con el *sari*. Existen al menos catorce modos distintos de llevar el *sari*: con el copete plegado a la derecha y con el copete plegado a la izquierda; la última doblez

sobre el hombro derecho o sobre el hombro izquierdo; abandonado a la espalda o arreglado como si fuera un velo; dejando al descubierto el *koli* (camiseta) a la altura del estómago, o ceñido al talle. Las mujeres de Kerola, por ejemplo, pasan el extremo por entre las piernas y lo transforman en pantalón. Las pescadoras de Bombay anudan la extremidad al codo de modo que la espalda quede al descubierto.

—No es la mujer quien se adapta al *sari*: es el *sari* el que se adapta a la mujer —sentenció Amita Malik.

Y explicó así su pensamiento:

—El *sari* es una simple tira de tela falta de forma; por tanto corresponde a quien lo viste el dársela.

—El *sari* no es sexual —indicó Leela Shukla—; pero estéticamente es el vestido más bello del mundo, y hasta el más lógico.

—Lógico, no. Ni siquiera cómodo —repuse yo para provocarla—. Yo he intentado vestir el quimono, y resulta fácil y cómodo. He intentado vestir el *sarong*, y es fácil y cómodo. Pero para vestir el *sari* he precisado ayuda, y cuando he probado a caminar tropiezo continuamente. El *sari* es un traje de gala, no un vestido de trabajo.

—¡Jamás había oído que para trabajar se requiriese uniforme! —exclamó Anjani Mehta, enojada.

—No se trata de uniforme —replicó Jamila, conciliadora—. Mi amiga tiene razón. El *sari* no es nada cómodo. Yo, por ejemplo, cuando tengo que conducir el coche o jugar a baloncesto me siento incómoda.

—Entonces ¿por qué lo llevan siempre? —pregunté—. También a mí me gusta el *sari* más que cualquier otro vestido; pero para montar en bicicleta, como se ve cada día por las calles de Delhi, me parece bastante incongruente. Todas las mujeres del mundo adoptan los vestidos europeos; hasta las japonesas visten a la europea. Las mujeres indias son las únicas mujeres del mundo que han sido capaces de afrontar la cárcel con tal de no usar el traje europeo. Pero ya han pasado más de treinta años desde entonces. ¿Es posible que tanta obstinación se deba sólo a un origen estético?

Una vocecita tranquila me contestó:

—No; no es por estética, y ni siquiera por comodidad. Llevamos el *sari* porque antes de ser mujeres somos indias. El *sari* es nuestra bandera. Renunciar a ella sería una traición; algo así como renunciar a la propia personalidad, a nuestra nacionalidad.

Era el discurso más convincente de cuantos había oído. Observé con atención a la persona que acababa de hablar. Con gran estupor advertí que se trataba de la doctora Jaishree Katju, quien durante toda la velada había permanecido en un rincón, tranquila y silenciosa, como si nada tuviera que decir. Al verla tan silenciosa y tranquila, tan poco parecida a una mariposa de acero, también yo hubiera creído que no tenía nada que decir.

—¿Es usted experta en *sari*? —le pregunté.

—No, no —se apresuró a negar Jaishree Katju—. Soy médico y basta. Trabajo para el Estado.

—¿De qué forma trabaja para el Estado?

—Ayudo a la India a hacer menos niños —explicó.

Se hizo un profundo silencio. Todas parecían muy orgullosas de mostrarme una india cuya labor era tan definitiva, y sus miradas la estimulaban a hablar; lo que hizo con sencillez, después de colocar adecuadamente sobre sus piernas el *sari* verde y morado que vestía.

—El mayor problema de la India —dijo— es la pobreza. Y la pobreza existe porque somos demasiados. Junto con los chinos, tal vez más que los chinos, somos el pueblo más prolífico de la tierra, la más espectacular fábrica de carne humana del mundo entero. Los niños nacen en la India con la misma abundancia que los peces y las moscas. Cada año la población crece alrededor de unos cinco millones. Hasta ahora los aluviones y las enfermedades diezaban a la población pobre, y este aumento no resultaba excesivo. Tantos indios nacían, tantos morían. Pero desde que hemos aprendido a afrontar los aluviones y a curar las enfermedades con la penicilina, los nacimientos resaltan superiores a las defunciones. Esto ha hecho indispensable el control de la natalidad.

La doctora Jaishree Katju recogió el disco rojo, que se le había resbalado por la orla del *sari*, y lo fijó de nuevo en la frente, con gesto lento y prolijo. Luego reanudó el hilo del discurso:

—Todo comenzó en mil novecientos cincuenta y dos, cuando las Naciones Unidas enviaron a la India al señor Abraham Stone, especializado en el *Family Planning* (Planificación familiar). Yo me he graduado en América y allí conocí al señor Stone. Su sugerencia me pareció interesante y solicité del gobierno dedicarme a este asunto. Al principio instalamos varios centros de experimentación en Nueva Delhi, en Bombay y en algunas provincias como Vindhya Pradesh y Bangalore; pero fracasamos estrepitosamente. Tenga presente que, como todos los asiáticos, los indios no se casan por amor: se casan para procrear. Cuantos más hijos traen al mundo, mayor es su contento; exactamente igual que un campesino se muestra satisfecho cuando la cosecha ha sido espléndida. Por esta razón muchos se encolerizaron y apalearon a nuestros enviados, gritando que querían impedir el único lujo que un indio puede permitirse: procrear muchos hijos. Otros no nos comprendieron; quiero decir que no comprendieron la forma de usar los antifecundativos, y se los comieron.

La especialista en peinados soltó una risita, pero la doctora Jaishree Katju no se dio por enterada. No encontraba nada divertido el hecho de que los indios ignorantes se hubieran comido los antifecundativos.

—Por favor... —dijo en tono que no admitía réplica.

Y prosiguió:

—Entonces decidí dirigirme a las mujeres, hablándoles particularmente una a una para explicarles la forma como debían utilizar el medicamento, y organicé reuniones para proclamar la necesidad del control sobre la natalidad. Mi primera reunión fue en Ramanagram, un pueblecillo del sur. Subí a una mesa, que hizo las veces de tribuna,

y expliqué a las mujeres que eran pobres porque tenían demasiados niños, y ¿no era un delito poner hijos en el mundo para verlos morir de hambre? El setenta por ciento de las mujeres de Ramanagram se mostraron inesperadamente de acuerdo y se sometieron a la experiencia de un año, que logró un asombroso éxito. Entonces repetí la experiencia en Nueva Delhi, y también Nueva Delhi respondió a nuestra llamada. Ahora tenemos instalada una clínica en cada uno de los setecientos cincuenta y tres pueblos de la India. Otras cuatrocientas cuarenta y dos clínicas están diseminadas por varias ciudades. El gobierno ha proyectado planes quinquenales: el primero costó seis millones de rupias; el segundo, cuarenta millones; el tercero costará mil millones de rupias. Las clínicas más costosas son las dedicadas a la esterilización.

Creí haber entendido mal, pero al punto la doctora Jaishree Katju añadió:

—La esterilización es gratuita. En mil novecientos cincuenta y nueve convertimos en estériles a diecinueve mil setecientas sesenta y seis mujeres. Consideramos la cifra insuficiente. En mil novecientos sesenta y uno esperamos que queden estériles por lo menos cien mil mujeres.

Comprobó si había escrito bien las cifras y luego prosiguió:

—La distribución de antifecundativos es totalmente gratuita para la gente pobre. Sin embargo, como quiera que su precio es muy económico, la venta está en auge. Si echa un vistazo a los escaparates de las farmacias, verá estos productos expuestos con la misma profusión que las aspirinas y los jarabes contra la tos. Naturalmente que los hombres son más conformistas, pero las mujeres se comportan bien. Tenemos en tratamiento actualmente a más de trece millones de mujeres. Debería ver cuán disciplinadas y compungidas están mientras hacen cola para preguntar qué deben hacer. No, ninguna se avergüenza. Ninguna se escandaliza.

—Y usted —pregunté— ¿cómo juzga semejante responsabilidad?

Clavó en mí su mirada serena y contestó:

—Al término de mi jornada me voy a dormir con la conciencia tranquila.

Las mariposas de acero le dieron la razón.

Yo permanecí callada, perpleja. También Jamila callaba, tan perpleja como yo. Finalmente Jamila explicó que una vez había estado en una clínica donde convertían en estériles a las mujeres, y que alguna al salir lloraba, lamentándose de que «de nada sirve ser un árbol si este árbol no puede dar hojas».

—No sé —concluyó Jamila—. No sé. ¡Hemos cambiado todas tan aprisa!... Estamos un poco desorientadas.

A la mañana siguiente nos esperaba la maharaní de Jaipur. Tomamos el avión a las siete. Jaipur dista de Nueva Delhi una hora y media de cielo, y era necesario estar allí cuanto antes, porque era muy posible que fuéramos recibidos inmediatamente.

El avión en que viajábamos era pequeño y anticuado. Para subir al aparato había que trepar, como en los aviones militares dedicados al transporte de la tropa durante

la guerra.

Los únicos pasajeros éramos nosotros y un equipo de tenistas, invitados a no sé qué torneo de la maharaní. Uno era rubio, alegre, y procedía de Sydney. Los demás eran morenos, tristes, y oriundos de la India. ¿Quién, salvo dos periodistas y un equipo de tenistas invitados, podía pensar en ir a Jaipur, un oasis perdido en un desierto de polvo y arena? Dicen que Jaipur es la Florencia de la India. Pero mientras descendíamos para aterrizar yo no veía nada más que aquel desierto de arena dorada, con un montoncito de casas rosadas en el centro y un palacio blanco: el palacio del maharajá.

Estábamos soñolientos, aún aturcidos por la conversación sostenida hasta las dos de la madrugada en casa de Jamila Verguese. La imagen de las indias que lloran al salir de la clínica, transformadas en árboles incapaces de dar hojas, me atormentaba como una absurda pesadilla.

Duilio proclamaba que aquello era horrible, y que se había aburrido soberanamente con aquellas mujeres tan charlatanas; que éste era un viaje de perros, y que estaba dispuesto a volverse a Roma.

—En los demás países —concluyó— uno puede al menos hacer la corte a las mujeres; pero en la India, ¿ha visto qué escarnio? Ni siquiera advierten que las estás mirando.

Al pie mismo de la escalerilla del avión nos esperaba el autobús, que nos condujo directamente al hotel por una callejuela en la que hubo de evitar un encontronazo con un elefante de piel arrugada y orejas caídas, y sortear una alucinante hilera de veinticuatro camellos. Nada más.

Parecía que estuviéramos en un planeta desconocido. Solamente el hotel podía compensarnos de habernos extraviado. ¡Dios mío, qué hotel! Al llegar a mi habitación me apresuré a telefonar a Su Alteza. El teléfono era de purísimo marfil. Inmediatamente me contestó el príncipe Pat, su hijastro.

—Su Alteza padece la fiebre del heno —me explicó—. Sin embargo se levantará y la recibirá a la hora del té. ¿Le parece bien la hora del té?

—Me parece muy bien —aseguré, agradablemente sorprendida de que una de las mujeres más importantes de la India, conocida hasta en Europa por su belleza, sus joyas y su nombre, se levantase de la cama para recibir a dos desconocidos y se preocupase hasta de pedir la aprobación de la hora.

—Y el hotel ¿es de su agrado? —inquirió el príncipe Pat.

—Desde luego —contesté—. No existe en el mundo un hotel mejor que éste.

—*Very well* —dijo el príncipe Pat—. *Very well*.

Y continuó sus amables preguntas:

—¿Y la habitación? ¿Está satisfecha de la habitación?

—¡Sin duda! —exclamé al instante—. Es algo sensacional.

A mis labios afloró una involuntaria sonrisa.

En mi escritorio, al lado mismo del teléfono de purísimo marfil, había un cuadro

con la fotografía del palacio real y las siguientes inscripciones:

«Durante su permanencia en Jaipur hospédese en el Rambagh Palace. Su Alteza el maharajá de Jaipur ha transformado su palacio en hotel para comodidad de los señores turistas. Piscina, campo de tenis y campo de golf a disposición de los señores turistas. Se organizan partidas de caza avisando con anticipación».

Yo me hospedaba en el palacio del maharajá, y mi departamento —según sostenía el portero— era donde dormía tres años atrás la maharaní de Jaipur. En efecto: costaba más de doscientas rupias.

El del maharajá costaba doscientas cincuenta rupias, y en él dormía un rico americano de Texas, que vestía indefectiblemente unos pantalones caqui y una camisa hawaiana. En cuanto tuvo ocasión el americano me lo enseñó, mostrándome muy contento el cuarto de baño, con la bañera de mármol negro empotrada entre paredes de espejos que multiplicaban su imagen hasta el infinito, y hasta el infinito multiplicaban también a quien chapoteaba en el agua.

—*Very nice, eh? Very nice.*

Los grifos del lavabo donde apagaba el cigarro habano eran de oro macizo.

El departamento de la segunda maharaní costaba sólo ciento setenta rupias, y el de la primera maharaní apenas ciento cincuenta. El precio disminuía según el prestigio de quien había dormido allí. La primera maharaní siempre había contado poquísimos, pues era vieja y fea. La segunda, algo más. La tercera contaba muchísimo.

—Como usted bien sabe —hubiera dicho el guía—, el maharajá ha tenido tres esposas; durante cierta época, incluso simultáneamente. La primera, fallecida en mil novecientos cuarenta y uno, era una princesa de Jodpur, el Estado colindante con Jaipur: un matrimonio de Estado. La segunda, muerta en mil novecientos cincuenta y ocho, era sobrina de la primera, y ella misma se la aconsejó al marido al ver que éste se aburría: un matrimonio de conveniencia. La tercera, princesa Gayatri Devi de Coochbehar, llamada Aesha, se había convertido en su esposa en mayo de mil novecientos cuarenta: un matrimonio de amor. Al verla se comprende que Su Alteza el maharajá se enamorara de ella durante un torneo de polo en Coochbehar. Es una mujer deliciosa, moderna; a diferencia de las otras dos esposas, musulmanas convencidas, Aesha jamás había usado el velo. Antes al contrario había aconsejado a las mujeres de Jaipur que prescindieran de él. Habría debido verla cuando vivía en palacio, y en las habitaciones que ahora se alquilan por apenas ochenta rupias, el precio de cualquier hotel de lujo, dormían los huéspedes llegados de todas las partes del mundo para sus legendarias cacerías del tigre.

La maharaní tenía seiscientos servidores en aquel entonces, y de las fuentes del parque manaba continuamente agua perfumada. Jóvenes elefantes de blanquísimos colmillos transportaban a los invitados sobre baldaquines cubiertos de flores. Danzarinas sagradas ejecutaban fantásticas danzas en los prados. Desde luego había sido muy doloroso para la maharaní tener que renunciar a aquel palacio de ensueño.

El día en que lo abandonó para trasladarse a la morada del gobernador, sus inmensos ojos negros a duras penas podían retener las lágrimas.

—*Very well* —dijo el príncipe Pat—. *Very well*. Si algo no va bien, me telefonea. Soy yo quien dirige el hotel.

Le di las gracias mientras observaba con cierto malestar la hermosa cama de estilo francés, las cortinas de damasco recamado, la amplia vidriera a través de la cual se contemplaba, deslumbrante en su luz plateada, casi todo el palacio: las estilizadas agujas, las espléndidas cúpulas rematadas en forma de aguja, las escalinatas de mármol, las terrazas porticadas, los pasadizos secretos, los caminos de ronda, hoy tristemente vacíos.

Abandoné la habitación. A pesar de la paradoja me sentía allí dentro como una intrusa. Me encaminé por el pórtico de columnas recamadas como un chal de blonda. Mi malestar desapareció como por ensalmo dejando paso a una involuntaria sonrisa: el príncipe Pat había instalado en el pórtico, para comodidad de los señores clientes, una cabina telefónica pintada de rojo chillón; exactamente igual que las que se ven por Londres en cualquier calle y que disponen de aparato con dispositivo para fichas.

Junto a la cabina, un adivino con turbante y diploma extendido por la entidad de turismo se ofrecía a predecirme el porvenir por cinco rupias.

En la tienda de «recuerdos» fabricados en Alemania un solícito empleado aconsejaba la adquisición de un cenicero con la siguiente inscripción: «¡Oh Jaipur, sueño de Oriente!».

En los prados a la inglesa, donde por razones de economía las fuentes no manaban ni una gota de agua, los tenistas se aburrían bajo los parasoles de franjas rojas y azules; idénticos a los que se ven en las playas italianas.

—¡Qué fastidio! —exclamó el tenista rubio de Sydney—. En este palacio no hay nada que hacer. Ni siquiera hay un *juke box*^[1]. ¿Vamos a pasear?

Nos dirigimos hacia la salida mientras sus colegas indios me miraban con evidentes muestras de desaprobación. ¿Qué mujer era ésta, que se iba en compañía del primer advenedizo? ¡Qué porquería, esas europeas!

En la puerta donde antaño permanecía erguida la guardia personal de la maharaní, con sus uniformes rojos y sus alfanjes, dos turistas de Los Ángeles discutían el alquiler de un elefante de aburridas facciones, colmillos amarillentos y gualdrapa descolorida que le pellizcaba el barrigón. El elefante costaba cuarenta rupias por hora. Los dos turistas, que eran marido y mujer, los perfectos tipos que viajan única y exclusivamente para enviar postales, protestaban de que el precio era algo exagerado. Y así se pusieron de acuerdo por treinta rupias, y treparon por el elefante chillando de contento.

—Es viejo —explicó el conserje— y ahora está medio ciego; para los zoos han preferido los mejores. Y por eso Su Alteza lo utiliza para diversión de los turistas. Al menos se gana la vida. Ya comprenderá; con lo que come...

Luego me explicó que Su Alteza tenía setenta y cinco elefantes únicamente para

la caza del tigre, y ciento cincuenta caballos para jugar al polo. Pero en 1949, cuando la república abolió los reinos de los maharajás, Su Alteza debió reducir los caballos a cuarenta y los elefantes a quince. Después hasta quince resultaron excesivamente costosos: ciento setenta mil pesetas de comida al mes.

—Ahora tiene tres —prosiguió el conserje—. Y no son pocos si se considera que el maharajá de Misore tenía seiscientos y ahora sólo tiene uno que se muere de hambre en la cuadra.

—Pero Su Alteza aún es rico.

—¡Oh, comprenda que con los impuestos que paga!... Al año, más de veintiún millones de pesetas... Por eso ha debido abandonar el palacio.

—¿Y vuelve de vez en cuando?

—¡Oh, sí! A él no le importa. Pero la maharaní no ha vuelto a poner los pies aquí. Cuando pasa en coche descubierto ante la reja, retarda la marcha como si pensara entrar; pero luego huye al instante. Éste era su palacio preferido. Tenía seis palacios en Jaipur. A propósito: ¿quiere el elefante para ir a Jaipur? A usted le haré descuento.

Fuimos en taxi, si bien Duilio y el tenista de Sydney protestaron reiteradamente de que preferían el elefante. ¿De qué sirve ir a la India si uno no sube a un elefante? Conducía el taxi un individuo que primero había sido chófer de la maharaní; todavía lucía el uniforme con las hombreras doradas.

—Yo no comprendo a Su Alteza —decía—. El hotel rinde mucho dinero; los pocos turistas que vienen a Jaipur se albergan allí. Su Alteza aún posee la más espléndida colección de perlas y esmeraldas del mundo. Tal vez le ha dolido lo sucedido. Primero Jaipur era completamente suyo: dieciséis mil millas cuadradas, de las que poseía la tierra, la cosecha y la gente en cuerpo y alma. No es que se aprovechara de su situación, entendámonos. Nadie puede echarle en cara que jamás haya hecho matar a alguien, ni siquiera a una criada rebelde. Al contrario: siempre ha derramado el bien. Ha fundado una escuela para niñas, ha fundado un club para las mujeres que no llevan velo. En cuanto al maharajá, es un hombre excelente. Si se presentara a las elecciones, yo le daría el voto. Pero la carrera política no le interesa. Confía en que le nombren embajador.

El taxi se deslizaba por el mar de arena, y Jaipur era una mancha rosada en aquel mar de arena. Aparte del nuestro, no se veía ningún taxi; sólo camellos o *rickshaws* tirados por hombres delgadísimos y de torso desnudo, porque el príncipe Pat afirma que los autos molestan a los turistas.

En la plaza central, mujeres vestidas de negro y protegidas del sol con paraguas ensartaban corolas de flores amarillas y anaranjadas. En las aceras donde los aguadores ofrecen vasos de un líquido oscuro que aseguran ser agua, o en los tejados almenados, los vendedores de *saris* extendían las largas tiras de seda verde, rosa o carmesí; parecían gigantescas estelas. En una terraza había una vaca, llegada allí quién sabe cómo.

Éste era el ex reino de Aesha, la maharaní de Jaipur, personaje de una India hoy

día acabada y sepultada.

En su City Palace, transformado en museo, se entraba pagando el correspondiente billete. Entré.

Me mostraron la colección de armas del maharajá, con los fusiles incrustados de piedras preciosas, las espadas flexibles como hojas de afeitar, los curvos puñales que Aesha ha colocado en el muro de forma que puede leerse. «Bien venidos, visitantes». Me mostraron las alfombras persas que Aesha sacó del Rambagh Palace para que los turistas no se limpiaran en ellas el calzado. Me mostraron su colección de *saris*, algunos de los cuales cuentan más de quinientos años y se remontan a la época de dominación de los mogoles. Me mostraron finalmente el salón del trono donde la mañana del 30 de marzo de 1949 el Estado de Jaipur desapareció de la historia de la India para entrar a formar parte de la unión del Rajastan, que comprende catorce Estados feudales con una superficie de ciento veintiuna mil millas cuadradas.

Aquel día —me dijeron— Aesha no quiso sentarse por última vez en el doble trono de terciopelo carmesí y oro macizo, junto a su marido. Permaneció en su habitación del Rambagh Palace, tumbada en la cama por la que yo pago doscientas rupias, y cedió su sitio al primer ministro Sardar Patel, que vestía blanca túnica, llevaba barba y los pies descalzos en empolvadas sandalias.

Los hombres de la nueva India vestían todos una sencilla túnica blanca, tenían todos barba y calzaban sus pies desnudos con empolvadas sandalias.

En cambio el maharajá lucía el brillante uniforme Graustarkian, se tocaba con un turbante de brocado dorado y calzaba preciosas babuchas.

Según me dijeron, su noble rostro moreno, cuidadosamente afeitado, no se inmutó cuando Sardar Patel se levantó para pronunciar su discurso. Luego, contemplando con mirada serena a sus guerreros de retorcidos bigotes y al primer ministro, exclamó:

—El día de la espada ha terminado. El día de la bomba atómica ha comenzado. El viento trae una nueva era a las arenas del Rajastan.

A mediodía tuvo lugar una partida de polo, la última jugada con los ciento cincuenta caballos del maharajá; el maharajá jugó y perdió por tres a uno. Pero ni siquiera entonces intervino Aesha.

Por la tarde hubo un desfile en honor de Gansgor, diosa de la riqueza, y ante el maharajá desfilaron sus setenta y cinco elefantes, gran parte de los cuales ya habían sido vendidos a los zoos; las danzarinas sagradas bailaron por última vez envueltas en sus *saris* de plata. Casi todas, acto seguido, se emplearon como azafatas de las Líneas Aéreas Indias.

Pero ni siquiera entonces intervino Aesha para recordar que ahora era únicamente la esposa del gobernador. En señal de estima y de reconocimiento por el bien hecho a Jaipur, Nehru había concedido al maharajá la dignidad de Rajapromuk, gobernador del Rajastan, con una renta anual y el usufructo del palacio ocupado anteriormente por la Embajada británica.

El palacio, que permaneció deshabitado hasta diciembre de 1957, dista diez minutos del Rambagh Palace. Es una soberbia mansión de dos plantas, naturalmente agradable como sede de una antigua Embajada, y tiene siete dormitorios, un amplio comedor, dos salas de estar, quince habitaciones para invitados y un parque con piscina donde la maharaní toma el baño.

La maharaní vive en compañía de su marido, su hijo Jagat, de nueve años, y su hijastro Prithviraj, es decir Pat, que ha cumplido veinticuatro años y es hijo de la segunda esposa.

El príncipe Jai, hermano de Pat, vive en Calcuta, donde muy democráticamente es comerciante de té. El primogénito Bhawani, que tiene treinta años y es hijo de la primera mujer, vive en Nueva Delhi, donde muy caballerescamente es capitán de la guardia personal del Pandit Nehru.

La servidumbre del palacio apenas llega a la treintena. Pat los ha destinado en gran parte al hotel que él dirige.

Pat me esperaba en su aposento, situado en la planta baja, que es una habitación decorosa, no muy grande, con una radiogramola, libros en los estantes y varios retratos con marcos de plata y dedicatorias: de Felipe de Edimburgo, de la difunta lady Mountbatten, del Pandit Nehru, a quien nadie en la casa guarda rencor. Vestía pantalón y camisa de cuello abierto y calzaba mocasines italianos. Era joven, irreflexivo, simpático, con la sonrisa blanca y la piel morena: el tipo que se encuentra en Cannes o en Biarritz y pide al camarero: «Un *bloody Mary*, amigo».

Pat me dijo que Su Alteza se estaba levantando de la cama, y me condujo al jardín, donde había dos sillones, un banco de columpio, un señor inglés pelirrojo y una señora inglesa de cabellos violados, invitados de Su Alteza.

Su Alteza llegó casi en seguida, con un revuelo de chifón estampado de florecillas color de rosa: muy extraño para un *sari*. Sus cabellos negríssimos caían sueltos por la espalda, y no llevaba ninguna joya de su valiosa colección. Su rostro, color café con leche, con inmensos ojos saltones como los de las estatuas de Benarés, no tenía ni sombra de maquillaje. Ni siquiera lucía el disco rojo en medio de la frente. No parecía una mujer india. Se la hubiera tomado más bien por una millonaria cualquiera, bronceada en un cruceo de placer, envuelta en un absurdo *sari* por capricho de los enviados de la revista *Vogue*. Llevaba en la mano una cámara fotográfica.

—¡Por favoor! —susurró, llevándose el pañuelo a la boca, para frenar un estornudo.

Luego, indolente, distraída, sutil, se dejó caer en el banco columpio, mientras rogaba a Duilio que le examinara la cámara: no funcionaba, sin razón aparente.

Hablaba el refinadísimo inglés aprendido en Oxford y en la universidad de Rabindranath Tagore, apenas matizado con la erre de un francés aprendido en Suiza.

Entretanto los ojos saltones me escrutaban atentos, cual si intentaran adivinar qué clase de curiosidad me había llevado hasta allí, y al mismo tiempo trataban de

refrenar el deseo de preguntarme algo.

No me lo indicó en seguida. Me habló como una dama de las Conferencias de san Vicente de Paúl, explicándome cuanto se refería a la escuela que ostenta su nombre, y a la que tiene en gran estima. De tal modo se preocupa de ella que cuando alguien pretende hacerle un obsequio le pide siempre un pedazo de tierra para ampliarla.

Me habló de sus viajes. En la estación de las grandes lluvias se desplaza siempre a Europa. Primero hace una escapada a París para encargarse a Dior unos pantalones de caza; luego pasa temporada en Inglaterra, donde posee una casa en Sussex y un departamento en Londres, en Cadogan Place.

—No sabría decirle si vivo mejor en la India o en Europa. Tal vez en Europa me siento más libre. Soy otra mujer en Europa.

Apartó de mí sus bellos ojos y contempló con mirada soñadora las blancas molduras del palacio de Rambagh, las hinchadas cúpulas, las estilizadas agujas. Su ternura estaba velada por una tristeza sombría. Pero sus labios seguían refrenando el deseo de una ardiente pregunta, hasta que de pronto alzó la barbilla y me preguntó:

—Usted se hospeda en el palacio, ¿verdad?

—Sí, Alteza.

—¿Y dispone de una buena habitación?

Miré a Pat en demanda de consejo. ¿Qué debía contestarle? ¿Que dormía en su habitación? Pat se sintió molesto y se levantó anunciando que se iba de caza. En el bosque había una pantera. Los batidores habían localizado el sitio adonde iba cada tarde al ponerse el sol para beber, y no quería perder la ocasión. Me vería de nuevo más tarde en el hotel.

—Sí, Alteza —contesté—. Dispongo de una excelente habitación. Gracias.

—¿En qué parte? ¿En el ala derecha o en la izquierda?

—No sabría decírselo, Alteza. ¡Es un palacio tan grande!...

—Muy grande y muy hermoso. ¿Le han designado mi habitación, tal vez?

—No, Alteza. No lo creo. Es una habitación pequeña.

—Y en el aposento de mi marido, ¿quién está?

—Nadie, Alteza. Nadie.

—Es una habitación maravillosa.

—Desde luego. Es muy hermosa.

—Entonces la ha visto.

—Sí, he visitado todo el palacio. Pero en la habitación del maharajá no había nadie. Y en el aposento de Su Alteza creo que tampoco vi a nadie.

La maharaní sofocó un estornudo.

—Para Pat y mi marido es distinto. Ellos van de acuerdo con los tiempos y saben amoldarse. Incluso hacen buenos negocios. Pero yo he dejado el corazón en mi casa. ¿Verdad que es muy cómoda?

—También ésta es cómoda —repuse.

Su Alteza fingió no haber oído mis palabras.

—¿Ha visto cuán gracioso es el surtidor que hay en el saloncito de fumar?

Había visto el surtidor, pero el saloncito de fumar había sido convertido por Pat en un bar siempre abarrotado de norteamericanas de rostro apergaminado que bebían sin cesar *scotch on the rocks* (whisky escocés en vasos gigantes) y maullaban: «Very nice, uh, very nice».

—Nos hemos visto obligados a dejar los muebles dentro del palacio. Pat aseguraba que no era posible instalar un hotel sin muebles. ¿De qué parte ha dicho que está su habitación?

Esta vez pedí auxilio a los doscientos millones de dioses que protegen la India, y el auxilio llegó en forma de un caballero vestido con traje gimnástico azul, similar al que utiliza Vittorio Gassman en los ensayos teatrales, y que brincando en zapatillas blancas de goma, ceñida la cintura y cerrados los puños, se dirigía desde la terraza al jardín. Era un señor de elevada estatura, algo grueso, con una nariz excesiva, que dio la vuelta a todo el jardín brincando rítmicamente; volvió a recorrer el jardín y, sin cesar de brincar, se detuvo delante de nosotras.

—¡Hola! ¿Cómo va eso, amigos míos? Hago ejercicio para ver si disminuyo el abdomen —jadeó, con sonrisa bonachona.

Continuó brincando y me alargó la mano, que estreché al par que brincaba al unísono con él, para no hacerle perder el ritmo.

—Éste es Jai, mi marido —dijo Su Alteza, en tono distraído.

—¡Hola! —saludó Jai, brincando.

Después pataleó un poco en la hierba, tomó carrerilla y desapareció tras el follaje, gritándose a sí mismo:

—Un, dos, un, dos...

—¿Lo ve? —susurró Su Alteza, meneando la cabeza con infinita tristeza—. Él ha cambiado y yo no. Él vive en su época, va de acuerdo con los relojes de nuestro siglo. Yo vivo en el pasado y no voy de acuerdo con ningún reloj. Quiero decir que no soy ni de aquí ni de allí; no soy antigua, pero tampoco moderna; ni occidental ni oriental. ¿Comprende? ¡Oh, no! ¡Nadie me comprende! Quiero decir que hablo inglés y pienso en hindú. Conduzco el automóvil y me cubro con el *sari*. Escucho complacida la música de jazz y luego sufro ante la idea de que alguien duerma en un aposento que fue mío. ¡Deténte, Javat!

Se puso en pie, y su chifón de florecillas rosadas se hinchó cual bandera al viento. Me condujo a su morada. En el pasillo, brillante y encerado, un chiquillo montado en un triciclo hacía carreras.

—¡Javat! —exclamó, indignada, Su Alteza—. ¡La lección, Javat!

—*Come on, mammy!* (¡Vamos, mamita!). Déjame montar el triciclo.

—¡Javat! Esta noche en castigo conjugarás diez verbos en latín.

—¡Al diablo, *mammy!* Ya sabes que el latín me revienta.

Pero entregó el triciclo a un criado.

La maharaní acarició, orgullosa, a un tigre de Bengala.

—Lo maté yo —dijo, sonriente—. Mire: somos un país lleno de contradicciones. Tenemos cincuenta millones de monos que comen como chiquillos, mientras la gente se muere de hambre. Pero nadie los mata porque son sagrados. Tenemos no sé cuántos millones de vacas que dificultan el tráfico; pero nadie las come porque son sagradas. Y sin embargo matamos los tigres, que no molestan a nadie. Las mujeres indias están tan llenas de contradicciones como el país que las vio nacer. Promulgan leyes para obtener el divorcio, por ejemplo, y luego guardan la fiesta de Sita. Usted sabe lo que es la fiesta de Sita, ¿verdad?

No, no lo sabía. Su Alteza se apoyó cansinamente en el tigre. Le había subido la fiebre y se veía precisada a volverse a la cama.

—Es una fiesta —explicó— que cae en octubre. Al amanecer las mujeres de un barrio o de una aldea se reúnen en corro y se pasan todo el día en ayunas, cantando la historia de Sita hasta que sale la luna. Sita es la diosa de la fidelidad. Cuando aparece la luna en el cielo, el marido dice a su esposa: «Mujer, ha salido la luna». Entonces la esposa arroja un puñado de agua a la luna y pide a Sita que le permita casarse con el mismo marido en las siete vidas que han de venir.

—¿También si es un marido a quien odia?

—También si es un marido a quien odia.

—¿Y lo piden todas?

—Lo piden todas.

—¿Y nadie se burla?

—No, nadie se burla.

—Y usted, Alteza, ¿ha ido alguna vez al corro a cantar la historia de Sita?

—¡Oh, no! —exclamó, riendo.

La dejé con su fiebre del heno y regresé perpleja al hotel. Pero había un espléndido y encendido ocaso en Jaipur, y por tanto me dirigí hacia el centro de la población, sin saber por qué. Quizá porque presentía que iba a suceder algo, como en Karachi el día en que vi a la esposa niña. En efecto: por la plaza desfilaba un entierro; de los que tanto entusiasman a los turistas. Era un entierro de gente pobre, con el difunto en un ataúd de cañas de bambú. Alguien tocaba el tambor y siete personas seguían tras el muerto acompañando a la viuda. La viuda era jovencísima y muy agraciada; vestía *sari* de florecillas de oro sobre fondo verde guisante, con brazaletes en los tobillos y anillos en los dedos de los pies, y multitud de collares en torno al enflaquecido cuello.

Me llamó la atención que no hubiera el menor sentimiento de tristeza en la cara pardusca de la viuda, y que caminara ágil, segura, como si fuera al mercado en busca de provisiones. Y así decidí seguir el cortejo hasta que llegó al estrecho patio donde queman los cadáveres.

Era un patio cuadrado, con un altarcillo adornado de estrellas y una estatua de cartón en el centro: la diosa Siva.

Un individuo albino de cabellos blanquecinos y ojos encarnados encendía los

cirios ante la estatua. En el centro había dos montoncillos de brasas: residuos de dos criaturas. Un hombre hurgaba en los montoncillos de brasas con un hierro para apagarlos rápidamente y separar las cenizas. Me dijo mecánicamente:

—Un hombre grande, tres horas. Un hombre pequeño, dos horas. Un niño, una hora.

Con ello quería decir que para incinerar el cadáver de un hombre corpulento se precisan tres horas; para un hombre pequeño, dos horas; para un niño basta con una hora.

Depositaron el féretro en el suelo, y los parientes concertaron el precio de la madera de sándalo. Se colocó la leña en forma de pira. Despojaron al difunto de la sábana que lo envolvía y lo depositaron sobre la pira. Era de estatura pequeña y piel renegrida, calvo, y tenía los ojos muy abiertos. Sobre el cadáver colocaron varias brazadas de leña; pero la calva cabeza quedó colgando. Entonces un pariente cogió un bastón y con un rápido golpe seco le destrozó el cráneo.

—Es para que no chisporrotee —susurró alguien.

Otro pariente aplicó la llama, que rápidamente prendió y crepitando iluminó el patio, hasta entonces oscuro, con rojizos resplandores.

Miré de nuevo a la viuda. Permanecía inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, y sus facciones no denotaban la menor tristeza; como si el espectáculo no le atañera.

Las llamas devoraron el cuerpo, desprendiendo una humareda aceitosa. Yo continuaba mirando a hurtadillas a la viuda, y ella seguía impassible como si no le incumbiera.

Después, no sé cómo sucedió... Yo no apartaba la vista del muerto, cuyos ojos me miraban con terrible fijeza, y no advertí lo que ocurría. Tan sólo vi que la mujer avanzó hacia las llamas; pero al instante una reja de brazos la detuvo, mientras se debatía furiosa en silencio. Todo sucedió con gran rapidez y en el más absoluto silencio, porque ni ella abrió los labios ni los parientes hablaron. Mientras la apartaban de aquel lugar, me repetía a mí misma que era imposible, que todo debía de ser fruto de una alucinación, y que al fin y al cabo estábamos en 1961: sólo en las narraciones de Salgari las mujeres se arrojan a la pira del marido.

Llena de incredulidad me acerqué a un pariente que permanecía tranquilo en un rincón, masticando algo. Le pregunté si era cierto lo que había sucedido, y respondió que ya lo había visto yo misma.

—Debía de quererle mucho —exclamé.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por lo que ha hecho.

—¿Por qué? —preguntó. Y continuó mascando.

Más tarde, al llegar al hotel, conté lo ocurrido a Pat. El príncipe había matado a la

pantera y estaba muy contento.

—Esas cosas —comentó— fastidian a *mammy*, quiero decir a Su Alteza. Suceden con frecuencia en esta región. En mil novecientos cincuenta y cuatro, en el Estado de Jodpur, la viuda del brigadier Jabur Singh, amigo de papá, quiero decir de Su Alteza, se arrojó a la pira, y los parientes no movieron ni un dedo.

—¡Pero está prohibido! —exclamé—. Todo el mundo sabe que está prohibido desde mil novecientos veintisiete.

Pat frunció el ceño.

—También está prohibido arrojarse bajo el carro de Visnú, en Benarés. Hay en Benarés infinidad de carteles en hindú y en inglés: «Terminantemente prohibido arrojarse bajo las ruedas del carro». Pero se arrojan. Mire: cuando una india se casa es para siempre; por tanto lo peor que le puede suceder a una india es quedarse viuda. Supongo que ya se lo habrán explicado.

Me lo habían explicado, y había visitado varios asilos municipales que recogen a las viudas atormentadas por las familias. Eran asilos escuálidos, muy semejantes a los que hay en Europa para los ancianos, cuando nadie los quiere. Había dormitorios, como en todos los asilos, y laboratorios, y salas de recreo. Pero las viudas no eran viejas: a veces sólo tenían quince años. Me dijo la directora del asilo que las de quince años eran las más obstinadas. Cada sábado por la tarde y cada domingo gozaban de libre salida, y ella las animaba para que salieran de paseo; pero siempre rehusaban, como si se tratara de algo vergonzoso o pecaminoso. Preferían permanecer en el asilo cantando aburridísimas salmodias, como prisioneras sin esperanza.

—Por otra parte, ¿qué puede hacer una viuda? —comentó Pat.

—Volver a casarse —repuse—. Existe la ley.

—Sí, sí —admitió Pat—. Desde hace cuatro años existe esa ley. Se llama *Special Remarriage Act* (Ley especial sobre el casamiento en segundas nupcias). Pero aún no he visto una sola viuda india que se vuelva a casar. Con su permiso, señora.

Se levantó ceremoniosamente y fue al encuentro de una turista que deseaba algo.

La turista era una viuda de Baltimore, que viajaba a costa de la herencia del marido muerto de infarto cardiaco, a causa de un exceso de trabajo. Deseaba saber si la maharaní le concedería un autógrafo.

—Tengo hasta el de Frank Sinatra, ¿comprende?

Pat le prometió el autógrafo.

Duilio y yo preparamos la marcha.

Nos fuimos a Calcuta: una masa incolora de cuerpos que al anochecer duermen en medio de las calles porque no tienen ni una casa, ni una choza, ni un techo cualquiera bajo el que cobijarse.

Aquí vi la exasperación del espectáculo más obsesionante que pueda acompañar a

quien viaja por el mundo: la pobreza.

Para cruzar ciertas calles durante la noche es preciso apartar aquellos cuerpos canijos tirados sobre el asfalto y apretados unos contra otros, como ganado dentro del redil. Al amanecer, una carreta municipal pasa a recoger los cuerpos de quienes nunca más volverán a despertarse, para quemarlos en una gran pira, y luego arrojar las cenizas a paladas en el Ganges.

El Ganges había convertido sus orillas en un lodo asqueroso y amarillento, y el tifus y el cólera segaban millares de vidas cada día. Nadie sabe la razón, pero las mujeres morían con mayor facilidad.

Junto al Ganges se encuentra el templo de la diosa Kali, donde hace un siglo se sacrificaban los hombres en las noches de plenilunio.

Fuimos caminando hasta el templo, que es bastante modesto, hediondo, con una multitud de altarcillos ante los que la gente pobre se postra hecha un ovillo, semejantes a fetos en el claustro materno, para resguardarse del sol.

Nos acompañó el gran sacerdote, después de habernos pedido una buena propina, y nos enseñó la diosa Kali, representada por una llama perpetuamente encendida.

Pero este gran sacerdote, en vez de adorar a la diosa Kali, adoraba a Krushev, que en el curso de un viaje propagandístico por Oriente le había estrechado la mano.

—¡Qué hombre! —ponderaba—. ¡Qué apretón de manos!

A través de pasillos sucios de estiércol, de flores marchitas y de creyentes que nos miraban con evidente enemistad, el gran sacerdote nos condujo hasta el árbol seco del que las mujeres estériles cuelgan piedrecitas para pedir la gracia de un hijo. Después atravesamos el patio donde antaño eran degollados hombres y ahora se degüellan cabritos. El patio estaba sucio, manchado de sangre derramada poco antes para aplacar a la diosa.

Por un instante olvidé al gran sacerdote, la propina, y hasta a Krushev. Pero inmediatamente advertí un banco donde se mostraban alineadas piernas y costillas de cabrito, cada una con el cartelito del precio. El gran sacerdote me explicó:

—Naturalmente el rito es formal. Después de la ceremonia vendemos el cabrito. ¿Quiere comprar usted? Sólo cuesta cinco rupias la libra: más barato que en la carnicería.

Por la noche referí el episodio a algunos ingleses que celebraban una fiesta. No se maravillaron lo más mínimo, porque, según me dijeron, esto demostraba la gran lección de civismo que los ingleses habían dado a los indios.

—Si la matanza del cabrito fuese un fin en sí mismo, nosotros inmediatamente hubiéramos actuado a través de la Sociedad Protectora de Animales. Pero en el caso presente el cabrito sirve para alimentar a la gente.

Sin embargo se mostraron sorprendidos por los discursos del gran sacerdote sobre Nikita Krushev. Inmediatamente se encendió una acalorada discusión sobre el comunismo y sobre el peligro que representa en un pueblo oprimido desde hace siglos por la pereza y por el hambre. Quien decía, con un escalofrío, que el

comunismo también llegaría a la India. Quien aseguraba todo lo contrario, porque la India es un país demasiado religioso: como si Rusia no hubiera sido un país excesivamente religioso.

Finalmente hablamos de nuestra próxima etapa en Sumatra.

—¿Por qué Sumatra? —preguntaban, intrigados.

—En Sumatra quiero ver a las matriarcas —expliqué.

—Pero ¿no sería más divertido escoger Bali, donde las danzarinas sagradas bailan con los senos al descubierto? —insistieron.

—No viajamos por diversión —advertí.

Como su insistencia me resultara molesta añadí que debía retirarme si no quería perder nuestro avión directo a Yacarta, vía Singapur, que partía de noche.

La noche era calurosa en exceso. Mientras huía de su compañía acudieron a mi memoria Jamila, las mariposas de acero, la mujer que quería arrojarse a la pira de su marido, la maharaní de Jaipur, atormentada por la idea de saber si yo dormía en su aposento de doscientas rupias. Ésta era la India que quedaría en nuestro recuerdo y en nuestro corazón: tan distinta de la que habíamos soñado de niños y tan maltrecha. Pero hoy en día todo el mundo está igual.

Con el progreso hemos destruido el único medio de combatir el aburrimiento: ese defecto exquisito que se llama fantasía.

III

De Calcuta a Singapur hay cuatro horas escasas de avión, y de Singapur a Yacarta, hora y media.

Pero ¿qué ves desde el aire, aparte un mapa viviente que se extiende bajo tus pies, y del vaso de whisky que te sirve la azafata? No hemos destruido solamente la fantasía. Hemos destruido el placer de caminar despacio, expectantes; la sensación de descubrir que te proporcionaba el viajar; incluso el peligro que lleva aparejado la sorpresa.

Las compañías de aviación te protegen desde el momento en que desembarcas del avión a reacción hasta el instante en que subes al siguiente, como si fueras un niño tonto.

A la llegada ya sabes casi todo, hasta la desilusión que vas a sufrir cuando acabes de bajar la escalerilla del aparato. Si no acude en tu ayuda y te salva la curiosidad que tu mente sienta por el espíritu humano, no ves más que panorámicas conocidas a través del cine: suaves paisajes corroídos por edificios de cemento, verdes bosques semi-destruidos para construir autopistas, la civilización entendida como propaganda publicitaria del Coca-Cola. Los imprevistos nacen únicamente de la burocracia más imbécil que regalamos, junto con la independencia, a los pueblos oprimidos por el colonialismo.

Yacarta es un pueblucho con aeropuerto. En medio de la pista de aterrizaje aparece, brillante como un monstruoso pez plateado, el avión a reacción de Kruschev. En aquellos días era invitado de honor del presidente Sukarno.

Nada bueno auguraba aquel pez plateado. Y en efecto: en la oficina de la policía un jovenzuelo uniformado pretendió saber un montón de cosas: si teníamos en nuestro poder armas o cuchillos, y la razón de que nos hubiera sido concedido el visado. Luego hurgó en la bolsa, y con grito triunfal mostró brazo en alto el paquete de *traveller's cheques*.

El importe total era muy elevado, y el policía me miró como si yo acabara de robar aquella cantidad al presidente Sukarno. Después me preguntó agresivo si iba a gastar todo aquel dinero en Yacarta. Contesté que no, que lo necesitaba para dar la vuelta al mundo. Entonces me preguntó por qué traía tanto dinero a Yacarta. Respondí que llevaba tanto dinero a Yacarta porque no podía arrojarlo por la ventanilla antes de aterrizar en Yacarta y luego dedicarme a pescarlo en el mar; que de todos modos, si para apurar los trámites era necesario dejar los cheques en consignación al jefe de policía, estaba dispuesta a hacerlo; para pagar el hotel en Yacarta iría al banco a retirar una pequeña cantidad. Esto le sacó de quicio. ¡Ah! ¿Sí? ... ¿Entonces disponía de más dinero en Yacarta? Claro que no. Sólo tenía una pequeña cantidad que mi diario depositaba telegráficamente en el banco para caso de necesidad: lo efectuaba en cada ciudad. Llamó a otro policía, y luego a otro más. Los tres comentaron confabulados, mirándome de reojo, y luego quisieron saber qué

había ido a hacer a Yacarta.

—Escribiré sobre vuestras mujeres —expliqué.

¡Ah! ¿Sí?... ¡Magnífico, en verdad! ¿Y qué iba a escribir sobre sus mujeres?

Les contesté que aún no lo sabía; porque, de haberlo sabido, ciertamente no se me hubiera ocurrido ir a Yacarta para entablar aquella estúpida discusión. Lo que sí podía asegurarles es que escribiría lo que viera y oyera.

Fuimos salvados por un empleado de la Panamerican: un norteamericano de Boston. ¡Dios bendiga a todos los norteamericanos de Boston y de Nueva York y de San Francisco que aparezcan en el camino de quien viaja por Oriente! Cuando a vuestro alrededor todo parece derrumbarse y la desesperación se apodera de vosotros, y en la Embajada de vuestro país os dicen que el embajador no está porque se ha ido a pescar truchas, y que el primer secretario no está porque ha organizado un coctel, y que el agregado cultural no está porque ha acompañado a su mujer a comprar un sombrero, y que el agregado comercial no está porque tiene la escarlatina, hete aquí que surge de las tinieblas de vuestra cólera un norteamericano cualquiera, que, masticando chicle, os libera de vuestras cuitas.

El mío se llamaba Jack, y era un rubio melancólico que consiguió ante todo que alcanzáramos un barracón con algunos bancos que ostentaba el pomposo nombre de «aduanas», donde un aduanero demasiado escrupuloso vació el contenido de nuestras maletas, y con cuidado infinito examinó cada pieza de lencería y cada tubito de dentífrico. Luego escudriñó entre las píldoras de somnífero para ver si encontraba algún veneno que ocultara yo con la intención de echarlo en la taza de té de Kruschew o de Sukarno.

El aduanero dirigió después su nefasta atención hacia Duilio.

—¿Para qué sirven esas máquinas?

—Para hacer fotografías.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y qué son esos rollitos encerrados en la bolsa refrigeradora?

—Son películas impresionadas.

—¡Ah, ah! ¡Ábrala! ¡Veamos!

—¡No, por Dios! ¡No! —aulló Duilio, con el rostro congestionado ante el temor de ver inutilizado el trabajo de un mes—. Si los abro, les dará la luz. No están revelados.

—¡A ver, a ver!

Intervino Jack, y los rollos quedaron a salvo. Entonces el aduanero la emprendió con las cámaras.

—¿Van a vender esas máquinas en Yacarta?

—No, no. Esas máquinas nos son muy necesarias para nuestro trabajo.

—Pero ¿tienen el permiso?

—Desde luego, tenemos el permiso.

—Entonces debo registrarlas.

—Bien: de acuerdo. Registre cuanto quiera.

En efecto: las registró una a una. Según el reglamento, era preciso transcribir los números, y así fue copiando los números de las cámaras, los números del diafragma, los números del tiempo, los números de las distancias. La sucia cuartilla parecía una tesis de algún conspicuo matemático. Se requirieron dos horas y cuarenta y cinco minutos para copiar todos los datos. Finalmente fuimos dejados en libertad y salimos a una plaza flameante de banderas rojas en honor de Kruschev.

Jack nos advirtió que era imposible encontrar alojamiento en un hotel: sólo tres hoteles había en Yacarta, y estaban llenos a rebosar. Tendríamos que hospedarnos en su casa.

—Pero ¡si hemos de seguir viaje a Sumatra!... —le dijimos.

—¿A Sumatra? —repuso Jack, con mirada extraviada.

Nos acompañó a las Líneas Aéreas Indonesias, donde exhibimos nuestro billete, en el que podía comprobarse que el vuelo de Yacarta a Sumatra había sido fijado con el correspondiente *O. K.* El empleado nos miró como si fuéramos idiotas.

—Imposible. Todos los vuelos para Sumatra han sido suspendidos. Nadie puede trasladarse a Sumatra.

—¿Por qué? ¿Acaso hay guerra?

—No, no. No se puede ir, y basta.

—Pero en Singapur nos han puesto el *O. K.*

—Lo siento. El aeropuerto está cerrado al tráfico.

—¿Por qué?

—Porque es así.

—Vamos a Bali —sugirió Duilio, contento ante la idea de sustituir a las matriarcas con las danzarinas que bailan con los senos al descubierto.

—Imposible. Todos los vuelos para Bali están comprometidos hasta mil novecientos sesenta y cinco —dijo el empleado—. Bali se ha convertido en sitio de veraneo, ¿comprenden?

Jack se puso triste. Ni siquiera él podía esta vez solucionar nuestro problema. Y así nos sentamos desconsolados en un bar lleno de moscas, sin hallar solución aceptable. ¿Ir a Sumatra por vía marítima? Se hubieran requerido ocho días al menos, y lo más probable es que no hubiéramos podido desembarcar. ¿Buscar a las matriarcas en Java? Pero ¡si en Java no existían!... Por otra parte, con Kruschev pisándonos los talones, lo más seguro es que nos hubieran bloqueado a cada paso: sospecharían que éramos espías.

—¿Qué hacemos, Jack?

Jack se limitaba a menear la cabeza, desalentado.

—No tenéis idea de lo que significa vivir aquí: un verdadero desastre. Y no solamente por el calor y las moscas... Cuando llegué estaba contentísimo; pensaba en Bali, en el Paraíso terrenal, en todas esas idioteces que cuentan de aquí. Ahora hace tres años que vivo en estas tierras, y si la Panamerican no me sustituye, prometo que el día menos pensado voy a salir huyendo.

Calló un instante. De pronto en sus ojos brilló un relámpago.

—¡Eh! Pero ¡si podéis encontrar a las matriarcas en Malaca! ¿Por qué no os marcháis? ¡Idos, caramba!

La idea de nuestra huida ponía especial brillo en sus ojos; como si nuestra fuga fuera preludio de la que él imaginaba.

Me desagradaba marchar así, después de haber puesto la punta del meñique en el archipiélago más celebrado del mundo, y haber visto únicamente un sucio pueblucho que se llama Yacarta, flameante de banderas soviéticas y con un aduanero cretino. Pero era la única solución aceptable. Y así corrimos hacia el aeropuerto, y ante la mirada desconfiada de los empleados pedimos si había avión para Singapur.

—Sí. Está a punto de partir. Pero sólo hay una plaza.

—¡Huye, huye! —gritaba Jack.

—¿Y yo qué hago? —se lamentó Duilio.

Me encogí ruinmente de hombros y atravesé la barrera de policías con mi billete en la mano. Crucé la pista sin echar ni siquiera una mirada al monstruoso pez de plata que pertenecía a Kruschev, y subí por la escalerilla cuando ya empezaban a retirarla del avión. En el confín de la pista Jack tremolaba jubiloso el pañuelo. Duilio, con las manos en los bolsillos, fijaba en mí una mirada asesina.

El avión despegó, se orientó sobre el mar color flor de lis, y sus motores zumbaron con estruendo sobre las islas verdes y sobre las bahías donde el agua refleja la luz con fosforescente blancura. Se me hizo un nudo en la garganta y mis ojos se llenaron de melancolía al pensar que casi con certeza jamás tomaría un baño en aquellas aguas, ni caminaría a través de aquellas islas verdes.

Y todo porque los hombres son estúpidos, y mucho más estúpidos cuando aprenden las reglas de lo que se ha dado en llamar el mundo civil: el mundo del papel timbrado y de las prevenciones sin sentido.

El avión aterrizó en Singapur, esta espléndida y dulce ciudad de ocasos esplendorosos y de palmeras. Mi melancolía se fue diluyendo. No había ningún obstáculo para ir en busca de las matriarcas de Malaca: bastaba alcanzar Kuala Lumpur, y luego adentrarse por la carretera que conduce a la jungla.

Decidí esperar a Duilio, y cuando llegó, bañado en sudor y lleno de rabia, gritando que rompería los huesos al primero que le hablase de Sumatra o de Bali, partimos para Kuala Lumpur, ciudad situada en medio de la jungla, acompañados del chófer Ming Sen, que nos servía de intérprete. Y entonces comenzó nuestra nueva aventura.

La jungla de caucho nos engulló, silenciosa e inmutable, apenas salimos de la ciudad. Ming Sen nos miró por el espejo retrovisor del coche, cual si intentara adivinar qué locura se había apoderado de nosotros para abandonar un país donde hace un fresco agradable, y trasladarnos al centro del ecuador, donde el calor es como

un casco de acero que te aprisiona el cerebro y te oprime los ojos hasta convertirte en ciego y enfermo.

El rostro de Ming Sen, amarillo y redondo, de párpados hinchados y apenas entreabiertos, denotaba enorme ironía.

Yo ya le había explicado que habíamos ido allí en busca de las mujeres que no conceden a los hombres ni la importancia de un cuenco de arroz. Y Ming Sen, que tiene dos esposas y dos concubinas, repetía sin cesar, con la risa bailándole en los labios:

—¿Cómo las llamas, Tuan?

«Tuan» significa en malayo «señor», y Ming Sen llama así a hombres y mujeres, cuando se trata de europeos. Asegura que poca diferencia hay entre ellos.

—Matriarcas, Ming Sen —le contesté por enésima vez—. No soy yo quien las llama así. Todo el mundo les da ese nombre.

—¿Hay matriarcas en Europa, Tuan?

—Las hay. Pero nadie lo cree, Ming Sen.

—Una vez un amigo mío de Kuala Lumpur se casó con una, Tuan. Ella le había seducido en el bosque, y como no era fea y además poseía cinco campos de arroz, él decidió casarse. ¿Sucede igual en Europa, Tuan?

—Exactamente, Ming Sen.

—Al principio ella se comportó como una buena esposa, Tuan. Hacía los trabajos pesados, y lo único censurable era que exigiera a mi amigo la paga de recogedor de goma. ¿Ocurre también en Europa, Tuan?

—Exactamente, Ming Sen.

—Después ella cambió y solicitó el divorcio, quedándose el dinero y la tierra. Así él debió regresar a casa de su madre, y ahora tira del *rickshaw*. ¿Sucede también en Europa, Tuan?

—Exactamente, Ming Sen.

—Entonces ¿por qué vienes a buscarlas aquí, Tuan?

—Porque éstas son matriarcas de verdad, Ming Sen. No son hipócritas como las de Europa, Ming Sen. En resumen: éstas son matriarcas respetables.

El auto corría por la carretera asfaltada que construyeron los norteamericanos para hacer la guerra. Los árboles del caucho nos aprisionaban en su obsesionante uniformidad, como un sueño que comprenda únicamente árboles: millares y millares de árboles plateados, todos de la misma dimensión e idéntica altura, todos con una incisión en espiral en cuya base, sujeta con un alambre, está la taza donde se va acumulando la goma que mana continuamente.

Los árboles se erguían rectos como columnas de catedral, sin principio ni fin. Y sus hojas, al abrirse a sesenta metros de altura, tejían un verde cielo raso a través del cual se filtraban, como en la cúpula de una catedral, rayos de sol.

Iluminados por estos rayos de sol, los recogedores vaciaban con sorprendente agilidad las tacitas en los recipientes. La goma era cremosa, como leche recién

ordeñada. Eran hombrecillos musculosos, de torso desnudo y el resto del cuerpo enguantado hasta los tobillos con una falda estrecha que llaman *sarong*. Vaciaban las tazas con prisa increíble, saltando de árbol en árbol como langostas enloquecidas. Ming Sen nos dijo que la mayoría eran hijos o maridos de las mujeres que yo llamaba matriarcas: lo cual quiere decir que estaban destinados a sufrir el mismo fin que su amigo de Kuala Lumpur.

Ming Sen reía como sólo los malayos saben reír. Tras su risa se escondía todo un mundo de sentimientos: odio, indignación, sorpresa. Y no quería creerme cuando yo le aseguraba que las matriarcas no son necesariamente, malas, sino que viven de forma distinta de sus concubinas; mandan a los maridos como él manda a sus concubinas: he ahí todo.

—Pero esto es absurdo, Tuan.

—¿Y tú no eres absurdo, Ming Sen?

—Yo soy un hombre, Tuan.

Hubiera resultado muy difícil explicar a Ming Sen, musulmán, cuanto conocía acerca de las matriarcas: por ejemplo, que su autoridad nace ante todo de razones económicas. En efecto: ellas son quienes poseen la tierra, no los hombres, y la transmiten de madres a hijas, como si los varones no existieran. Se casan con un solo hombre y le son fieles; pero no toman su apellido ni se lo dan a sus hijos. No viven con el marido: después del matrimonio, salvo acuerdos especiales entre suegra y nuera, que pertenecen siempre a dos tribus diversas, los hombres continúan viviendo con su madre, y los hijos no le reconocen autoridad ninguna, puesto que la única autoridad que cuenta es la materna.

Hoy en día son pocas las matriarcas. Pero, como ocurre entre los cingaleses, aún existen en varias partes del mundo: por ejemplo, en el Japón y en Australia, en la Costa de Oro y en la Costa de Marfil, en Rodesia del Norte, en Ashanti y en el Dahomey, en la costa de Malabar, en ciertas regiones de la India meridional como Assam y Garos, en la Micronesia y en la Melanesia. Su sistema es quizás el más antiguo del mundo.

Juristas como el suizo Jacob Bechofen y etnólogos como el norteamericano Lewis Morgan afirman que el *jus maternum* (derecho materno) se remonta a la prehistoria, cuando hombres y mujeres vivían en promiscuidad y la única parentela de que se podía estar seguro era la materna.

El mismo Herodoto escribe que los licios y otros pueblos del Asia Menor vivían según el sistema matriarcal y matrilineal, porque, cuando los hombres partían para la caza o para la guerra, las mujeres se convertían en dueñas de los campos. De la potencia económica a la potencia social, bien se sabe, la transición es mínima.

Éste era el caso de las matriarcas que íbamos a buscar en Negri Sembilan, Estado de la Confederación malaya, y que seis siglos antes, tras atravesar en frágiles barcas el estrecho de Malaca, habían abandonado Sumatra para conquistar nuevas tierras.

Estas tierras fueron la jungla. Y ellas las habían conquistado con tanta facilidad

como si se tratara de apacibles valles, logrando incluso desbrozar la tupida vegetación y construir terrazas para los campos de arroz y bancales donde crecen bananas y nueces de coco.

No hay malayo que en lo más íntimo de su corazón no tema la jungla, ese infierno de hojas y troncos que se multiplica y devora la tierra con insaciable hambre; pero las matriarcas no sintieron el menor temor y ya no la han abandonado jamás.

Ni siquiera la abandonaron durante la guerra, cuando todos huyeron a lugares menos peligrosos. Los japoneses quemaban sus chozas, pero las matriarcas las reconstruían. Arrasaban sus arrozales, y ellas plantaban de nuevo el arroz.

Después de la guerra, cuando la jungla quedó en manos de los comunistas, vivir allí dentro era sumamente arriesgado: las guerrillas no les daban descanso. Sin embargo, ni siquiera entonces se alejaron de sus tierras, y así sucedió que cierto día la policía, empeñada en dar caza a los rebeldes, se internó en la jungla para arrestar a los maridos de las matriarcas. Rodearon tribus enteras, atacaron con sus bazukas y fusiles las chozas de los poblados, y sólo encontraron a las matriarcas, que se reían de bazukas y fusiles. Los hombres habían desaparecido. Entonces los policías arrestaron a las matriarcas con sus niños y se las llevaron al Cuartel General.

En el Cuartel General fueron interrogadas minuciosamente por la policía.

—¿Dónde está tu marido?

Y las matriarcas reían sin cesar.

—*Laki t'ada*. (Ningún marido).

—¿Cómo es posible que todas seáis viudas o que no tengáis marido? —aullaban los policías, señalando con el brazo extendido a los niños de pocos meses.

—*Laki t'ada*.

—¡Os fusilaremos a todas! —gritaban como energúmenos los policías, heridos en su prestigio de policías y de blancos.

Y las matriarcas, con una carcajada aún más insolente, proclamaban sin cesar:

—*Laki t'ada. T'ada Laki*.

Sus maridos habían huido o permanecían ocultos en los arrozales, sumergidos en el agua.

Las matriarcas preferían dejarse fusilar antes que esconderse o huir de la tierra que simboliza su autoridad.

Al finalizar la guerra —me explicó el francés Pierre Martin, que desde hace años vive en Singapur y ha estudiado detalladamente sus costumbres— surgieron como por ensalmo pueblos y ciudades en torno a la jungla, con tiendas, cines y cuanto puede ofrecer la moderna civilización. Pero las matriarcas sólo salen de sus tierras una vez al año: para ir al dentista.

—¿Por qué precisamente al dentista?

—Ya lo sabrá.

—¿Y son felices?

—¡Oh, sí! Yo creo que son las mujeres más felices del mundo.

Intervino Ming Sen, riendo alborozado:

—Naturalmente es muy difícil encontrar a las mujeres más felices del mundo...

En Kuala Lumpur nadie sabía dónde vivían. Ni lo sabían en Kuala Pila, ni en Rembau: las zonas que Pierre Martín me había aconsejado explorar. Las mujeres más felices del mundo no tenían dirección determinada ni zona precisa.

Cuando Ming Sen interrogaba a la gente, la gente se encogía de hombros o respondía señalando con el dedo un punto vago:

—Allí.

Después de viajar más de dos horas entre los árboles, las mujeres más felices del mundo seguían sin aparecer. Cada vez resultaban más lejanas e irreales. Empezábamos a convencernos de que no existían, cuando en Serembau el señor Mohamed Reza nos informó de que efectivamente existían, y para hallarlas bastaba buscarlas entre el follaje. Así, pues, dejamos a Ming Sen y su automóvil en la carretera asfaltada y nos adentramos en bicicleta, con Mohamed Reza, por la jungla.

Las bicicletas brincaban a lo largo del sendero, cada vez más estrecho. La jungla se hacía cada vez más oscura: con sus inmensos y retorcidos árboles, sus lianas robustas como cables de acero, su follaje succulento y grandioso, el verde perpetuo y viscoso como la goma.

Mohamed Reza nos informó de que el sendero había sido construido por la policía durante la época de las guerrillas con los comunistas; pero entonces no era tal sendero, sino una amplia carretera que se recorría en jeep. La jungla había ido comiéndoselo, y pronto no quedaría nada.

—El lugar es horrible —decía Mohamed Reza—. Sólo criaturas muy fuertes o muy felices podían vivir allí. Yo desde luego no me siento con ánimos para ello. Casi, casi estoy arrepentido de haberlos acompañado, porque en la jungla no sólo hay monos y faisanes: a veces salen al paso tigres...

De pronto la jungla se convirtió en un hermoso jardín al otro lado de un puente de madera. Y en medio del jardín, acariciada por los pétalos blancos de un árbol del pan, apareció una casa de las matriarcas.

Era una casa de madera negra, con el techo de hojas de palma y paja de arroz, erigida sobre recias estacas a tres metros del suelo, con una sola puerta a la que se llegaba por una escalerilla.

—Construyen la casa sobre estacas —explicó Mohamed Reza— por temor a las fieras y a las inundaciones; pero, a decir verdad, cuando las fieras atacan o tienen lugar las inundaciones, esta precaución de nada sirve.

A través de la ventana llegaba hasta nosotros el rumor de una máquina, muy semejante a la máquina de coser, y la música de un gramófono, que cantaba en inglés: «¡Oh, pequeña! ¡Te echo de menos, pequeña!».

No muy lejos, bajo un toldo de estera, dos mujeres en *sarong* batían con una tabla una bandeja de arroz, que se iba pulverizando en harina. La escena no era muy distinta de la que suele verse en nuestras campiñas a las horas en que los hombres se

dirigen al campo, dejando en casa a las mujeres.

Cuando Mohamed Reza gritó unas palabras en malayo, las dos mujeres que pulverizaban el arroz levantaron sorprendidas la cabeza, el gramófono cesó de cantar «¡Oh, pequeña! ¡Te echo de menos, pequeña!», y hasta el extraño rumor de la máquina de coser dejó de oírse.

Al punto las mujeres comenzaron a llamarse entre sí, agitando las manos como suelen hacer los campesinos en Italia cuando ven a un extranjero del que no es prudente fiarse. Varias mujeres se asomaron desde los árboles con agilidad sorprendente. Una se deslizó desde un cocotero con la rapidez de una mona, otra salió al umbral de la casa furtivamente. Todas se fueron colocando a nuestro alrededor y nos contemplaban con mal disimulada curiosidad.

Habíamos sufrido innumerables fatigas para llegar a encontrarlas, y ahora de pronto las teníamos ante nosotros: vestidas de amarillo, de rojo, de lila, con una chaquetita que les moldeaba el pecho, de senos diminutos, y el *sarong* ciñéndoles las piernas hasta el tobillo. Eran pequeñas, ágiles, con rostros redondos de un castaño dorado, ojos almendrados y naricilla aplastada: esa raza algo indefinida de los malayos que se han cruzado con los emigrados de Java, Sumatra, China, India e incluso Arabia.

Se habían colocado en fila según la edad: primero, una anciana tan vieja y arrugada que parecía haber cumplido los cien años; luego, otra anciana algo menos vieja, que quizá tendría setenta; después, una mujer que frisaría con la cincuentena; a su lado, una muchacha de unos treinta, y finalmente, varias chiquillas.

Todas, a excepción de la más anciana y de las niñas, tenían al menos un diente recubierto de oro, con una ventanita en forma de corazón en la parte anterior. Por esta ventanita podía verse el esmalte, según la moda que tanto gustó a las asiáticas de hace treinta años.

Parecían tímidas, a excepción de la vieja, que nos miraba mofándose de nosotros como si fuéramos una ridiculez. No se atrevían a preguntar nada. Mohamed Reza dijo algo, y entonces nos invitaron por signos a subir a la cabaña, que era amplia y limpia y estaba alfombrada con esteras de hojas de palmera. Sobre una estera se veía un gramófono de mano y una máquina de coser de pedal. El gramófono era de los de trompa con fiorecillas. La máquina de coser, en cambio, era muy moderna: transformable en mesa, una vez se cerraba la tapa. Luego aquellos extraños rumores procedían de allí.

Turbada por lo que veía, no podía ocultar mi decepción. Uno hace kilómetros y kilómetros para llegar hasta el corazón de la jungla, y cuando llega ¿qué encuentra en este año de gracia de 1961? Una máquina de coser y un gramófono. Dije a Mohamed Reza que preguntara a quién pertenecía.

—Es la dote de mi marido —contestó la mujer más joven, que se llamaba Jamila—. Lo traje cuando me casé con él.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Mohamed Reza.

—Con su madre —indicó Jamila.

—¿Con su madre?

—Pues sí: le he enviado con ella de nuevo. No tenía ganas de trabajar ni estaba dispuesto a recoger caucho, que es un oficio ligero. No sabía talar un árbol, ni cortar leña, ni cocer el arroz. Conque le he despedido. Ya es hora de que los hombres aprendan a valerse por sí mismos. Los tiempos han cambiado, ¿no crees?

—¿Y dónde están los maridos de las otras?

En aquella cabaña no se veían trazas de hombre. La única prueba de su existencia eran los niños.

—Con sus madres. O trabajando en la ciudad.

Jamila parecía muy sorprendida con mis preguntas.

—¿Y no vienen nunca?

—¡Claro que vienen! Una vez al mes, o a la semana. Es decir: cuando tenemos ganas de estar con ellos. ¿Qué necesidad hay de tenerlos enredados entre las piernas?

Jamila era muy moderna. Sabía incluso leer y escribir, y se daba perfecta cuenta de que Italia estaba en Europa: es decir, muy lejos. Su madre le había enseñado a leer y a escribir, y una vez se desplazó hasta Kuala Lumpur para examinarse.

—¿Le gustó Kuala Lumpur?

—Confieso que no. ¡Estoy tan bien en mi cabaña!...

Entonces Mohamed Reza explicó la razón de que hubiéramos ido allí, y las matriarcas, después de un conciliábulo entre ellas, se echaron sobre las esteras, dispuestas a contestar a nuestras preguntas con la mayor amabilidad. Se daban perfecta cuenta de lo que era un diario. Jamila había visto muchos diarios en Kuala Lumpur.

—¿Han venido otros periodistas hasta aquí? —pregunté.

—No. ¿Qué significa periodistas?

—Los que escriben para los diarios.

—¡Oh!

En medio estaba la mujer más anciana, que, según dijo Jamila, tenía noventa y dos años y era la bisabuela. Alrededor estaban las otras, y mientras esperaban mis preguntas entrecruzaban hojas de palmera para fabricar esteras.

La bisabuela se llamaba Norpa. La abuela se llamaba Hawa. La madre se llamaba Zina. Se concedió la palabra a Hawa, cabeza de familia por delegación de Norpa.

Iniciamos la conversación. Quería saber en qué forma ejercen la autoridad las matriarcas.

—¿Por qué? —preguntó Hawa, dejando de pronto de trenzar la estera—. ¿No son las mujeres quienes mandan en Europa?

—No —dije—. En Europa mandan los hombres.

—No comprendo —exclamó Hawa.

Era una anciana abatida, que escuchaba con aire distraído.

—Quiero decir que todo es distinto —expliqué—. Entre nosotros el cabeza de

familia es un hombre, y el hombre da el apellido a la esposa y a los hijos.

—¿Quiere decir que la esposa toma el nombre del esposo, en vez de ser el esposo quien toma el de la esposa, y que una mujer cuando nace toma el nombre del padre en vez del de la madre? —preguntó Hawa.

—Exactamente —contesté.

—¡Oh! —exclamó Hawa, palideciendo—. Pero es el marido quien obedece a la mujer, ¿no?

—No —repuse—. Generalmente, no. Por lo menos, ésta es la regla.

Mohamed Reza traducía, y en este momento una estentórea carcajada resonó en la cabaña. Las matriarcas reían como si yo hubiera contado el mejor chiste del año; quien se apretaba el estómago, quien palmoteaba sobre las rodillas, y hasta la bisabuela reía con la boca abierta, mostrando restos de dientes negruzcos, hasta que alzó los brazos como para decir: «¡Silencio! Aquí hay algo que no va». Y se inclinó hacia mí.

—Entre vosotros ¿quién pide en matrimonio al esposo?

Rogué a Mohamed Reza que le dijera que de ordinario era el esposo quien pedía a la esposa; cuando sucedía lo contrario la gente lo atribuía a la corrupción de los tiempos.

—¿Significa eso que una mujer no puede elegir a su hombre? —preguntó Hawa.

—Normalmente, no.

—¿Y qué sucede si una mujer seduce a un hombre en el bosque?

—De ordinario son los hombres quienes seducen a las mujeres en el bosque.

Norpa miró a Hawa, quien miró a Zina, quien miró a Jamila, quien miró a las demás; y luego todas juntas me miraron a mí con aire interrogativo, como si yo me hubiera vuelto loca.

—¿Significa eso que la esposa debe ir a vivir a casa del marido? —inquirió Norpa.

—Desde luego —afirmé.

De nuevo Norpa miró a Hawa, quien miró a Zina, quien miró a Jamila, y todas juntas volvieron a mirarme como si yo fuera una demente.

—¿Y el marido puede pedir el divorcio si su mujer no le mantiene? —preguntó Norpa.

—En realidad es el marido quien debe mantener a su esposa —expliqué—. Y esto no sucede solamente en Europa. Ocurre también en Singapur, y hasta en Kuala Lumpur.

—Allí es una excepción —repuso Norpa.

Mohamed Reza masculló algo ininteligible, con el rostro enrojecido de rabia. Le pregunté qué había contestado, y me dijo que había respondido que no era una excepción, sino la regla.

—¿Y vosotras, mujeres, aceptáis semejante regla? —inquirió Norpa, sin dignarse mirar siquiera a Mohamed Reza y obligándole con gesto autoritario a traducir

inmediatamente.

Después, sin esperar siquiera la respuesta, que ya adivinaba escandalosa o increíble, y ordenando a Mohamed Reza que tradujera sílaba por sílaba, recitó en tono mayestático:

—Cuando la tierra no se llamaba tierra, sino ombligo del mundo, y el cielo no se llamaba cielo, sino sombrilla de la tierra, y la tierra era pequeña como una bandeja, y el cielo era pequeño como la sombra del sol, entonces el hombre era esclavo y la mujer dueña y señora. Después la tierra se llamó tierra, y el cielo se llamó cielo, y la mujer hizo del hombre un ser igual a ella. Pero la tierra pertenece a la mujer: como los hijos y la dote que el hombre le aporta.

Esperó a que Mohamed Reza tradujera frase por frase, repitiendo su salmodia cuando aquél parecía titubear, y muy ofendida se marchó.

—No le haga caso —aconsejó Hawa—. Es vieja y ve las cosas a la antigua. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Y bajando hacia lo que llamaba jardín sacudió un cocotero, con su fruto ya maduro. Cayeron al suelo dos o tres cocos, produciendo un ruido sordo.

Hawa recogió el coco mayor y más amarillo, lo cortó por el casquete con hachazo certero, y me lo ofreció para que bebiese el lechoso líquido que manaba.

—¿Puedo ofrecérselo también a él? —preguntó después, recogiendo un coco más pequeño y señalando a Duilio.

—Desde luego, si le apetece.

—No, no. Es usted quien debe decidir. Él no es más que un hombre. ¿Y también a él?

Y señalaba a Mohamed Reza.

—También a él, desde luego.

Mohamed Reza iba traduciendo con gran paciencia; pero le temblaban ligeramente los labios, y ya no estaba rojo por la cólera: estaba pálido.

Bebimos en silencio la leche de coco, fresca y ligeramente dulce, que aplacaba la sed. Después cogimos unas bananas, pequeñas como dátiles y durísimas, y Hawa nos mostró sus arrozales y los demás campos, donde cultivaban patatas y tapioca. También me enseñó cómo hacía para abatir los árboles a pesar de sus brazos tan frágiles y poco musculosos.

Les daba de hachazos; luego, con una liana atada en forma de lazo, aprisionaba la rama más gruesa y tiraba, tiraba, hasta que el árbol se abatía con un desplumar de hojas.

Hawa parecía satisfecha, lo mismo que Jamila, y únicamente cuando hablaban del maldito caucho se ensombrecía su rostro.

—Los hombres blancos no hacen más que comprar la jungla para plantar caucho. Día llegará en que nos veremos obligadas a buscar otras tierras. Y si alguna no tiene el valor de comenzar de nuevo, ¿cómo se las arreglarán nuestros hijos para casarse? Deberán casarse con mujeres sin tierras. Presiento un futuro muy duro para mi pobre

Junos —me confió Jamila.

Junos, según me explicó, era el único varón de la familia.

—El Señor le ha hecho nacer varón, ¡pobre Junos! ¡Y el mundo es tan duro para los hombres!... Por eso le hago estudiar para que aprenda un oficio que le permita ofrecerlo junto con una dote, y así casarse con una muchacha a quien le haya quedado un poco de tierra. Ya he gastado tres dientes —dijo Hawa, sonriendo feliz.

—¿Qué? —exclamé.

—Tres dientes.

Abrió la boca, con ademán alborozado. Había desaparecido el oro de tres incisivos, que ahora se mostraban amarillos, con la impronta de un corazoncito blanco en el medio.

—Los dientes son mi banco —anunció Hawa, señalando con el índice—. Mis hijas poseen la tierra, pero mi hijo tiene mis dientes. Cuando necesito dinero voy a Kuala Lumpur y me hago sacar el oro. Me hacen daño, pero ¿qué importa? Con este diente he comprado a Junos los lentes. Los lentes más grandes de Kuala Lumpur.

—¿Te han gustado las matriarcas, Tuan? —preguntó Ming Sen cuando nos reunimos con él en la carretera asfaltada.

—Sí, Ming Sen. Me han gustado mucho.

—Entonces ¿no son malas, Tuan?

—No, no son malas, Ming Sen.

El auto corría hacia Kuala Lumpur, alejándose cada vez más de aquel apocalíptico verdor que de siglo en siglo se hace más verde, sin morir en invierno y sin resurgir en primavera. Y me pareció abandonar para siempre un lugar feliz.

Cuando llegamos a Kuala Lumpur, un funcionario antipatiquísimo se lamentó de que en Malaca no hubiéramos visto nada más que las matriarcas del Negri Sembilan.

—Pero afortunadamente —explicó— se reducen tan sólo a diez tribus, y tienden a desaparecer.

El funcionario antipatiquísimo era blanco, de nariz ganchuda, y procedía de Tasmania. Me explicó también que el gobierno estaba tratando de que las matriarcas volvieran a la vida civil, puesto que era denigrante que en la Malaca independiente existieran todavía mujeres tan salvajes.

—Figúrese que ni siquiera ejercen el derecho del voto. Dicen que es una idiotez y sólo sirve para elegir a hombres ambiciosos.

El funcionario antipatiquísimo disponía en su oficina de aire acondicionado, y quizá por esto sus discursos me dejaban fría. Así es que le saludamos y proseguimos nuestro viaje por la jungla de caucho, luego por la carretera que conduce al mar, hasta que Ming Sen nos dejó en Singapur, donde los chinos ricos bailan con sus concubinas en lujosos clubs nocturnos, y donde camiones cargados de sacos de yute repletos de caucho traen a los barcos la mercancía que costará a Hawa todos los dientes que tiene

en la boca.

El viaje duró casi toda la noche, bajo una lluvia pertinaz, ciega como la niebla. Ming Sen nos procuró arroz envuelto en hojas de banana. Mientras yo comía aquel arroz en la oscuridad pensaba en Hawa, que para comprar los lentes a su hijo, los lentes más grandes de Kuala Lumpur, tenía que ir al dentista para hacerse arrancar el oro de los dientes. Y en sus dientes quedaba la impronta de un corazoncito, pequeño como un grano de arroz.

IV

La casa de Han Suyin está sobre una colina de Johore Bahru, Estado de la confederación malaya, a media hora de taxi de Singapur.

En Singapur todo el mundo me dijo que cualquiera podría indicármela. Y en cambio cuando ahora preguntaba: «¿Han Suyin?», la gente me miraba como si preguntase por un fantasma.

—¿Han Suyin? ¿Quién es?

—La escritora.

—No hay ninguna escritora en Johore Bahru.

—Pero ¿saben al menos quién es Han Suyin?

—No. ¿Quién es?

Entonces mencionaba *A many splendored thing (Una cosa maravillosa)*, el libro de mayor éxito que ella ha escrito, y explicaba que los norteamericanos incluso han rodado una película con Jennifer Jones y William Holden (*La colina del adiós*), y ha aparecido también una canción titulada *Love is a many splendored thing (El amor es algo maravilloso)*. Pero la gente continuaba mirándome como si aludiese a un fantasma, hasta que me convencí de que nadie en Johore Bahru conoce a Han Suyin, ni su libro, ni la película basada en la obra, ni la canción sacada de la película.

Allí únicamente conocen a la doctora Elisabeth Comber, especialista en medicina tropical y pediatría, que cada día de diez a doce y de quince a diecisiete recibe a sus pacientes en su casa de la colina. Su verdadero nombre es Elisabeth: se lo escogió su madre, que era flamenca. Comber es el apellido de su segundo marido, un funcionario de la policía, con el que Han Suyin se casó después de la muerte de Mark Elliott, el periodista corresponsal del *Times* con quien vivió la historia de amor en que se inspiró la novela. Una novela donde nada hay ficticio: ni los nombres, ni las circunstancias, ni los lugares.

Me impresionó aquella mujer tan valerosa, capaz de narrar sin escrúpulos hipócritas o ficciones literarias su historia de amor. Hacía tiempo que deseaba conocerla: más por curiosidad personal, lo admito, que para hacerle una verdadera y auténtica entrevista.

Deseaba saber, por ejemplo, si era más fea o más guapa que Jennifer Jones, la actriz que interpretó su personaje; si era sincera o exhibicionista, si era feliz o desdichada.

Me parecía que de su aspecto físico y de la actitud que tomara dependería la veracidad de cuanto había narrado, la respuesta a la interrogación sobre las mujeres que han tenido éxito por haberse convertido en alguien. Pero no sospechaba de ningún modo la utilidad aún más amplia de semejante encuentro.

Y sin embargo sé muy bien ahora que no habría podido comprender a las mujeres chinas de no haber conocido a Han Suyin: esta china que en sí misma resume e interpreta la China de ayer y la China de hoy, la China comunista y la China no

comunista, el Oriente retrógrado y el Oriente que va emancipándose.

Digo china y debería decir eurasiática: su madre era rubia, nacida en Bruselas. Pero de aquel rubio no existe huella alguna en la doctora Elisabeth Comber, quiero decir en Han Suyin. Siglos de antepasados con cabellos negros y ojos almendrados lo han devorado por completo. Y como china Han Suyin vive, piensa, ama, se viste y se rebela. Nació en China y en China ha vivido gran parte de su vida. En China se casó con su primer marido, el general Tang, que le dio una hija: Mei Ling. En China se doctoró en medicina y escribió su primer libro: *Destino Chungking*. Y a China vuelve cada año para respirar el aire patrio y administrar algunas propiedades suyas.

—¿Propiedades?

—Pues sí. Poseo en Pekín algunas casas que me cuestan un montón de dinero. Así que cada vez voy al funcionario público y le digo: «Por favor, honorable funcionario, ¿quiere confiscarlas?». Y él me contesta: «Imposible, honorable ciudadana. Las casas le pertenecen». El hecho es que los chinos, antes de ser comunistas o cualquier otra cosa, serán siempre chinos.

El taxi se detuvo ante un *bungalow* blanco, donde una fila de mujeres y niños esperaban turno.

El *bungalow* estaba rodeado por un jardín, y la sala del ambulatorio miraba al jardín, donde había un arbusto de gardenia y una sombrilla para resguardar las gardenias del sol.

Pensé en Han Suyin, y me la imaginé, sin saber por qué, pequeña, como tantas chinas, algo gruesa, con un rostro ancho, feo, y con gafas. En aquel mismo instante apareció ante mí Han Suyin, y era una mujer joven y hermosa, mucho más hermosa que Jennifer Jones, con un rostro fino, alegre, un cuerpo esbelto, y las piernas más seductoras que jamás haya visto surgir de un *cheong sam*, ese ceñido traje que se abre sin pudor hasta la parte superior del muslo.

—Entre, por favor. ¿Me permite que acabe la visita? Hay una epidemia. Tendrá que desinfectarse las manos.

En el ambulatorio, lleno de instrumental quirúrgico y de carteles en chino, había una mesa con la máquina de escribir y un fajo de cuartillas escritas en inglés.

—Sí, escribo siempre en inglés. Escribo entre visita y visita. Éste es mi último libro: *Winter Solstice* (*Solsticio de invierno*).

Cuando marchó el último paciente, Han Suyin se desplomó sobre un sillón y comenzó a charlar.

Hablaba sin respirar, mientras sus ojos brillaban como llamas, gesticulaba con las manos en una danza frenética y trenzaba con los pies fantásticos arabescos.

—¿Sorprendida? ¡Ja, ja! ¿Creía que todos los chinos eran pequeños y tranquilos? ¡Ja, ja! Los chinos de Cantón son bajos, morenos y vociferan como los napolitanos. Los chinos de Shanghai son altos, tranquilos y disciplinados como suizos. Los chinos de Pekín son de estatura muy elevada, de reacciones imprevisibles y ceremoniosos como ingleses. ¿Conoce la historieta del ascensor? Yo se la referiré. En Cantón,

cuando hay que tomar el ascensor, todos entran a codazo limpio; y el ascensor parte lleno a rebosar, como una lata de sardinas. En Shanghai todos se colocan en fila, y el ascensor parte con el número de personas previsto. En Pekín todos conversan o se hacen eternos cumplidos: «Primero usted», «No, primero usted». Y el ascensor parte vacío. Yo soy de Pekín. Mi ascensor parte siempre vacío.

Su mirada se ensombreció. Sus ojos denotaban enorme tristeza, las manos cesaron de gesticular y los pies quedaron quietos.

¿Aludía quizás a la maldición que destruye sus afectos: al general Tang, muerto en una escaramuza; a Mark Elliott, muerto en Corea; a Leonard Comber, de quien vive ahora separada? ¿De nada le servía, pues, ser Han Suyin: hermosa, célebre y rica?

—Así que he decidido que mi nueva casa carezca de ascensor —bromeó.

Con la mano me indicó un *bungalow* en construcción, a la otra parte del jardín.

—Cuando Mark vivía quisimos establecernos en Pekín: él habría sido corresponsal en China y yo hubiera trabajado en un hospital. Ahora que Mark ya no existe prefiero permanecer en Malaca. Además Singapur me gusta. También a Mark le gustaba Singapur. ¿Ha leído mi libro?

—Desde luego —contesté—. Y usted ¿ha visto la película?

—No —dijo—. No la quise ver. La película no me atañe. Cuando compraron los derechos del libro me invitaron a Hollywood para la ambientación. Pero no fui. También me han invitado para la ambientación de otro libro, el que he escrito después de mi viaje por Nepal, *The mountain is young (La montaña es joven)*. Pero no iré. Yo no escribo para Hollywood, ni siquiera escribo para tener éxito. Escribo para mí. Cuando escribo me siento menos desgraciada, como cuando curo a la gente. «Mira, me digo: tú eres Han Suyin, nieta de aquellas mujeres que se fajaban los pies y no sabían leer ni escribir, y publicas libros y curas a la gente. Eres una esforzada mujer china».

Se levantó de un brinco y me apuntó con el dedo índice.

—Escribirá usted sobre las mujeres chinas, ¿verdad?

—Sí, escribiré sobre las mujeres chinas.

—Pero no ha conseguido el visado para ir a la China roja, ¿verdad?

—No, no lo he conseguido.

—Pero iré a Hong-Kong.

—Sí, iré a Hong-Kong.

—¡Oh, se lo ruego! No escriba con ideas preconcebidas. No escuche los discursos que le hagan los nacionalistas en Hong-Kong. Ellos no tienen ni idea de lo que está sucediendo al otro lado de la frontera. Yo, en cambio, lo sé perfectamente y puedo asegurarle que la metamorfosis de las mujeres chinas es el milagro más maravilloso de Asia. Es un milagro que nada tiene que ver con el comunismo.

Recorrió en silencio la estancia, cual si tratara de buscar la palabra adecuada. Después me apuntó nuevamente con el índice y dijo:

—Piense que en mil novecientos cuarenta y uno, ejerciendo yo de médico en Shanghai, tuve ocasión de ver lapidar por los parientes a una esposa acusada de no ser virgen. Pero era virgen: yo lo sé con toda seguridad porque la había visitado. Sin embargo de nada valió mi testimonio. La mataron como a un perro sarnoso, a pedradas, y nadie los denunció por este crimen. Piense que en mil novecientos cuarenta y cinco había solamente en la ciudad de Shanghai ochocientos prostíbulos, con cuarenta y seis mil prostitutas entre los doce y los cuarenta años, vendidas por sus propios padres por un saco de arroz, y cada año morían más de un millar a causa de los golpes recibidos. Y nadie era denunciado por eso. Piense que en mil novecientos cuarenta y siete, cuando perdí a mi primer marido, mis padres querían que me dejase morir de hambre, de acuerdo con la costumbre. «Levantaremos un hermoso arco en tu honor, decían. Y sobre él escribiremos: “A la esposa fiel”». Y montaban en cólera cuando yo les contestaba que me importaba un comino el arco, que tenía una hija y que viviría para ella. Todo esto ya no sucede ahora, y existe una ley que ha abolido los prostíbulos; las muchachas que estaban encerradas allí aprenden a leer y a escribir y crean una familia. El chino que se casa con una ex prostituta es considerado más que un ciudadano honorable: le llaman Benemérito de la nación. Otra ley ha prohibido el concubinato, estableciendo que el marido no tiene superioridad ninguna sobre su esposa y que sus derechos deben ser iguales. Otra ley prohíbe enterrar a las niñas recién nacidas, como se hacía antiguamente, y las mujeres pueden ejercer todos los oficios del hombre. Ya sé que la gente no espera de mí semejantes palabras, y que cuando hablo así me tildan de comunista. No soy comunista; al contrario: soy ferviente católica y voy cada día a misa. Pero soy médico, y como médico veo únicamente la verdad, muy semejante al instrumental quirúrgico: hace daño pero cura.

Era agradable oírle hablar con tanto entusiasmo sobre cosas tan desconocidas para nosotros, y que por culpa de los siervos del papel timbrado jamás podría ver con mis propios ojos. Y así volví varias veces durante aquellos días a la casa de la colina. Cada vez Han Suyin me comunicó noticias interesantes que me servirían más tarde para escribir este capítulo. Iba a mediodía, cuando ella suspendía las visitas en el ambulatorio, y permanecía hasta el anochecer: con gran alegría por parte de Duilio, que, en silencio, se mostraba muy engreído.

La vieja ama nos preparaba la menestra de aletas de pescado, o semillas de soja, que luego nos servía en tazas de porcelana con palillos de marfil.

Comíamos en el jardín, junto al arbusto de las gardenias, y luego se iniciaba la conversación. Mejor dicho: Han Suyin hablaba y yo escuchaba. Duilio, agotadas las fotografías, se limitaba a mirarla.

Aunque yo no compartía su generoso entusiasmo, puesto que antes que comunista, o anticomunista, o ferviente católica, Han Suyin es, como todos los chinos, china hasta la médula, aquellas reuniones vespertinas me sirvieron para juzgar las cosas que vería en Hong-Kong sin la fría prevención de quien observa a la

humanidad como un simple juego político. Al partir dejé más que a una gran mujer: dejé a una amiga.

—Te doy un consejo —me dijo Han Suyin—. No te detengas en Hong-Kong. Ve hasta la frontera.

—Bien: de acuerdo. Iré hasta la frontera.

—Y cuando llegue el momento de escribir acuérdate de lo que hemos hablado aquí.

Y tabaleaba sobre mi cuaderno de apuntes.

—Bien. Lo recordaré.

En aquellos momentos ¡cuán poco se parecía a Jennifer Jones! Y tampoco ahora que agitaba el pañuelo en la pista del aeropuerto.

El avión despegó. Tres horas y media después volaba sobre el mar de Hong-Kong, dónde los juncos con velas de estera se deslizan junto a los acorazados británicos y a los cargueros suecos.

Hong-Kong es hermosa como un tapiz de seda. Insinuándose entre las islas en punta, el avión aterrizó en la península de Kaulun. La verdadera Hong-Kong está situada en la isla Victoria, adonde se llega con el *ferry-boat*. Pero nosotros preferimos Kaulun para hospedarnos en el hotel donde Han Suyin había escrito su libro, después de haber vivido con Mark.

Duilio, cada vez más obsesionado por su secreto amor hacia ella, repetía que le parecía verla surgir detrás de cada columna. Para consolarle hube de aceptar la invitación a una típica comida china que una acaudalada señora china ofrecía aquella tarde en su mansión de la isla Victoria, y a la que concurría Miss Hong-Kong.

La típica comida china establece dos platos por invitado más uno. Éramos doce invitados, y por tanto hubo veinticinco platos, en el curso de los cuales únicamente nos abstuvimos del seso de mona, plato que requiere lo más difícil de hallar en Hong-Kong: una mona dispuesta a dejarse quitar los sesos cuando todavía respira. Aparte de este golpe de suerte, aquella terrible tarde comimos cuanto hay de comestible en el mundo, pasando por cinco clases de pescado, cuatro calidades de cerdo, seis preparaciones distintas de pollo, un ánade deshuesado y luego compuesto de nuevo y embadurnado de rojo, algas, anémonas de mar, *spaghetti* fritos y los famosos huevos podridos, que son huevos de más de cien días, mantenidos en argamasa hasta que se hacen negros en su interior y verdes por fuera; tienen un sabor agrio de queso de crema, pero desde luego hieden muchísimo más.

Quien rehusaba cualquier plato cometía gravísima descortesía, y la dueña de la casa era tan generosa que, cuando nos veía dudar, venía hacia nosotros y nos atiborraba. Entre plato y plato se bebía vino de arroz en vasos de plata; pero antes de beber era preciso esperar a que alguien se levantara e hiciera un discurso en honor de cualquier comensal. El discurso era prolijo. Eran reseñados los antepasados del comensal hasta el bisabuelo del abuelo, y se enumeraban los merecimientos y virtudes de cada uno. Así resultaba que a aquella mesa no se sentaba ningún

descendiente de bribones.

Los vasos eran tan diminutos que se vaciaban apenas se rozaban con los labios. Lo que resultaba grave inconveniente, porque en cuanto había un solo vaso vacío, al instante alguien se ponía en pie y comenzaba de nuevo la eterna letanía de sus abuelos difuntos.

Se había iniciado la comida a las siete de la tarde; a la una de la madrugada aún no habíamos acabado: todavía faltaba un caldito de pollo como broche de aquel banquete pantagruélico, en sustitución del café.

Duilio estaba congestionado, con la mirada desvaída, y no se cuidaba lo más mínimo de Miss Hong-Kong, que era linda y cretina como casi todas las mises.

Yo sufría lo indecible ante el temor de que los demás advirtieran lo que estaba haciendo: cambiaba mis tazas de comida con las vacías de un vecino borracho. Las otras mujeres, en cambio, comían sin la menor señal de fatiga, como si todo aquello fuera absolutamente normal. Eran mujeres acaudaladas, habituadas a frecuentar la Costa Azul y Biarritz, y casi todas habían huido de Pekín o de Shanghai, donde sus maridos sostenían a Chiang Kai-chek. Vestían modelos de los mejores modistas de París, y no eran la clase de chinas que deseaba conocer.

Apenas tomé el caldo de pollo inventé un violento dolor de cabeza y regresé al hotel, donde pregunté el horario de trenes con dirección a la frontera de Lowu y Shu-Chun.

¿Cómo son las mujeres chinas? Yo las observo desde este minúsculo trozo de tierra que por una franja de sesenta kilómetros de jardines y arrozales, verdes y bruñidos como bloques de jade, limita con la grande e inaccesible China.

La bandera de Isabel II de Inglaterra ondea sobre Hong-Kong, último baluarte de Occidente en Asia, y a lo largo de estos sesenta kilómetros se extiende, sombría y tenebrosa, la alambrada que llaman Telón de Bambú.

En la estación inglesa de Lowu muere la línea férrea que antaño llevaba directamente a Shanghai, y quinientos metros más allá, en la estación china de Shu-Chun, mueren los raíles del mismo ferrocarril que antiguamente llevaba directamente a Hong-Kong.

Entre ambas estaciones, donde dos imperios se enfrentan, hay un río que se llama Sham-Chan: el odio baja mezclado con estas aguas amarillentas. Pero sobre el río hay un puente, y por el puente cruzan las mujeres que desde Hong-Kong van a la China roja, y las mujeres que desde la China roja vienen a Hong-Kong para visitar a sus familiares.

Poquísimos hombres cruzan el puente de Sham-Chan: tanto los chinos partidarios de Chiang Kai-chek como los chinos adictos a Mao Tse-tung lo atraviesan en raras ocasiones; o no obtienen el permiso de las autoridades, o temen por sus vidas. Pero las mujeres van y vienen de continuo.

Cuando se celebra la fiesta del año nuevo chino, entre los meses de enero y febrero, se forman en el puente dos larguísimas colas que proceden en sentido inverso, avanzando gentilmente pasito a pasito. Son las madres, o las hermanas, o las amantes, que han descendido en Lowu para alcanzar Shu-Chun, o han llegado a Shu-Chun para trasladarse a Lowu: con el salvoconducto blanco que garantiza el regreso.

Se trata de mujeres muy distintas en múltiples aspectos, pero que se contemplan con mirada de odio, que ha interrumpido toda comprensión entre una y otra parte del ferrocarril. Las de Hong-Kong tienen fama de ser las mujeres más seductoras de Asia, y aparecen casi siempre recién peinadas por el peluquero, con labios y uñas pintados, zapatos de tacón alto, y vistiendo la indumentaria más atrayente que existe: el *cheong sam*, con los cortes laterales que dejan al descubierto las piernas hasta la altura de la parte superior del muslo. Las de la China roja tienen casi siempre los cabellos recogidos en dos trenzas o llevan melena corta; sus labios jamás están pintados, las uñas carecen de esmalte, y visten de la forma menos atractiva que exista; pantalón ancho y blusón holgado que oculta las formas del cuerpo. Tienen fama de ser las mujeres menos seductoras de Asia, y, lo que aún es peor, no les desagrada serlo.

El 8 de marzo de 1960 se reunieron diez mil afiliadas para la Jornada Internacional de la Mujer en Pekín, y cuando su presidenta gritó ante el micrófono: «¡Viva! Las muchachas ágiles, delicadas y sentimentales, que los reaccionarios consideraban negligentes y graciosas, hoy día son feas y trabajan», ellas respondieron a coro: «¡Viva! Lo que antes era feo, ahora es bello. Lo que antes era bello, ahora es feo».

Las mujeres de Hong-Kong siguen todavía las leyes de Confucio, según las cuales un hombre puede divorciarse de su esposa cuando ésta desobedece a los suegros, es estéril, charlatana o celosa; y puede tomar todas las concubinas que desee.

Las mujeres de la China roja observan la Nueva Ley del Matrimonio, que impone a los cónyuges «la monogamia más radical, el deber de amarse mutuamente, protegerse y ayudarse para lograr una nueva sociedad». Además permite a las mujeres que conserven su propio apellido. Y así vemos que los niños de la China roja llevan el apellido de la madre y del padre, o bien que los varones llevan el del padre y las hembras el de la madre.

Finalmente, las de Hong-Kong admiran a una mujer que se llama Sung Mei Ling, y es la esposa de Chiang Kai-chek. Las de la China roja exaltan a una mujer que se llama Sung Ching Ling, y es vicepresidenta de la república, siempre a la derecha de Mao Tse-tung.

Sung Mei Ling y Sung Ching Ling son hermanas.

Es una paradoja que tiene todas las trazas de una advertencia, y parece explicar el parentesco no sólo de raza que existe entre las chinas divididas por el puente de Sham-Chan. En efecto: si las miráis sin el odio que mana por el río, advertiréis que no son apenas distintas: como las dos hermanas enemigas.

La forma de llevar a los niños a la espalda, atados con un pañolón a modo de mochila, es la misma. Los andares reposados de criaturas que jamás tienen prisa, y que soportan sin un lamento fatigas sobrehumanas, son los mismos. El aislamiento celoso que oponen a cualquier acercamiento, entornando los párpados, es el mismo. Y finalmente también es idéntico otro detalle: la hechura del cuellecito que cierra tanto el coquetón *cheong sam* como el severo blusón. Es un cuellecito duro, relleno de crin, que hace rígido el cuello desde la base hasta casi las orejas, alargándolo como el tallo de una flor, y obligando a llevar la cabeza erguida en actitud de constante desafío.

Ninguna mujer, ni en Asia ni en el resto del mundo, lleva un cuellecito tan alto y tan duro y tan desafiante, a excepción de la mujer china, que lo adoptó en 1911, cuando inició su rebelión contra la bárbara costumbre de los pies vendados: como si caminar con los pies normales la indujese a levantar la cabeza y la mirada en actitud desafiadora.

Los comunistas chinos aseguran que sus mujeres han cambiado en los últimos once años a causa de la victoria de Mao Tse-tung. Ciertamente la metamorfosis sufrida en estos últimos once años es extraordinaria; pero no es cierto que hayan cambiado por Mao Tse-tung. Su metamorfosis, como muy bien dice Han Suyin, maduró mucho antes: cuando fue abolido el fetiche sexual más absurdo que los hombres hayan inventado en el curso de las civilizaciones: los pies vendados.

Para comprender a las chinas de hoy es preciso remontarse a la época de los pies vendados, que aún hoy en día se ven en la China roja y en Hong-Kong.

El dolor más íntimo que he experimentado en el transcurso de este viaje no ha sido por las musulmanas que viven en la prisión del *purda*, ni siquiera por las indias que tratan de arrojar a la pira de su propio marido: ha sido por una vieja china que encontré en el tren la misma mañana en que me trasladé a la frontera.

Poca cosa hay que ver en el límite del territorio, salvo el constante ir y venir de mujeres que tanto se asemejan.

Subí al tren que me había de llevar nuevamente a Hong-Kong. Ella estaba sentada frente a mí, diminuta, enfundada en los pantalones de seda negra y el blusón de seda blanca, con el rostro surcado de infinitas arrugas y la barbilla en alto sobre el cuello de crin. Como quiera que permanecía inmóvil y los pantalones le cubrían por completo la parte inferior del cuerpo, no advertí al principio que sus pies eran insoportablemente pequeños. Me di cuenta de ello cuando se levantó para dirigirse al lavabo, y en vez de caminar avanzaba a saltitos: como los pajarillos que acuden al balcón para comer las migajas que les arrojamos.

Saltaba con los pies juntos, rígidas las rodillas y rígidos los hombros, y sólo cuando estaba a dos o tres centímetros sobre el suelo parecía segura. Apenas tocaba a tierra de nuevo, su cuerpo vacilaba adelante y atrás, falto de equilibrio y de apoyo, y debía agarrarse para no caer. En consecuencia, avanzaba muy lentamente. Después de dos o tres brincos debía detenerse, asiéndose donde podía, y tomar aliento. El

traqueteo del tren hacía su maniobra más fatigosa, y su rostro se retorció en una mueca de resignación colérica que endurecía sus facciones. Tardó más de diez minutos en alcanzar el lavabo, y otros tantos en su regreso. Luego se sentó con ademán desdeñoso para evitar toda conversación.

De sobra sabía yo que quien ha traspuesto el puente de Sham-Chan y tiene el salvoconducto que le garantiza el regreso no quiere hablar con extraños. Por tanto no intenté preguntarle nada, a pesar de mi intérprete, y simulé estar muy atareada en observar por la ventanilla a las muchachas que trabajan en los arrozales, con el agua hasta las rodillas y la cabeza cubierta con un sombrero estilo pagoda.

Pero de vez en cuando me volvía a mirar aquellos piecitos en triángulo, y en una de estas ojeadas furtivas la vieja señora abandonó su desconfianza y exclamó en cantonés a mi intérprete:

—No los había visto nunca, ¿eh?

Después se interesó por saber quién era yo y de dónde venía. Inmediatamente se presentó como la señora Lam Chou, residente en Cantón, de sesenta y siete años de edad, en viaje para ver a su hijo en Hong-Kong.

Transcribo cuanto me dijo sin cambiar ni una coma, ya que la traducción lenta de mi intérprete y las palabras de la señora Lam Chou me permitieron anotarlo todo.

—En mis tiempos debíamos tener los pies lo más cortos posible: no más de nueve centímetros. Los míos, sin embargo, son más largos porque hace cuarenta años que no los llevo vendados. Se comenzaba por fajarlos a los cinco años mediante tiras de algodón, de un centímetro y medio de ancho por dos metros de largo. Se realizaba tan pronto porque a esa edad los huesos todavía son tiernos. Se vendaban todos los dedos, a excepción del dedo gordo, y cada día se apretaba un poco más fuerte, hasta que los huesos se rompían y los dedos se doblaban fácilmente bajo la planta del pie. Hasta que los huesos volvían a soldarse era preciso permanecer en cama, sufriendo grandes dolores. Una noche era tan agudo el dolor que yo misma me quité las vendas; pero mi madre me zurró, y nunca jamás osé hacerlo. Decía mi madre que las muchachas de pies grandes no encuentran marido, y solamente las campesinas o las criadas tenían los pies grandes.

»En efecto: cuando un hombre de clase superior quería casarse con una mujer de clase superior preguntaba: “¿Son muy cortos tus pies?”. Si no eran suficientemente cortos, el hombre podía anular la boda. Y por eso durante quince años no me permitieron que quitara las vendas de mis pies; de lo contrario volvían a crecer. Así solamente crecía mi cuerpo, mientras los pies cada vez eran más pequeños, y mi madre tenía que comprarme zapatos también cada vez más pequeños, o colocar algodón en el calzado viejo.

»Hay un dicho en China: “Un cubo de lágrimas por cada par de pies vendados”. Pero yo he llenado varios cubos, porque mi madre también me vendaba los senos. Para ser hermosas no debíamos tener curvas. El seno debía ser plano, invisible. Y también aquí sentía terribles dolores.

La señora Lam Chou rió, divertida por el interés con que seguía su relato. Y aplaudió de contento al ver mi expresión de estupor.

—Ahora todo es distinto, y las muchachas compiten con los hombres. Pero en mis tiempos ninguna desgracia podía ser comparada con la de nacer mujer. Cuando nacía una niña, la familia estaba de luto, y la chiquilla debía aprender desde el primer momento a obedecer a su padre y a sus hermanos. Cuando la niña se casaba debía aprender a obedecer a su marido y a su suegra. Y conocía al marido solamente en el momento de la ceremonia. A menudo el esposo resultaba mucho más joven. Mi hermana se casó a los dieciocho años con un niño de siete. Le hizo de madre en espera de que él cumpliera la edad justa para dejarla encinta; pero el niño murió a los doce años, y así mi hermana se quedó viuda sin haber sido nunca esposa auténtica ni auténtica madre.

»Naturalmente, como viuda no podía volver a casarse, y la mayoría de los parientes le pidieron que se dejara morir de hambre; así no se convertiría en un peso para la familia. Algunas se dejaban morir de hambre porque una vez muertas servían finalmente para algo, y la familia gastaba un dineral en un lujoso entierro; luego construían un arco en el jardín, con la inscripción: “A la esposa fiel”. Cuando no se quedaban viudas soñaban con llegar a ser pronto viejas, porque de viejas las mujeres eran respetadas e importantes.

»Sin embargo, para que esto sucediese era preciso ser la Primera Esposa. Mi madre era una Primera Esposa, y así cuando llegó a vieja todos la llamaron Lao Tai Tai, que quiere decir “ilustre madre de familia”; y los hijos de las otras esposas le pertenecían. Cuando salía de casa, hijos, hijas, nueras y nietos se reunían en el patio para inclinarse ante ella, y ella decidía por todos. Pero ahora todo es distinto.

El tren acababa de entrar en la estación de Kaulun, y la mirada de Lam Chou se tornó de nuevo desconfiada y distraída. Con lo que daba a entender que la conversación había terminado, e incluso la breve amistad.

Cuando el hijo golpeó con los nudillos en la ventanilla, la anciana se levantó y a saltitos como un pajarillo se alejó por el pasillo, sin dirigirme siquiera un saludo. En compensación me dejó un diario. Y me gustaría saber si lo hizo por distracción o adrede, puesto que era un diario propagandístico: de los que los comunistas hacen circular convencidos de lograr una sustanciosa ayuda, y los anticomunistas con la seguridad de que así ridiculizan a sus enemigos. Se llamaba *Mujeres de China*, y el intérprete me dijo que contenía un relato muy interesante. ¿Debía traducirlo?

—Desde luego —contesté, dirigiéndome hacia el *ferry-boat*.

El relato era la historia de una mujer china moderna, Hsiu Ying, cuyo marido, Kuo Ying-chen, había ido a estudiar a Rusia durante dos años. Al partir, Hsiu Ying había dicho a Kuo Ying-chen: «Dos años son largos y yo soy una pobre mujer ignorante. ¿Me querrás todavía a tu regreso?». Kuo Ying-chen le contestó: «Veremos. Estudia también tú». Y así Hsiu Ying había estudiado, llegando a convertirse muy pronto en dirigente del comité de barrio, y luego en dirigente de una sección de la

fábrica. A su regreso Kuo Ying-chen, que durante su permanencia en Rusia había seguido siendo un marido fiel y afectuoso, preguntó a su mujer: «¿Qué hubiera sucedido de haberte olvidado?». Y Hsiu Ying repuso: «Me habría reído de ti. ¡Existen tantas cosas en el mundo más importantes que tú!...». Comentario de Kuo Ying-chen: «¡Pobre de mí! Ahora eres tú quien me considera anticuado y quieres deshacerte de mí».

El intérprete me tradujo el relato en el *ferry-boat*, abarrotado de mujeres en *cheong sam*, con las piernas al descubierto hasta casi mostrar la puntilla de sus bragas, y el seno agresivo según la nueva moda que impone el uso de los sostenes de goma.

Yo miraba aquellos sostenes de goma, y después pensaba en Hsiu Ying, y me parecía imposible que fueran hijas de las mujeres descritas por la anciana señora de los pies vendados. Su mundo no tenía relación alguna con el actual: era un mundo que desconocía los cubos de lágrimas. Sabía, por ejemplo, que las muchachas de pecho agresivo reían al oír contar que sus abuelas se veían obligadas a comprimirse los senos hasta hacerlos planos. Y sabía también que el fabricante de sostenes de goma había conseguido una verdadera fortuna en Hong-Kong.

Sin embargo los sostenes más comerciales son aquellos que se hinchan a voluntad. La moda se estaba extendiendo ahora hacia Pekín y Shanghai, donde pueden verse maridos que van de compras a los supermercados o limpian la vajilla en casa: exactamente igual que en Nueva York o en Estocolmo.

En este mundo de sostenes de goma la palabra concubina carecía de sentido. Todavía existía alguna concubina en Hong-Kong, donde las tradiciones tardan más en desaparecer; pero se trataba de gente vieja: las de media edad habían pedido el divorcio.

Una de estas concubinas, bastante célebre, aprovechaba su experiencia y sabiduría para dirigir una escuela donde se enseñaba a las esposas «el modo de conservar el marido». Eran verdaderas y provechosas lecciones sobre el arte de hacer el amor. La escuela, muy respetada por cierto, disponía de una aula con bancos. La profesora se sentaba en la tarima, y si convenía dibujaba en la pizarra, llamando a las cosas por su propio nombre. Las alumnas se sentaban en los bancos, y jamás se había dado el caso de que alguna de ellas se ruborizara. ¿No era también éste un modo de reaccionar contra el pasado, como Hsiu Ying?

—Me gustaría conocer a tipos como Hsiu Ying —dije a mi intérprete—. ¿No hay mujeres así en Hong-Kong?

—Desde luego —me contestó—. Podemos verlas en el China Store.

El *ferry-boat* había llegado a la isla Victoria. Se acercó al muelle. Se abatió el costado formando una amplia pasarela, y todos descendimos a tierra mientras los culis nos rogaban que utilizáramos el *rickshaw*.

Hong-Kong es quizá la única ciudad de Oriente donde todavía existen *rickshaws* tirados por el hombre. En la China comunista, por ejemplo, resulta imposible

encontrar un *rickshaw*: han sido abolidos. En la China nacionalista hace muchos años que han caído en desuso. En el Japón han pasado de moda, salvo en ciertas regiones. En Singapur sólo se conserva alguno para uso de los turistas que quieren divertirse. En el Pakistán son arrastrados por un hombre que va en bicicleta, pero se ha publicado una ordenanza estableciendo que las bicicletas sean sustituidas por ciclomotores.

En cambio Hong-Kong está llena de *rickshaws*, y los culis per manecen en las aceras en espera de ser alquilados: interminables filas de caballos con cuerpo y corazón de hombre, descalzos, semi-desnudos, envilecidos. A los europeos les gusta dejarse llevar por estos caballos con cuerpo y corazón de hombre, y encuentran ridículo conmovearse por su espalda sudada y por sus músculos tensos en un esfuerzo excesivo. Pero a mí me disgustaba.

En cierta ocasión, de paso por Karachi, tomé un *rickshaw* de bicicleta y en seguida descendí avergonzada.

Así, pues, decidimos ir a pie hasta el China Store, que son unos almacenes parecidos a las Galerías de Milán, y donde se pueden adquirir a precio de saldo los productos procedentes de la China roja: sedas, porcelanas, papel de carta...

La mayoría de las dependientas del China Store han venido desde Pekín o Shanghai, para practicar el inglés.

Me llamaron la atención especialmente por sus vestidos a la europea, tan insólitos en Hong-Kong, por la severidad de su aspecto y por la seriedad de su comportamiento. Ninguna iba maquillada, muchas usaban gafas, y sus ademanes obligaban a silenciar preguntas indiscretas. Se mostraban locuaces mientras se trataba de vender una pieza de seda o un papel de carta, pero se encerraban en el más absoluto mutismo al preguntarles:

—¿Le gusta vivir en Hong-Kong?... ¿Dónde ha aprendido este inglés tan perfecto?...

Era como preguntar a un ejército de sordomudas.

Me dirigí a la sección de librería. Días antes había encontrado en el último número del *Time Magazine* una noticia curiosa que deseaba comprobar.

Una mujer de Pekín, escribía *Time Magazine*, había enviado al semanario *Mujeres de China* la siguiente carta:

«Mi marido muestra tendencias reaccionarias. Critica al Partido y a nuestro glorioso Mao Tse-tung. ¿Debo denunciarle? Estamos casados desde hace años y él siempre se ha mostrado bueno conmigo».

La directora del semanario había contestado:

«En un Estado socialista el amor entre marido y mujer está supeditado a su entusiasmo por las conquistas del socialismo. Si no denuncia al marido, el Partido actuará contra los dos».

Me acerqué a la dependienta y le dije:

—Querría el semanario *Mujeres de China*.

La muchacha apenas aparentaba dieciocho años, era linda de cuerpo, de rostro impenetrable, y vestía blusa camisera y falda plisada. Me indicó con gesto sobrio el número corriente.

—Busco un número atrasado. ¿Tienen los números atrasados?

—¿Qué busca? —inquirió la muchacha, poniéndose en guardia.

—Una noticia. Deseo comprobarla.

—¿Qué noticia?

—No es exactamente una noticia —expliqué—. Es una carta de una lectora de Pekín que pide consejo.

—¿Qué consejo?

Saqué del bolso el *Time Magazine*, lo desdoblé y se lo mostré por la página intitulada *Red China* (China roja).

La muchacha leyó con su rostro impenetrable y después me restituyó el diario.

—Tonterías. Propaganda. Tonterías.

—Bien. Pero querría echar un vistazo a ese número. ¿Puedo ver los ejemplares atrasados?

—Tonterías. Propaganda. Tonterías.

—Bien, bien. Pero ¿puedo buscar ese número?

—Es inútil. Dentro de pocos minutos cerramos. *This is lunch time, you know?* (Es la hora del almuerzo, ¿sabe?).

Y me acompañó gentilmente hasta la puerta para poner de manifiesto que era inútil insistir.

Me pareció grotesco preguntarle si quería hablar conmigo. En efecto: durante mi permanencia en Hong-Kong jamás logré hablar con ninguna de estas chicas.

Telefoneé a las redactoras del diario *Red China*, y una tras otra me contestaron que se sentirían muy honradas de que las entrevistara, siempre que el director concediese el permiso. Pero el permiso, largamente solicitado, no llegó jamás, y ni siquiera logré conocer las causas del retraimiento.

En Hong-Kong, donde el espionaje es más floreciente que el contrabando de opio y de piedras preciosas, nadie justifica su propia prudencia. Así que renuncié a saber de sus propios labios lo que por otros ya sabía, y proseguí mi encuesta entre mujeres menos prudentes.

Había centenares de mujeres que comprender en esta isla donde todo es posible. Mi intérprete me aconsejó que por nada del mundo dejara de trasladarme a Shau-Ki-Wan, una bahía de la isla, porque las mujeres que viven en Shau-Ki-Wan apenas son distintas de las que viven en el río de las Perlas en Cantón. Y una mañana decidí ir allí.

Hacía un día espléndido. Los juncos, con las velas de alas de murciélago, se deslizaban mansamente por el mar más verde de la tierra. Por la carretera que lleva a Shau-Ki-Wan se oía a algas y hierba. Pero las aguas de Shau-Ki-Wan no son verdes. Son del color de la pez, por la suciedad estancada en ellas desde siglos, que provoca

un hedor inaguantable. En esta pez y con este hedor, que corta la respiración como llamaradas de gas, las barcas se amontonan desde la orilla hasta donde alcanza la vista: juntas unas a otras, apretadas como cestos en el mercado, pequeñas como camas individuales, provistas de un solo remo, y por todo bagaje una tienda, un hornillo para guisar la comida y una estera para dormir.

Y aquí las mujeres que alguien llama todavía Tan-Ka, las intocables, nacen, viven, mueren, sin bajar jamás a tierra. Así desde hace dos mil años.

No se ven hombres en Shau-Ki-Wan, como tampoco se ven en el río de las Perlas en Cantón. Los hombres salen a pescar y permanecen en alta mar durante meses, y de regreso prefieren bajar a tierra. Por eso en centenares y centenares de metros esta alfombra continua e inmóvil de barcas es un hormigueo de mujeres que lavan la ropa de la gente acaudalada en los bidones de agua limpia traída desde tierra, o ponen a secar el pescado sobre esteras, o pasan de barca en barca cualquier objeto atado a una caña de bambú; mientras otras barcas se deslizan por los angostos canales, con mujeres que venden arroz, verdura y agua potable.

Para impulsar la barca utilizan un bichero idéntico al de los gondoleros de Venecia. Son mujeres incansables, renegridas por el sol, con los pantalones arremangados hasta los muslos endurecidos, y una criatura atada a la espalda.

Los niños chinos son gruesos, pesados, y resulta un verdadero misterio cómo se las arreglan para llevarlos durante el trabajo sin molerse la espalda. Pero las chinas, dice Han Suyin, son las mujeres más fuertes del mundo y saben resistir la fatiga como ninguna otra mujer en el globo.

—He visto mujeres que han dado a luz estando solas, y poco después ya habían regresado para trabajar en el campo. He visto mujeres que acarreaban bultos tan pesados que habrían quebrantado la resistencia de un muro. En mil novecientos cincuenta y ocho una montaña del norte de China fue removida por las mujeres, para poder construir un dique. Intervinieron doscientas mil mujeres, la mitad de las cuales acarreaban los cestos de piedras y tierra llevando una criatura atada a la espalda.

También Pek Ling llevaba un niño a la espalda y otro atado con una cuerda al tobillo izquierdo, como si fuera un cachorrito. Al mismo tiempo remaba, logrando inexplicablemente deslizarse por los canales invisibles, a fin de llevarme lo más lejos posible del hedor insoportable.

Según me iba explicando mi intérprete, Pek Ling se consideraba afortunada porque su barca podía alejarse de la orilla: las que estaban situadas junto a la playa permanecían embarrancadas en la arena.

—¿Y no va nunca a tierra?

—¡Oh, no! ¿Qué haría en tierra una pobre Tan-Ka?

Aquella mujercita que decía llamarse Pek Ling, a quien, de barca en barca, alcanzamos a trescientos metros de la orilla, jamás había puesto pie en Hong-Kong. Una vez se había atrevido a ir hasta la plaza de Shau-Ki-Wan, donde vio automóviles, tiendas y turistas; pero sintió un miedo tan atroz que inmediatamente regresó al mar,

renunciando para siempre a ver cómo era un arrozal, o una carretera, o un autobús. Ni siquiera sabía cómo crecen los árboles.

—Pero sé contar —me confió—, porque los recaudadores de impuestos suben a bordo cada año, y si no sabes contar te engañan.

Para demostrarme lo fuerte que estaba en cuentas calculó que yo tendría unos ochenta años, puesto que le habían asegurado que en la otra parte del mundo donde viven los blancos los niños al nacer tienen cien años, y a medida que crecen van perdiendo un año en vez de ganarlo.

Me hubiera gustado saber quién le había contado tamaña idiotez. Pero preferí no desilusionarla, y le agradecí su gentileza: no tenía ochenta años: tenía unos cuantos más.

—¿Y usted?

—Yo ya soy vieja —me dijo—. Tengo cuarenta.

Había nacido en una de aquellas barcas. A los catorce años se casó. Precisamente en esta barca había pasado su primera noche de bodas, había dado a luz a sus cinco hijos, y viviría aquí hasta la muerte. Entonces la envolverían en una sábana y se adentrarían en el mar para arrojar su cuerpo muy lejos, en el agua.

—Dos de mis hijos están aquí conmigo; el otro se ha ido con su padre a pescar, y mis dos hijas mayores están en Hong-Kong.

Dijo estas últimas palabras con expresión orgullosa en su rostro ancho y bronceado.

—Fui yo quien las envió a Hong-Kong. No quise que también ellas murieran sobre una barca. Y se fueron hace tres años. Hace un año vinieron para saludarme. ¡Si hubiera visto qué hermosas estaban!... Se habían hecho la permanente y lucían un lindo vestido color naranja, y calzaban unos zapatos que no comprendo cómo podían caminar con ellos. Me dijeron que trabajaban mucho: estaban empleadas en un sitio por la noche. ¿Qué trabajos se hacen de noche?

—Pues no sé... —murmuré—. Quizás estén en una fábrica.

—¿Qué es una fábrica?

—Un sitio donde se construye algo. Por ejemplo, automóviles.

—¡Oh, no! Mis hijas no construyen automóviles. Yo conozco los automóviles. Hacen un trabajo más fino, como entretener a la gente. Pero no recuerdo exactamente qué cosa es. ¿Tiene usted idea?

Había cesado de remar y me miraba con ansiedad en los ojos.

—No —mentí—. No tengo la menor idea.

—¡Oiga! —exclamó Pek Ling—. Debe hacerme un favor, usted que tanto va por Hong-Kong. Si las encuentra, salúdelas de mi parte. «Muchos saludos de vuestra madre Pek Ling».

—De acuerdo.

Me llevó cerca de la playa, y de barca en barca alcancé la orilla. Aquella idea comenzaba a atormentarme. Naturalmente que las hijas de Pek Ling podían estar en

cualquier parte: en un restaurante como camareras, en una oficina como empleadas, y hasta en un lugar severo como el China Store. Y sin embargo tenía la corazonada de que estaban en un sitio nada severo, por lo que aquella misma noche fui al Metropol, el club nocturno de las *taxi-girls* más buscadas de Hong-Kong. El Metropol es desconcertante. Se entra por una puerta anodina, con un enorme dragón en el medio, y en seguida se encuentra una pista de baile bajo una difusa luz rojiza, con los reservados en las salas adyacentes. En cada mesa, junto con la lista de los *cold drinks* (refrescos), *hot drinks* (bebidas calientes), zumos de frutas y helados —los licores están terminantemente prohibidos, así como el acceso a los menores de dieciséis años—, se encuentra un cartelito amarillento con la siguiente inscripción en chino y en inglés: «All beautiful girls for your choice» («Escoja la chica guapa que más le guste»). A continuación, en chino y en inglés, figura el elenco de las *ladies*: con su nombre, edad y circunferencia torácica.

Las *ladies* son unas setenta, y la mayoría ostentan nombres inventados, especialmente italianos: Gina, Rosetta, Teresa, Sofía. La elección no es complicada: se señala con un lápiz el nombre o la circunferencia torácica que más guste, y un camarero obsequioso indica si la elegida está disponible.

El precio por bailar o conversar con la muchacha es de cinco dólares cada veinte minutos. Transcurridos los veinte minutos se puede escoger otra o renovar el acuerdo con la misma.

A determinada hora de la noche, si se quiere, se puede salir con ella: en tal caso el precio es el de once veces veinte minutos.

No existe excepción por el hecho de que el cliente sea hombre o mujer. Naturalmente la gran mayoría de clientes son hombres; pero también hay alguna europea habituada a placeres dudosos o emociones excitantes.

Aquella noche, por ejemplo, la había. Y el director, que es un joven ladino y untuoso, se quedó chasqueado cuando le expliqué que no iba en busca de emociones excitantes: sólo era una periodista caída allí para hacer unas cuantas fotografías y hablar con las chicas. Esto podía servirle de publicidad del local.

La palabra periodista le produjo cierto titubeo. La palabra publicidad le reanimó. Así es que me señaló unas cuantas muchachas que estaban sentadas con las piernas cruzadas una sobre otra en los reservados o alrededor de la pista, y me advirtió que podía hacer lo que quisiera: lo importante era que no se me ocurriera fotografiar a los señores clientes, los cuales deseaban mantener el más completo anónimo.

Las muchachas escucharon nuestro diálogo con la mayor indiferencia, como si no se refiriera a ellas. Luego, cansinamente, se levantaron y trataron de ser corteses.

—¿Qué desea saber?

—¿Cómo quiere que nos coloquemos para la fotografía?

Con resignada docilidad mostraban el busto recogido en la malla, se alisaban los *cheong sam* de raso verde, anaranjado o morado, y trataban de contestar a nuestras preguntas.

No conocían en inglés otras palabras que las indispensables en su oficio: «I love you» («Te quiero»); «I like you» («Me gustas»); «I am your pussy-cat» («Yo soy tu gatita»); «Could I have a drink?» («¿Puedo beber algo?»).

Casi todas aseguraban que habían venido de Pekín o de Shanghai, de donde sus padres habían tenido que huir por razones políticas. Y casi todas mentían, porque habían nacido y crecido en Hong-Kong. Pregunté a la más atractiva, que parecía también la más inteligente, si le gustaba el oficio, y me contestó:

—Desde luego, no.

—¿Y te gustaría casarte?

—¿Quién quiere que se case con una mujer como yo?

Todas resultaban muy lindas con los sostenes de goma y la abertura del vestido, que dejaba ver la puntilla de sus prendas más íntimas. Todas eran muy educadas.

Fui preguntando una a una si conocían a una Tan-Ka llamada Pek Ling, y todas me fueron contestando, naturalmente, que no la conocían. Solamente Teresa, muchachota robusta, no demasiado hermosa, con los cabellos excesivamente rizados por la permanente, pareció ruborizarse ligeramente cuando se lo pregunté, y respondió con voz quebrada que nada tenía que ver con las Tan-Ka.

Precisamente en aquel momento una norteamericana de caderas anchas y rostro sin maquillar vino a pedirle si quería bailar un cha-cha-cha, y exhibía un boleto que la autorizaba para once veces veinte minutos. Teresa me miró con ojos extraviados, de nuevo pareció enrojecer, y finalmente contestó, encogiéndose de hombros:

—O. K.

Preferí pensar que me había dicho la verdad.

Hay muchas prostitutas chinas en Hong-Kong, donde el comercio de las muchachas es más floreciente que en ninguna otra parte de Asia. Y sin embargo las chinas son las mujeres más puritanas de Oriente. Para una china que se respete, caminar por la calle del brazo de un hombre, aunque sea su marido, es vergonzoso. Besarle en público es sencillamente monstruoso. Casarse con él sin intención de tener hijos es execrable.

Los chinos jamás fueron un pueblo demasiado religioso, pero siempre fueron puritanos, y lo demuestra su absoluta incapacidad para representar artísticamente el cuerpo de una mujer. Para ellos el cuerpo de la mujer no fue jamás fuente de inspiración, y para describirlo tomaron siempre de prestado las bellezas de la naturaleza. La curva de la espalda o del cuello fue parangonada con los sauces llorosos; los ojos se compararon con los albaricoques; las cejas, con la luna creciente; la mirada se parangonó con las aguas silenciosas de un lago otoñal; los dientes, con los granos de la granada; los dedos, con los brotes primaverales del bambú. Jamás se permitieron alusiones más atrevidas. El respeto por la castidad llegó a ser, a raíz del confucionismo, una especie de obsesión: como la doctrina de la casta viudez, el respeto por la familia hasta la exasperación, el matrimonio entendido exclusivamente como medio de procreación. La costumbre de castigar con la muerte a las muchachas

que perdían antes de casarse su virginidad no era sino consecuencia directa del puritanismo. Y tal castigo jamás fue considerado delito.

En 1935, en un suburbio de Shanghai, una muchacha de veintidós años fue enterrada viva por salir a la puesta del sol con su novio. Los padres, como responsables de tan execrable delito, fueron denunciados a la autoridad judicial por homicidio; pero la única pena que se les aplicó fue una multa por haber sepultado el cadáver en la vía pública, contraviniendo así las normas de higiene.

Otra mujer murió de hambre y de sed porque había osado dormir en el jardín, cierta tarde calurosa, a la vista de todos.

La palabra «amor» fue siempre palabra tabú. Y en cierto sentido lo es aún hoy día, tanto en la China roja como en Hong-Kong. Jamás la oiréis pronunciar en un salón, ni en la calle, ni en el cine.

Durante mi estancia en Hong-Kong fui una noche a ver una película china que narraba una historia de amor. En determinado momento el protagonista se acercó a la heroína de la película, y era obvio por su actitud y por el argumento que iba a decirle ternezas. Sin embargo nada dijo. Se limitó a dirigirle una eterna mirada y se alejó. A renglón seguido comenzó a cantar una canción en la que ponía de manifiesto lo mucho que la quería y que estaba dispuesto a casarse con ella, si los padres lo permitían, se entiende. Aquella canción no venía a cuento desde el momento que la película no era musical. No pude contener la risa y me volví a mirar a los demás para ver si también ellos reían. Todo el mundo permanecía serio.

Pregunté más tarde si en las películas rodadas en China era corriente que el protagonista se pusiese a cantar cada vez que debía decir a una muchacha «Te quiero». Me contestaron que sí. Y me hicieron observar que no se permite en las películas ninguna frase indecorosa ni sombra de desnudez, lo cual había podido comprobar por mí misma.

—Y ¿cómo se comportan en la vida cotidiana? ¿Acaso los chinos no se hacen el amor?

—Desde luego, pero lejos de las miradas ajenas, y a condición de estar legalmente unidos. El matrimonio ha sido siempre el único derecho inalienable de la mujer china.

—¿Y las concubinas?

—¡Valiente objeción! Al fin y al cabo es un matrimonio como otro cualquiera.

Recuerdo lo que a este respecto me dijo Han Suyin:

—Quien crea que en la China actual está de moda el amor libre se equivoca. Los chinos de esta generación, y sobre todo las chinas, sienten verdadero terror por el pecado carnal y el erotismo. La clausura de los cuarenta mil prostíbulos no fue debida únicamente a razones sociales y económicas: fue determinada principalmente por razones morales. Hoy día no existe en China relación amorosa que no haya sido sancionada por el matrimonio. Un hombre y una mujer que pretendan vivir juntos sin estar casados se exponen a que todo el mundo los señale como pecadores

despreciables. El adulterio constituye una de las culpas más graves. Los divorcios son raros y muy difíciles de obtener. Para conseguirlos no basta el adulterio. El Estado proclama la unidad familiar y la devoción filial, que constituyen una de las principales enseñanzas de las madres a sus hijos. Las chinas modernas son tan puritanas que hasta han moralizado la palabra «amor». Antes, en vez de decir «marido» o «mujer», se decía *Nui Jan*: la persona de casa. Ahora se dice *Ai Yen*: la persona que amo. Con tal juego de palabras no podréis decir «la persona que amo» para referiros a alguien con quien no estéis ligados en legítimo vínculo: el amor no legalizado no es verdadero amor.

Sostienen algunos que la consolidación del puritanismo ha destruido en la mujer china todo gusto por la coquetería, y que hoy día prefieren vestirse de uniforme, o utilizar el mono, que facilitan la camaradería entre los sexos. En la calle no existe ninguna diferencia entre la forma de vestir de los adolescentes y de las jovencitas, que visten la misma chaqueta azul con pantalones azules. Si no fuera por las trenzas de las muchachas, se creería vivir en una ciudad de hermafroditas.

Cualquier alusión al sexo queda eliminada en la conversación; excepto cuando se habla en términos científicos.

—La revolución nos ha librado del amor —confió una señora china a Simone de Beauvoir.

En un restaurante de Hong-Kong encontré a un comerciante suizo que me dijo:

—Tengo visado permanente para China y de vez en cuando vivo aquí tres meses. Un verdadero tormento. Usted, como latina, ya me comprende: un hombre tiene sus exigencias. Pero con estas muchachas no hay nada que hacer. A lo sumo, si uno logra que acepten una invitación para cenar, le hablan toda la noche de la batalla del acero. A veces me pregunto de dónde proceden todos esos niños. ¿Acaso estas mujeres son capaces de tener un hijo? Un día se lo pregunté al encargado de una fábrica, y me contestó, sin inmutarse: «Siempre se encuentra un momento libre. Además la única finalidad del matrimonio es la procreación».

Hasta hace veinte años eran totalmente desconocidos en China ciertos sentimientos, como el respeto a la mujer, la ternura para con la esposa, la consideración por el trabajo femenino. Los hombres las superaron siempre en cualquier oficio, incluidos los propios de la mujer. No olvidemos que los mejores sastres y los mejores cocineros fueron siempre los chinos.

Con este cambio de ideas se encuentran desalentados los hombres en China. «Nada más chocante para un chino que contemplar una estatua de mujer en el puerto de Nueva York —escribía en 1940 el escritor Lin Yu-tang—. Y cuando el chino se entera de que aquella estatua de mujer no representa la femineidad, sino la idea de libertad, aún siente mayor asombro. Le resulta totalmente incomprensible que los occidentales representen con cuerpos de mujer la Victoria, la Paz y la Justicia».

El caso es que las mujeres chinas nunca fueron débiles y resignadas como las musulmanas; al contrario: siempre se mostraron fuertes y orgullosas, habituadas a

soportar dolores y fatigas, capaces de ejercer la autoridad. La metamorfosis, pues, no podía ser más paradójica.

No hay duda: ocurren cosas increíbles al otro lado del puente, donde el veintidós por ciento de los diputados son mujeres; donde de cada diez jueces tres son mujeres; donde los ministros de Sanidad, de Justicia, de la Industria Textil, de Asuntos Extranjeros, del Interior son mujeres; donde la señora Sung Ching Ling sustituye a Mao Tse-tung en las ceremonias públicas y en las decisiones, si éste sufre una indisposición o se encuentra resfriado; donde dos mil quinientas mujeres enseñan en las escuelas y en la Universidad de Pekín para olvidar ellas mismas y hacer olvidar al mundo que hasta hace diez años no sabían leer ni escribir.

Al otro lado del río Sham-Chan hay muchachas de catorce años que son alcaldesas de aldeas de seiscientos habitantes, porque han recibido la instrucción suficiente para ejercer una función directiva. Al otro lado del río Sham-Chan las hijas y las nietas de las que eran sepultadas vivas si osaban salir con el novio dirigen hoy, con fría mirada, las frías organizaciones estatales cuya finalidad es «controlar el bienestar, la salud y los litigios familiares de los ciudadanos».

Más del cuarenta por ciento de las mujeres trabaja en la industria pesada china, y sus salarios son idénticos a los de los hombres.

Quienes proceden del otro lado del río Sham-Chan aseguran que para comprender el profundo cambio de la mujer china es preciso verla desfilar junto a los soldados, llevando en sus gráciles hombros ametralladoras o bazukas. Muestra en su rostro el mismo ceño de las mujeres soldados que en Quemoy combatieron por Chiang Kai-chek.

Sin embargo son muchos los que aseguran que el cambio brusco de la condición de esclavitud a la absoluta igualdad con el hombre ha provocado en algunas desequilibrio mental e incertidumbre.

—Nuestra tarea principal —me dice la señora Chou, presidenta de la Alianza Femenina Panchina— es liberar a la mujer de un nuevo complejo de inferioridad: el de no estar a la altura de la época. Quien no ha vivido esta metamorfosis no puede comprender nuestra turbación, nuestro alivio y nuestros temores. No hay orquídeas para la mujer china: sólo feas medallas que siempre teme no merecer.

El drama se ceba inevitablemente en las más viejas. Cuando el gobierno chino inició la campaña contra el analfabetismo, los mayores obstáculos surgieron con las mujeres: el setenta por ciento de éstas fue incapaz de aprender de memoria los trece mil signos idiomáticos que se requieren para leer un diario. Cuando se abolió la poligamia hubo que evitar la anulación automática de los matrimonios efectuados con anterioridad: la mayoría de las concubinas liberadas no estaban dispuestas a vivir solas.

Pero la nueva generación de puritanas sabe vivir perfectamente sola, y en tal soledad muchas se convierten en mujeres autoritarias: así se está creando un matriarcado social muy semejante al de Estados Unidos de América. Directoras de

fábricas, de hospitales, de escuelas de guerra, constituyen el virus matriarcal cuyo contagio atraviesa el puente sobre el río Sham-Chan, llegando hasta Hong-Kong. El propietario y director del diario de mayor circulación y venta en Hong-Kong, el *Hong-Kong Standard*, que se publica en inglés y en chino; el poderoso personaje que crea por sí solo la opinión pública de cinco millones de chinos es una mujer: Aw Sian.

Conocí a Aw Sian de un modo muy original: a causa de una peluca. Estaba en el hotel cuando el titular de la firma femenina del *Hong-Kong Standard* telefoneó para publicar un artículo sobre la honorable periodista que escribía sobre las mujeres del mundo.

El interés que había despertado mi persona me llenó de estupefacción, pues jamás he creído que una periodista más o menos honorable pueda convertirse en materia de un honorable artículo para un honorable diario; pero, como pude advertir más tarde en el Japón, ciertas entrevistas son muy corrientes en Extremo Oriente. Así que accedí a que viniera, y él vino, en compañía de un fotógrafo, y apenas me vio me preguntó a boca de jarro cuáles eran las mujeres del mundo que habían sido más de mi agrado.

La pregunta no me cogía de sorpresa: me la habían hecho en todos los países en la seguridad de que mi respuesta sería sincera; sabía cómo responder ahora. Del mismo modo que había asegurado en la India que prefería las indias, en Pakistán que prefería las pakistaníes, y en Japón diría que prefería las japonesas, aquí respondí solemnemente que sobre todas prefería las mujeres chinas.

Al oír mis palabras el periodista se sintió enormemente feliz, y me dirigió una ráfaga de preguntas a cuál más inútil: cuántos años tenía, cuántos cigarrillos fumaba al día, cuántas palabras escribía a máquina o a mano.

El periodista me estaba resultando un hueso, y además hacía un calor insoportable. La peluca que me había encasquetado para esconder mis cabellos en desorden se me hacía cada vez más pesada. De pronto me la quité y la arrojé distraídamente en un cajón, mientras continuaba mi perorata. En aquel preciso momento el flash del fotógrafo me deslumbró y el cronista se puso en pie de un brinco, con el rostro desencajado.

—¿Qué es?

—Una peluca.

—¿Por qué lleva peluca si tiene su propio cabello?

—Porque me gusta y siempre parezco bien peinada.

—¡Increíble!

A la mañana siguiente, agujoneada por esa innoble pizca de vanidad que se oculta hasta en los peores de nosotros, compré el *Hong-Kong Standard*. Mis fotografías, con peluca y sin peluca, ocupaban un cuarto de página bajo grandes

titulares a cuatro columnas: «*Oriana, a living Paradox*» («*Oriana, una paradoja viviente*»).

Complacida por la lisonja, me apresuré a leer lo que había de extraordinario en mí misma, y supe que lo extraordinario no era lo que yo había dicho, sino el hecho de llevar peluca «para evitar lavarme los cabellos, operación que detestaba».

Desde luego si yo hubiera sido una periodista honorable, habría recapacitado sobre las innumerables inexactitudes escritas en mis artículos a costa de los demás, y no habría protestado. Pero como no lo era, la inexactitud me molestó tanto que llegué a montar en cólera y telefoneé a la secretaria del director, solicitando ser recibida.

Ya veis qué poco hace falta para llegar a ser popular: una fotografía en un diario, unas titulares sensacionalistas en las que un imbécil pregona que vuestra cabellera está sucia, y todas las puertas se os abren al cabo de pocos minutos.

Nada hay más difícil en Hong-Kong que obtener una entrevista con el director del *Hong-Kong Standard*. Mas apenas pronuncié mi nombre contestó la secretaria que Aw Sian estaría encantada de recibirme: cuando yo quisiera.

Ignoraba naturalmente que Aw Sian es nombre de mujer: la grafía china me es desconocida, y «editor» en inglés es un vocablo común. Así es que corrí al peluquero, y una hora después, exhibiendo el más lindo peinado de Oriente, llamé a la oficina de Aw Sian.

Aw Sian permanecía sentada entre montones de cuartillas, libros, diarios. Era una mujercita de apenas treinta años, con el grácil cuerpo envuelto en un *cheong sam* azulado y el mismo aspecto severo de las dependientas del China Store.

Parecía una solterona sin esperanza, y cuando hablaba por teléfono su vocecita recordaba el piar de un pollito; pero sus órdenes eran tan autoritarias que de pronto olvidé la razón por la que había ido y transformé mi protesta en una entrevista.

—No —me dijo Aw Sian—, no me pesa el hecho de ser mujer y sin embargo mandar a cincuenta personas.

Hablaba con espontaneidad, sin hacerse de rogar.

—Cuando murió mi padre, Aw Boon-haw Tiger, llamado también «el Gran Tigre», me llenó de temor la responsabilidad de heredar un diario de tanta importancia. Así es que me trasladé a Norteamérica y durante seis meses permanecí en Nueva York practicando el periodismo. Luego fui a Alemania, y estuve seis meses en Munich estudiando los nuevos tipos de maquinaria tipográfica, con vistas a adquirir rotativas de último modelo. Finalmente, cuando me pareció que mis conocimientos eran suficientes, regresé a casa. El trabajo es duro, pero no podría vivir sin hacer nada. Yo no soy como esas capitalistas que pierden el tiempo en la Costa Azul. Deseo ser útil. Sí, he traído muchas mujeres a la redacción, porque ya están lejanos los tiempos en que Confucio decía que la ignorancia es en la mujer prueba de profunda virtud. Hoy día nuestro mundo no acaba en el umbral de casa.

Después Aw Sian me preguntó si quería conocer a la Ilustre Madre de la Familia y a la honorable nietecita que un día heredaría el diario.

Al día siguiente fui a su casa, la más fastuosa de Hong-Kong: puertas de plata maciza y paredes de jade, construida por «el Gran Tigre» en estilo típicamente chino.

Tan Kyi Kyi, la Ilustre Madre de la Familia, esperaba en medio del salón junto con la nietecita, vestida con blusa de cuadros y *blue-jeans*. Tan Kyi Kyi era una anciana blanca como una estatua de cera, cubierta de jade como un exvoto, con unos pies minúsculos que algún prestigioso cirujano había logrado enderezar para que calzara un par de zapatos normales. Caminaba con pasos misteriosos, brincando ligeramente, y a su lado los pies de Aw Sian, medida treinta y siete, parecían enormes. Y enormes también parecían los piecitos de la nieta, que calzaba un par de zapatillas de tenis.

Al verla se comprendía al instante que la verdadera dueña de la casa era ella: custodio fiel de las tradiciones y de la respetabilidad familiar. A cualquier palabra suya, Aw Sian y la nieta inclinaban la cabeza como si hubiera hablado un oráculo. Cuando visité las habitaciones comprendí la razón de que Han Suyin me recomendara que no pensara en las diferencias políticas cuando observara a las mujeres de una y otra parte del río Sham-Chan. Aw Sian, la mujer más importante de Hong-Kong, duerme en la misma alcoba que la Ilustre Madre de la Familia, que de este modo puede vigilar su sueño, su virtud y sus llamadas telefónicas nocturnas.

—¿No ha pensado jamás en vivir sola, o por lo menos en dormir en otra habitación? —pregunté a Aw Sian.

—¡Oh, no! —contestó Aw Sian, horrorizada—. ¿Le parecería correcto?

En el armario de Aw Sian había vestidos europeos. En el jardín había un coche de carreras descapotable, que Aw Sian conduce por sí misma.

—Si lo desea —me dijo Aw Sian, como queriendo cambiar de conversación—, podemos ir juntas a la ciudad.

Bajamos de nuevo al salón, donde la Ilustre Madre de la Familia estaba sentada en medio de su colección de jades, dispuesta a que le rindiéramos homenaje por su indeclinable poder de vieja.

—Ilustre Madre —murmuró Aw Sian, inclinándose para besarle la mano—, con su permiso voy a acompañar a la honorable huésped a hasta el *ferry-boat*.

Tan Kyi Kyi apenas movió la cabeza, con dignidad, mientras sus ojos permanecían fijos, despreciativos. Y fijos permanecieron también los pendientes de colgante: tan imperceptible fue el movimiento. Pero seguramente algún músculo debería contraerse cuando el coche de Aw Sian partió con un zumbido sordo.

De la habitación de la nietecita con camisa de cuadros y *blue-jeans* llegaba hasta nosotros un rumor de *rock and roll*, que nos persiguió hasta la verja.

Aw Sian sonreía misteriosamente, mientras conducía con gesto decidido. El aire era suave. Un vientecillo tibio nos acariciaba las mejillas.

—Tengo intención de aplicar un plan quinquenal para incrementar el desarrollo del *Standard* —me confió Aw Sian—. Quiero que en mil novecientos sesenta y cinco el tiraje haya sido triplicado. Tal vez emplee en la redacción más mujeres: son más

listas.

—¿Por qué no se casa? —exclamé.

—No tengo tiempo —me contestó—. ¡En Hong-Kong los hombres están tan atrasados!... Pretenden que la esposa permanezca en casa y sólo se interese por el marido. En este sentido los chinos de la otra parte del río Sham-Chan han dado un gran paso: no pierden el tiempo tras el amor. El amor es un *hobby* de holgazanes. No, gracias: no fumo.

Fue mi última entrevista en Hong-Kong. A medianoche partiríamos para nuestra penúltima etapa: Japón.

Duilio y yo nos dedicamos aquella tarde a gastar el dinero sobrante en bagatelas como palillos para el arroz, estatuillas de Buda, papel de cartas sobre el que jamás nos atreveríamos a escribir una sola letra, por no estropear las florecitas pintadas y las mariposas incrustadas.

Hong-Kong es puerto franco: todo cuesta la tercera parte que en otros sitios. Por trescientas pesetas más cuatrocientas de tela, un sastre me cosió en pocas horas un *cheong sam*, que jamás me atrevería a usar, pues me avergonzaba de los cortes hasta la parte superior del muslo y me resultaba incómodo y duro el cuello forrado de crin: como si yo no estuviera en condiciones de erguir el cuello en actitud orgullosa.

Por seiscientas pesetas Duilio compró un collar de turquesas, fabricado en Shanghai, que hubiera regalado a la primera muchacha dispuesta a compartir su opinión de que el hombre no es de madera.

Cuando despegó el avión, Duilio me confesó en la penumbra su desilusión: no había tenido ni una sola aventura en Hong-Kong.

—¿A qué viene esa historia de que en Hong-Kong es tan fácil? Tú consideras infinidad de aspectos y no te preocupas del más importante —se lamentaba Duilio—. Un europeo que llega a Oriente acaba por hacer oposiciones a monje si no le gusta ir de burdel en burdel. Éste es el resultado más cierto de tu encuesta sobre las mujeres. En Karachi ni siquiera puedes hablar con ellas. En la India el único que me guiñó el ojo fue un invertido. En Singapur ya lo has visto tú misma. Toda mi esperanza la había cifrado en Hong-Kong. ¿Y qué encuentro en cambio? Las *taxi-girls*, o las prostitutas que te procura el conserje del hotel. ¿Sabes lo que te digo? Que estas orientales me están resultando la mar de antipáticas.

—Tranquilízate, Duilio: en Tokio todo irá mejor —repuse, riendo—. Y además aún nos queda Honolulu.

—¡Qué va! En todas partes es igual. ¿Sabes lo que te digo? Que no veo la hora de llegar a Nueva York. Conozco allí a cierta muchacha... ¡Soy capaz de casarme con ella!

—A lo mejor te casas en Japón. ¿Sabes lo que dice el proverbio? El hombre afortunado vive en una casa americana, come platos chinos y tiene una esposa

japonesa.

Era un proverbio que antes de llegar a Tokio había oído repetir por doquier a hombres de cualquier raza y nación. Y durante el vuelo continuó zumbándome en los oídos, como si estuviera obsesionada, en lo que respecta a las mujeres japonesas, de lo que un psicoanalista consideraría como «complejo agudo de inferioridad». Ahora, gracias a Dios, ya no lo tengo.

V

No se comprende a las japonesas si no se comprende a Tokio.

A primera vista Tokio parece una ciudad occidental cualquiera: con calles espaciosas, rascacielos, el alocado tránsito de tranvías y automóviles, y hasta la copia exacta de la torre Eiffel, que se levanta junto al recinto del palacio imperial, y que es doce metros más alta que la auténtica torre Eiffel de París.

Las casas son de cemento armado, los grandes almacenes tienen escaleras mecánicas, los anuncios luminosos pregonan nombres europeos, el cielo es gris por las emanaciones de las fábricas, las señales acústicas de los coches destrozan nuestros tímpanos, la gente camina apresurada: se tiene la impresión de estar en Berlín o en Chicago. Lo único que la distingue de Berlín y de Chicago es que sus calles carecen de nombre y sus casas no tienen número. Cuando hay que ir a un sitio determinado no nos dan la dirección como en cualquier otro país: nos dan el nombre del barrio y un plano donde el sitio está señalado con una crucecita, y la calle que hay que recorrer, con un trazo. Lo que jamás he logrado comprender es cómo se las arreglan los carteros para repartir la correspondencia.

En toda Tokio, ciudad de ocho millones de habitantes, solamente dos calles tienen nombre: la Ginza, que es la arteria principal, amplia y larga como los Campos Elíseos, y la Quinta Avenida, que durante la ocupación fue llamada así por los norteamericanos, que se volvían locos. Aparte este inconveniente —del que los japoneses se avergüenzan un poco, pero que jamás han pensado en abolir—, Tokio es la capital más moderna que pueda verse en el Extremo Oriente: exenta de cualquier misterio o fantasía. De día Tokio es una fea ciudad. Pero de noche Tokio es bellísima: llena de gracia y de sorpresas desconcertantes. Se apagan los ruidos, se detienen las escaleras mecánicas, la gente deja de correr, se enciende la Ginza como una faja de fuego, iluminando minúsculas callejuelas que ni siquiera imaginabais que existieran, y en estas callejas las casas son de madera y de papel, frágiles como el viento, y en cada puerta hay un farolillo rojo, verde o azul, que se mece haciendo tintinear triangulitos de hojalata.

Y descubrís hosterías donde no caben más de seis o siete personas, pequeñas como el departamento de un tren, y donde una hostelera en quimono os ofrece el *saki* caliente en tacitas de juguete, mientras una tañedora de *shemisen* os canta con monótona voz una canción de amor.

Y dais con restaurantes absurdos y acogedores donde se entra tras haberse quitado previamente el calzado, y donde hay que sentarse sobre los talones, ante una mesita baja con una piedra encandecida en el medio: para asar la carne, las berenjenas, las manzanas, cortado todo a rajitas no más anchas de un dedo. Aquí cada cliente o grupo de clientes puede tener su habitación privada, donde el único mueble es la mesita baja; después de entrar se cierra la puerta corredera, para que ningún ruido ni ninguna mirada nos estorbe. Poco después se abre de nuevo la puerta, con rumor de papel

apenas hollado, y allí está la camarera en quimono, arrodillada en el suelo, que sirve la minuta en una bandeja. Se pone en pie, y con leves pasos, cual si temiese molestaros, llega hasta la mesa, se arrodilla de nuevo, asa con rápidos movimientos los pedacitos de carne, y os los ofrece con el ruego de que tengáis apetito. En aquel momento tenéis la sensación de estar en casa, como cuando erais niños, con la mamá a vuestro lado, que os está dando la comida y se preocupa de que os alimentéis lo suficiente para crecer hermosos y robustos. Hasta su modo de sonreír, con los ojos entornados y los labios plegados, os recuerda a vuestra madre.

Esta extraña ternura que se siente al salir con el cerebro lleno de confusas ideas pronto desaparece. En las calles donde los clubs nocturnos ostentan nombres franceses como Le Soir, Moulin Rouge, Bel Ami, muchachas petulantes y lindas os invitan a entrar para contemplar el espectáculo en el que sus colegas se van desnudando lentamente hasta mostrar centímetro a centímetro sus cuerpos torneados. Todas lucen peinados a lo Brigitte Bardot. Si habláis con ellas en su camerino, os confesarán que su máxima aspiración es asemejarse a esa otra francesa que se llama Pascale Petit. Para ellas el cumplido más apreciado es ser llamadas *transistor-baby*: el nombre de la radio portátil.

En los *snack bar* —que tanto se asemejan a los *snack bar* de Berlín o de Chicago — las adolescentes, con los cabellos atados en cola de caballo, camisa de cuadros y *blue-jeans* con la efigie de Toro Sentado, introducen moneditas de diez yens dentro de los *juke box* para escuchar a Frank Sinatra que canta *The lady is a tramp*. Y son las mismas que más tarde van a hacerse predecir el porvenir por las adivinas encerradas en casetas rojas a lo largo de los canales iluminados por farolillos.

Es difícil comprender Tokio, como resulta difícil comprender a las japonesas. Durante las primeras veinticuatro horas transcurridas en Tokio yo pasé por todos los estados de ánimo por que pueda pasar una europea desconocedora del país: desilusión, exaltación, rabia, asombro, curiosidad.

Cuando regresé al hotel para poner en orden mis ideas ante el enésimo *saki*, hube de llegar a la conclusión de que no había comprendido absolutamente nada.

Chas June, joven escritor coreano que desde hace diez años vive en el Japón y que durante toda la noche me había servido de guía, permanecía a mi lado, y su rostro anguloso y amarillento, de bellos dientes de ardilla y suaves ojos almendrados, expresaba una divertida ironía.

—Hace años, cuando acompañé a Truman Capote —me dijo—, fui testigo de idéntica perplejidad.

—No es perplejidad, Chas: es confusión. La camarera del restaurante era muy distinta de la muchacha del club nocturno. Y la muchacha del club nocturno era muy distinta de la chiquilla en *blue-jeans*.

—¡Oh, no! —repuso Chas—. En el fondo son todas iguales, ya lo verás. Sólo que tienen dos aspectos, como esta ciudad.

La camarera del bar había traído el *saki*. Comenzó a verterlo en las tacitas, con la

misma unción que si se tratara de un rito. Y entretanto balbucía misteriosas palabras mirándome extasiada.

—¿Qué dice, Chas?

—Dice que te pareces a Deborah Kerr.

—¡Santo Dios! ¿Está loca?

—Dice que te pareces también a Marilyn Monroe.

—¡Hazla callar, Chas!

—Y dice que yo me parezco a Marlon Brando.

—Escucha, Chas: ¿qué pretende?

—Nada. Quiere mostrarse agradable. Son mujeres amables, ¿comprendes?

Chas esperó a que la camarera agotara la lista de sus cumplidos. Luego hizo un gesto de aburrimiento, como si tratara de matar una mosca.

—Demasiado amables. Te mandan al manicomio con la mayor cortesía. Una vez tuve una aventura con una muchacha de Tokio, y le dije claramente que no pensaba casarme con ella; pero ella era tan cortés que vino igual a vivir en mi casa junto al mar.

Se estremeció como si el recuerdo aún le turbase.

—Por aquel entonces deseaba escribir un libro y necesitaba tranquilidad. La muchacha era muy amable y pensé que no me molestaría lo más mínimo. Pues bien: no llegué a escribir el libro. Apenas me encerraba en mi estudio entraba ella, toda reverencias y sonrisas, y me preguntaba si quería una taza de té. «No, le decía; gracias. Estoy escribiendo; no quiero ninguna taza de té». Entonces ella se retiraba y poco después regresaba para preguntarme si quería comer un dulcecito. «No, le decía; gracias. Estoy escribiendo; no quiero comer un dulcecito». Entonces ella se retiraba y poco después volvía y me preguntaba si quería hacerle el amor. «No, le decía; gracias. Estoy escribiendo; no quiero hacer el amor». Entonces ella se retiraba sollozando, y sus lágrimas borraban todas mis ideas, y tenía que ir a su lado. Entonces me tocaba beber la taza de té, comer el dulcecito y hacerle el amor. Un desastre.

—¿Y cómo acabó?

—Muy cortésmente. Cuando le dije que me había cansado intentó matarme.

—¿Sabes, Chas? Eso no sucede únicamente en Japón.

—Ya. Sucede «también» en Japón. Esto es lo que no queréis comprender.

Chas es un oriental de cultura europea: por algo ha vivido en Roma, en Londres y en París. Sin embargo asegura que el único sitio digno para vivir es «I Tatti», la villa de Berenson en Florencia. Por eso no me tomaba muy en serio sus discursos. El hecho de que le hubiera cabido en suerte una mujer tan amable no era suficiente para aliviar el complejo de inferioridad que sentía ante las japonesas. A pesar de la confusión que reinaba en mi cerebro, las japonesas seguían siendo para mí tal como las describe la Enciclopedia Británica en la letra G: «Criaturas saturadas de docilidad y de obediencia, inaccesibles a la estupidez de los vicios modernos, sublimes en el

sacrificio, femeninas como ninguna otra mujer en la corteza terrestre». Así las imagina el viajero romántico que al visitar el Japón solamente ve geishas, gigantescas estatuas de Buda y flores de melocotón.

El viajero romántico sólo ve lo que desea o está predispuesto a ver. Por eso se sentiría muy ofendido si tuviera que confesar que los melocotoneros que bordean la Ginza tienen troncos de plástico y flores de celofán, que las geishas están sindicadas, que donde antes se elevaban muchas estatuas de Buda, destruidas por los bombardeos, surgen ahora fábricas de cámaras fotográficas, y que la Enciclopedia Británica también puede equivocarse de vez en cuando. O mejor dicho: puede estar algo anticuada.

En los días que siguieron a mi desconcertante encuentro con Tokio me sucedieron multitud de cosas capaces de inducirme a sospechar que Chas no había hablado sinceramente. A menudo, leyendo la edición inglesa del diario *Mainichi*, recorría la sección de cartas al director y me llamaban la atención algunas de este género:

«Es una vergüenza. Las muchachas de hoy ríen en el tranvía, y si ven a un hombre de pie ni siquiera se levantan para cederle el sitio».

O bien:

«Es una indecencia. Iba caminando por la Ginza y se me acercó una chiquilla en quimono a ofrecerme sus flores para que se las comprara. Rehusé, y me arrancó de un tirón la manga de la chaqueta».

O bien esta otra: «Nuestros hombres se creen dioses. Pero yo los juzgo sexualmente ineptos. ¿No cree que en sus arrebatos amorosos deberían preocuparse también de complacernos a nosotras, mujeres?».

Me enteraba de noticias más propias de Suecia o de Norteamérica que del Japón por mí imaginado.

Las *mambo-garu* —es decir, *mambo-girls*: así llaman los japoneses a las adolescentes que visten *blue-jeans*— habían adquirido la costumbre de pasar el fin de semana con sus compañeros en la playa de Izu o en los bosques de Karuizawa, donde dormían en completa promiscuidad. Para evitar esta anomalía la oficina de la policía metropolitana había reclutado cincuenta y una mujeres policías.

El profesor Michio Takeyama, de la Universidad de Tokio, escribía en un sentido artículo: «Lo que más caracteriza esta era nuestra de confusión son las jóvenes del clan del mambo. Su apatía nihilista nos aterra». En cuanto a las *transistor-babies*, aseguraba el profesor que eran las culpables de la moda del *western kiss*, el beso occidental.

Chas, que evidentemente no siente la menor simpatía por las japonesas, experimentaba un gozo maligno al procurarme entrevistas con gente que parecía pagada para desilusionarme. Me llevó a casa del doctor Umezawa, director del equipo de cirugía estética del Jujin Hospital, el cual me explicó que el cuarenta por ciento de las muchachas que trabajan gastan casi todas sus ganancias para modificar sus rasgos asiáticos. Desde luego yo ya sabía que estaba de moda la transformación

de los ojos almendrados en ojos occidentales.

—Esta intervención —me dijo el doctor Umezawa— cuesta unas dos mil pesetas y viene a durar unos cincuenta minutos. También está de moda tener senos hermosos y erguidos, que hagan inútil el uso del sostén. Las muchachas de senos minúsculos y casi aplastados se hacen inyectar con una aguja hipodérmica una sustancia de plástico bastante dolorosa. Esto viene a resultar unas mil pesetas.

Luego Chas me llevó a una peluquera cualquiera, Aiko Yamano, y ésta me explicó que el agua oxigenada va a chorro como el champú: cuatro mujeres de cada diez se decoloran el cabello en castaño dorado o rojo caoba. Éste es el porcentaje en Tokio.

—Naturalmente —me indicó Aiko Yamano— esta decoloración es paulatina, a fin de que los maridos no lo adviertan y acaben por habituarse.

Yo contemplaba aquellos rostros color limón, aureolados con aquellos absurdos cabellos rubio estopa y rojo zanahoria, y aquellos cuerpos enfundados en los absurdos vestidos europeos, y lo que para Chas era causa de enojo lo era para mí de turbación.

El cincuenta por ciento de las japonesas, especialmente en Tokio, se viste a la europea. Un buen quimono no se encuentra por menos de diez mil yens (cantidad equivalente a dos mil pesetas), mientras que un traje sastre apenas cuesta cinco mil; fabricado en serie, se comprende. En los grandes almacenes de Tokio únicamente en dos o tres secciones se venden los antiguos quimonos; el resto está destinado para la venta de blusas, faldas y zapatos de tacón. Si la mujer japonesa en quimono aparece como una frágil muñequita sin caderas ni pecho, deliciosamente encorvada e indefensa, apenas se viste a la europea cambia por completo y se nos muestra robusta y descarada, de anchas caderas y pantorrillas macizas, y recios brazos que saben defenderse. Y si las sandalias que llaman *zori* la obligan a caminar con pasitos cortos y vacilantes, cuando calza nuestros zapatos de tacón andan ligeras y hasta su rostro asume una expresión distinta y decidida. De sus labios, mudos antes, brota un torrente de palabras.

Las japonesas en quimono son bellas como Tokio de noche. Pero con el traje sastre aparecen tan feas como Tokio de día. Y hablan, demasiado: como los cláxones que resuenan estridentes por las calles asfaltadas.

«El vestido europeo incita a la charlatanería —escribió un día al periódico *Asahi* la anciana señora Akiko Yamada—. Es preciso restablecer la melancolía del quimono. No se puede ser una buena *okamisan* con las piernas desnudas».

Okamisan significa en japonés «diosa de la casa».

Los maridos de la Nippon Keisai Kai, asociación fundada en 1956 con la finalidad de exigir a las esposas el antiguo respeto, claman: «Hoy día para vivir como una *okamisan* es preciso tener el valor de un *kamikaze*».

Ya no se llama *kamikaze* a los pilotos suicidas de la última guerra. Ahora se designa así a los taxistas que se lanzan al tráfico infernal de Tokio invocando la ayuda de Buda.

¿Cómo son, pues, las japonesas de nuestra época? Me lo preguntaron hasta en Japón: como si el juicio de una extranjera pudiera contribuir a disipar cualquier duda sobre el proverbio que ha dado la vuelta al mundo. Y cada vez que me lo preguntaban yo me encontraba en un grave compromiso, puesto que son muy distintas de lo que la Enciclopedia Británica dice. Pero tampoco son como afirman los maridos de la Nippon Keisai Kai.

Es cierto que el Occidente las ha contagiado mucho más que a todas las demás mujeres de Asia; quizá más que a las mismas chinas, porque de esa cruel metamorfosis han sabido extraer las chinas una altiva prudencia, que las japonesas desconocen, y una dolorosa madurez, que las japonesas olvidan.

Sin embargo, a pesar de las mangas que puedan destrozar las agresivas floristas de la Ginza, a pesar de las clínicas de cirugía estética que puedan inaugurarse, a pesar de los muchos vestidos europeos que puedan venderse, las japonesitas permanecen todavía como la expresión más poética de este antiguo, prudente y cortés país, donde en cada casa moderna hay al menos una habitación de madera con la estera de paja de arroz, que sólo se puede hollar tras haberse descalzado; donde los ferrocarriles más veloces de Oriente celebran su aniversario regalando a los viajeros una jaula con un canario, y donde la gente, cuando está resfriada, es tan educada que lleva en la nariz o en la boca una mascarilla de gasa para impedir que se contagien los demás con los propios bacilos.

Así que cuando debo responder a esa difícil pregunta yo no pienso en las *transistor-babies*, ni en las geishas que vi en Kioto, y ni siquiera en las protagonistas de *shiro-shiro* que me ofrecieron un bochornoso espectáculo en un sucio burdel del barrio de Yoshihara. Pienso en una muchacha de veintiún años, cuyo padre descende del sol y cuyo marido es empleado de banca, cuyo guardarropa contiene quimonos de museo y cuya forma preferida de vestir es una falda y un suéter, cuya diversión habitual es bailar el *rock and roll* y cuya primera preocupación al poner casa fue leer dos libros: *Cómo limpiar inteligentemente una habitación* y *El arte de la buena cocina*. Me refiero a la princesa Suga, cuarta hija del emperador, tal como la vi el día en que se casó con el señor Hisanaga Shimazu, con un sueldo de cuarenta mil yens mensuales (ocho mil pesetas), asignaciones familiares comprendidas.

Primero pasó el emperador, que era un señor pequeño y gris, con lentes y vestido de frac; luego, la emperatriz, que era una señora minúscula y esférica, con un gran crisantemo bordado sobre el quimono; después pasó el príncipe heredero Akihito, que era un jovenzuelo pálido y demacrado, de aspecto pícaro, a quien ya había visto en Roma, por la calle Condotti; a continuación, los familiares, los dignatarios, los ministros, la gente que acostumbra desfilar en los cortejos más o menos reales. Y finalmente apareció Suga, que vestía un quimono de pesada seda negra y anaranjada, con las orlas corroídas por el tiempo. Desde luego se remontaba a la era Heian, lo que

suponía una antigüedad de mil ciento setenta y seis años, según me informó Chas.

Yo estaba situada en el pasillo que conduce a la sala de los ritos, en el palacio del Korinkaku, por lo que podía contemplar a mi gusto a la princesa Suga, cuyo rostro estaba embadurnado de laca blanca, los labios de un rojo oscurísimo y las cejas negras y crueles: como las máscaras del teatro Kabuki. Llevaba en la cabeza una inmensa peluca con mechones huecos, coronada por un rótulo blanco de papel, simbólica defensa tras la cual la esposa japonesa deberá ocultar los cuernos que le pondrá el marido.

Mas lo que verdaderamente me impresionó no fue su fabulosa indumentaria. Fue el hastío que pregonaban aquellos ojos oscuros, la mueca de tedio de aquellos labios desdeñosos, la escasa habilidad con que aquellas piernas habituadas al tenis arrastraban los *zori* de madera.

Desde hacía miles de años las esposas de la casa imperial se habían vestido de aquel modo; pero ella, me dijo Chas, había aceptado solamente por complacer a su padre, y tras una furibunda disputa durante la cual había pregonado su inalienable derecho a casarse de blanco, con el velo de tul y las flores de azahar: como es costumbre en Europa.

La princesa Suga, cuarta hija del emperador, entró en la sala de los ritos, donde ningún profano puede mirar, en actitud ofendida, como si hubiera sufrido un *desaire* o un desprecio. Hubiera jurado que mascullaba entre dientes palabrotas de grueso calibre.

Durante la ceremonia permanecemos en el jardín, donde debía conceder una entrevista a la prensa. Éramos más de un centenar entre periodistas, operadores de televisión y fotógrafos. Cuando una hora después compareció la princesa Suga al lado del señor Hisanaga Shimazu, ya habían vuelto a los armarios imperiales la peluca, los *zori* y el quimono. La primitiva aparición rebosante de ira se había trocado en una sonriente muchacha europea con zapato de tacón de diez centímetros de altura, medias de nilón, falda por la rodilla, cintura ajustada, escote en punta, y los bucles recogidos bajo un sombrerito de terciopelo y flores: idéntico al que las norteamericanas compran por cinco dólares en los almacenes Bloomingdale's.

El señor Hisanaga Shimazu, que era un tipo cualquiera con los dientes amarillentos y la faz redonda, permanecía completamente solo, el pobrecito, guardando las tradiciones. Rígido como una estatua de cera, ni siquiera osaba parpadear tras los lentes de sus gafas.

En cambio la princesa Suga reía alegremente. En su rostro recién lavado se advertía un profundo alivio, y la satisfacción y la vanidad de ser el centro de la admiración más sincera. Cuando me acerqué un poquito demasiado, el maestro del protocolo se indignó; pero ella me guiñó un ojo, como dándome a entender que obrara a mi capricho y no hiciera el menor caso de aquel fante.

He asistido a innumerables conferencias de prensa desde que me ocupo, para curiosidad ajena, de los asuntos de los demás. De ordinario las conferencias de prensa

son inútiles, idiotas y aburridas. Los protagonistas recitan su papel previamente ensayado o repiten compases aprendidos de memoria, con lo que sólo consiguen aburrir a los chicos de la prensa. Pero esta entrevista fue aleccionadora. Para comprenderlo basta pensar que la muchacha de veintiún años con sombrerito de Bloomingdale's era el prototipo, al menos teórico, de aquel proverbio ante el cual toda mujer con dos dedos de frente siente un complejo de inferioridad: la definición de la Enciclopedia Británica, costumbres seculares, una raza de mujeres habituadas al silencio, a la humildad y a la modestia.

Los periodistas preguntaron a Suga:

—¿Llamará Su Alteza a su marido Vuestro Honor, como requiere la tradición, o simplemente Hisanaga?

Ella respondió:

—¿Cómo te llamaré, Hisanaga: Vuestro Honor o Hisanaga?

Los periodistas preguntaron:

—¿Quién abrirá primero el sobre de la paga del señor Shimazu: Su Alteza o el señor Shimazu?

Ella contestó:

—Hará bien en abrirlo él, porque yo tengo un agujero en cada mano. Y sepan que ya hemos empezado a discutir.

—¿Cómo ha conocido Su Alteza al señor Shimazu? No creemos que se trate de un matrimonio de conveniencia.

—En un campo de tenis. Tenía sed y él me ofreció una Coca-Cola.

Pero cuando le preguntaron lo que sentía al abandonar el fasto de una familia imperial para transformarse en una señora burguesa cualquiera, dijo, midiendo las palabras:

—Lo que siento no supone pena por lo que dejo, sino sólo preocupación por lo que me espera. Estoy poco preparada para llevar una casa adelante, y sólo deseo agradar a mi marido.

Todos quedamos asombrados. La desenvoltura casi cínica de antes no permitía adivinar tanta sabiduría.

Suga parecía no recordar que la casa de dos plantas donde viviría como señora Shimazu era regalo del emperador, su padre, y que su dote, que ascendía a vertiginosos millones de yens, representaba para el pobretón de Hisanaga una especie de acierto único en las quinielas. La casa, la dote, ella misma pertenecían ahora a aquel muñeco de cera. Y no había *rock and roll* ni vestido a la europea que le impidiese la devoción debida al marido.

Cuando terminó la conferencia de prensa, Suga ni siquiera se atrevió a ser la primera en levantarse y preceder al esposo, como le permitía su rango. Esperó a que él se levantase, y caminó a su lado hasta la puerta de palacio, donde dio un brusco paso atrás para que fuera él quien primero traspusiera el umbral.

Grande fue mi sorpresa al saber que en la fiesta de la tarde había pretendido Suga

cortar por sí misma el pastel de seis pisos, en vez de dejar al marido que lo cortara, según la costumbre que cualquier *mambo-garu* respeta.

La fotografía de la boda apareció en todos los diarios. Yo la vi mientras me dirigía al palacio de Su Alteza Setzuko Chichibu, tía de Suga y cuñada del emperador, que me esperaba en su mansión dentro del recinto de la residencia imperial.

Setzuko era considerada como la mujer más tradicionalista de Japón. ¿Cómo habría enjuiciado aquel acto? Sin duda severamente, decidí al verla. Todo en ella recordaba la gracia de antaño, ajena a toda rebelión: la suave voz que se apaga en un murmullo, los pies envueltos en blancos calcetines, los hinchados ojos sin cejas, las mejillas de porcelana que tanto hemos admirado en los grabados japoneses colgados en nuestros salones, cuando Japón nos parecía una tierra misteriosa y lejana.

La mansión era una casita de madera reconstruida, como la del Tenno, en el sitio donde se incendió durante la guerra el espléndido palacio imperial. La habitación estaba amueblada a la europea, con un televisor. Llegaba del parque un perfume de resina. El viento doblegaba los árboles enanos y parecía amenazar las paredes de papel. Sólo Setzuko testimoniaba con su quimono la grandeza pasada. Y me impresionaba mucho más que la maharaní de Jaipur, otra víctima de un mundo que cambia muy aprisa.

—¡Oh, sí! Cada uno de nosotros ha ardido un poco en aquella hoguera —decía en inglés la princesa—. Nos hemos olvidado de lo que éramos, y jamás volveremos a recordarlo.

Y al hablar así me mostraba las pocas cosas encontradas en las calientes cenizas: el alfiler del *obi* que llevaba cuando se casó con el hermano del emperador, el estuche de ébano con los nombres de los difuntos, su diario de esposa sumisa y paciente.

En la mesa, al lado mismo de las tazas donde humeaba el té verde, estaba el diario con la fotografía de Suga mientras partía el pastel de seis pisos. La interrogué con la mirada. Me comprendió al instante. Y respondió:

—Sí, ya me imagino lo que le habrán dicho de mí. Pero yo creo que Suga ha hecho muy bien en comportarse así. Ya se acabaron los tiempos en que las japonesas respetaban hasta lo absurdo las palabras sacrificio y obediencia.

Luego se puso en pie con crujir de seda, se apoyó en el televisor, poética como una acuarela en papel de arroz, y su voz tuvo un vigor insospechado al hablar:

—Escriba, por favor, que sobre las ruinas de nuestras ciudades destruidas por el fuego ha nacido una nueva generación de mujeres, y que estas mujeres ya no son un símbolo estético o un objeto gracioso, sino individuos capaces de decidir su propio destino. Escriba que todo esto ha sucedido a causa de la guerra. En Japón las mujeres son las únicas que han ganado la guerra.

Yo no sé si Su Alteza Imperial Setzuko Chichibu ha ganado la guerra. Cuando eleva la voz hay demasiada melancolía en su mirada. Pero las muchachas como Suga

sí que la han ganado, y lo más paradójico es que quien se la ha hecho ganar ha sido precisamente el soldado norteamericano más odiado en Japón: el general Mac Arthur.

Incluso se ha llegado a decir que los norteamericanos han hecho por las japonesas lo que los rusos han hecho por las chinas: ambos las han liberado de una esclavitud de milenios, y ambos han desencadenado una revolución que iba madurando ocultamente desde hacía muchos lustros.

Es cierto que las japonesas no llevaron jamás los pies vendados ni estuvo autorizada la poligamia en Japón. Pero el *Kaibara Ekken*, o Gran Libro del Matrimonio, cita los mismos pretextos que Confucio para autorizar al hombre a divorciarse: desobediencia, esterilidad, celos, chismorreos. Como en China, también en Japón se practicó durante largo tiempo el infanticidio de las neonatas. Como en China, todas las mujeres japonesas debían respetar el Sendero de las Tres Obediencias: obediencia al padre antes del matrimonio, al marido después del matrimonio, al hijo en caso de viudez. Como en China, era corriente vender las hijas a los burdeles por un saco de arroz: en 1957 la policía descubrió varios casos de esta índole en la isla de Hokkaido. Como en China, el porcentaje más elevado de suicidios se registraba entre las mujeres, y la única esperanza de ejercer alguna influencia era llegar a viejas.

El término *Shokugjo Fupin*, «mujer que trabaja», era deshonroso. En 1900 cierta señorita Kageyana, que había intentado reivindicar el derecho al trabajo, fue arrestada como una criminal. Según la ley, toda actividad política o pública estaba prohibida «a los niños, a los locos y a las mujeres».

El concepto asiático de la inutilidad femenina comenzó a desmoronarse simbólicamente en Japón cuando un terremoto destruyó el sesenta por ciento de los edificios de Tokio en el año 1923.

Sobre las ruinas de la ciudad, casi reducida a un amasijo de polvo y cascotes, las mujeres se apresuraron a sustituir a los hombres, engullidos por la tierra, en los más dispares menesteres: como faquines, camareras, empleadas, chóferes. Muchas vistieron por primera vez a la europea, pues en los paquetes de socorro enviados desde Europa había también vestidos europeos. No tenían otra cosa que ponerse, y además resultaban cómodos.

Después estalló la Segunda Guerra Mundial, y, al igual que en Inglaterra y Alemania, también en Japón se lanzó el *slogan*: «Si el sitio de los hombres está en el frente, el de las mujeres está en las fábricas». Por tanto se reclutaron las mansas esposas que jamás habían salido de casa sin la compañía del marido, se les enseñó a fabricar municiones y capotes militares, y hasta las geishas se vieron obligadas a dejar sus alcobas atiborradas de perfumes y afeites para servir de forma más práctica al país.

Bajo las bombas de las fortalezas volantes, y finalmente en el apocalíptico terror de Hiroshima, estas mujeres hicieron la misma guerra que los hombres: como en Europa. Y cuando ellos volvieron a casa derrotados, humillados, rotos de cuerpo y de

alma, por primera vez en milenios estas mujeres descubrieron que sus hombres no eran ni indestructibles ni insustituibles.

Muchos no volvieron. En su lugar desembarcaron otros hombres, altísimos y rubios, que mascaban chicle y escupían alvivos al rostro del vencido; pero que ante las mujeres se comportaban tímidamente, porque procedían de un país donde desde hacía más de un siglo eran ellas las verdaderas dueñas y señoras de sus destinos. Estos hombres altísimos y rubios se llamaban GI, y eran los mismos a quienes los japoneses, pequeños y morenos, habían creído poder destruir como hormigas.

Nadie puede imaginarse lo que entonces sucedió en los turbados cerebros de las mujeres en quimono. Pero es indudable que el general Mac Arthur halló terreno abonado para humillar a los hombres de un país vencido. Ya los había humillado antes con la derrota. Ahora los abatía con una revolución social que imponía desconocidas ventajas a las mujeres, y con la altiva demostración de cuán ridículo era seguir creyendo en ciertos tabúes.

Las muchachas como Suga tenían ocho años cuando Mac Arthur obligó al emperador Hirohito a pronunciar un discurso en el que admitía que el concepto de su divinidad era una equivocación. Y pocos más tenía cuando, tras renunciar al quimono de oro con el que se sentaba como un oráculo, el hijo del Sol salió a pasear por las calles vestido con frac y pantalón a rayas: para demostrar que solamente era un hombre pequeño y gris, con los lentes sobre la nariz.

Es muy cierto que el procónsul de la democracia cometía la incalificable grosería de recibir al hombre pequeño y gris en su habitación del Dai Ichi Hotel; pero entretanto proclamaba una nueva constitución cuyo artículo 24 establecía que el matrimonio debía tener el mismo significado para hombres y mujeres, que las mujeres podían divorciarse lo mismo que los hombres, y que una muchacha era dueña de sus propios destinos sin esperar a los treinta años.

En ese mismo año de 1946 fueron elegidas veintiséis mujeres al Parlamento japonés, y trescientas sesenta en las asambleas locales. Los vestidos europeos invadieron los comercios de la Ginza. Eran vestidos feos comparados con los quimonos: dejaban al descubierto las pantorrillas macizas, las piernas ligeramente torcidas por la costumbre de arrodillarse en el suelo, las caderas excesivamente anchas. Pero se trataba del vestido que simbolizaba una libertad larga y silenciosamente anhelada: como el uniforme militar de la mujer china. Y a ellas les pareció maravilloso.

Vestidas con estos trajes europeos comenzaron ellas a entrar en los bares, en los cines; a emplearse en las comandancias aliadas, a hablar en inglés, a bailar los estúpidos bailes modernos; pero sin renunciar a su vocecita, que parece una cantilena susurrada por un niño, a su gracia cumplimentera, al respeto milenario por quien tuvo el inmenso privilegio de nacer varón.

Y así sedujeron a los hombres altísimos y rubios que en su país habían dejado muchachas mil veces más bellas.

Hay toda una literatura sobre los matrimonios acaecidos entre los GI y las japonesas; sobre sus historias de amor, ora alegres, ora trágicas; sobre los GI que aprendieron a dormir sobre el *tatami* y a comer con los palillos.

Parecía como si los norteamericanos no hubieran visto nunca una mujer antes de desembarcar en Japón. Las hermosas muchachas de California y de Nebraska se miraban los bucles de oro, las bien torneadas y larguísimas piernas, y se preguntaban qué demonio podían encontrar sus infieles novios en aquellas mujercitas de piernas, cortas, faz aplastada y manos rollizas. Lo que precisamente encontraban era la veneración de las mujeres que jamás habían disparado contra los indios ni conducido automóviles. Lo que precisamente encontraban era la dulzura embriagadora de entrar en una casa donde la mujer se inclina para saludarte y te mima para obligarte a comer.

Durante el primer año de ocupación hubo treinta y cinco mil matrimonios mixtos sólo en la ciudad de Tokio; quince mil se efectuaron en Osaka. Las autoridades norteamericanas, justamente alarmadas, comenzaron a oponer el veto a la exportación de estas esposas.

En Norteamérica existía ya el problema negro. ¿Acaso se pretendía ahora añadir el problema amarillo? Pero la realidad era muy distinta. Lo cierto era que las norteamericanas en edad de casarse habían puesto el grito en el cielo: ¿era justo que sus impuestos sirvieran para abrir escuelas donde se enseñaba a las esposas japonesas cómo se cocían los huevos con tocino?

La mayoría de las japonesas casadas con norteamericanos no llegaron a embarcar para Estados Unidos, y acabaron como Madame Butterfly. Pero su victoria moral fue igualmente aplastante para todos los hombres: vencedores y vencidos. Tal vez fue entonces cuando nació el famoso proverbio que ha dado la vuelta al mundo. Lo que resultaría interesante saber es si el inventor del proverbio lo juzga válido también para las esposas japonesas trasplantadas a Norteamérica.

Para todo existen condiciones ambientales: hasta para la femineidad y la dulzura. No pocas de aquellas seductoras criaturas, apenas trasplantadas a nuestro mundo occidental, se convirtieron en horrendos viragos.

Comprendo la desilusión del viajero romántico cuando sepa que la revolución de la mujer japonesa se afianzó, y no poéticamente, a causa de las ollas eléctricas, de las máquinas tragaperras y de los antifecundativos.

Antes de la guerra ninguna japonesa había visto una olla a presión. El arroz, que como en toda Asia es su alimento principal, se cocía en no menos de dos horas. Con las ollas eléctricas, cuyo precio es de tres mil yens (seiscientas pesetas), las japonesas descubrieron que el arroz podía cocerse en pocos minutos, y que el tiempo libre podía emplearse fuera de casa. Y, ¿por qué no?, ante las máquinas tragaperras, esas inútiles máquinas inventadas en Las Vegas.

Habían sido introducidas por los GI inmediatamente después de la ocupación, y en pocos meses habían invadido todos los barrios de la ciudad.

El juego consiste en introducir una chapa de acero en una ranura, accionar una

manivela y empujar la chapa hacia otra ranura, que, si es la requerida, acciona un mecanismo que devuelve un montón de chapas que pueden cambiarse por dinero. En suma: una ruleta de pobres.

Cada chapa cuesta cincuenta yens. Si se consigue ganar cincuenta chapas, son dos mil quinientos yens (quinientas pesetas): el salario de un día del obrero medio.

Los japoneses se entusiasmaron con las máquinas tragaperras. ¿Y qué ocurrió cuando las diputadas lograron que se promulgara una ley que clausuraba las casas de tolerancia? Un barrio entero de Tokio, el Yoshihara, habilitó las casuchas que antes albergaban los pecaminosos *tatami* para instalar las máquinas tragaperras, que al ser un juego inocente podía adaptarse hasta para las mujeres. Yo las he visto cuando una noche, mientras callejeaba por Yoshihara, buscaba inútilmente el ambiente típico perdido. Y es el recuerdo más escalofriante que conservo de Tokio y de sus mujeres.

Las salas de juego se extendían por centenares y centenares de metros, una junto a otra, y el ruido de las manivelas hería mi oído como el zumbido de una monstruosa cigarra. En pie ante las inútiles máquinas —que hubieran constituido un inenarrable placer para Charlot en su película *Tiempos modernos*— solamente había mujeres: erguidas sobre los *zori* de madera, con una criatura dormida en la espalda, y siguiendo alucinadas con mirada brillante el recorrido de la chapa de acero, símbolo de su libertad.

Después llegó el control de la natalidad, algo inconcebible en un país donde los preceptos de Onna Daigaku ordenaban a la mujer dar a luz muchos hijos. Pero si antes de la guerra el mandamiento había sido «Creced y multiplicaos», después de la guerra el gobierno creyó oportuno escuchar los consejos demográficos del general Mac Arthur.

Las japonesas se familiarizaron cada vez más con las palabras *san ji sei gen* (aborto) y *ju tai cho setsu* (antifecundativo). ¿Acaso no las repetían cada día médicos y diputados, periodistas y asistentes sociales, directores de clínicas gubernativas donde abortar tan sólo cuesta seis mil yens (mil doscientas pesetas)? ¿Acaso no aparecían con letras de molde en los diarios más serios, donde podían leerse anuncios publicitarios como éste: «Comprad M. D., regulador de la natalidad; sólo cuesta 360 yens, incluidos franqueo y gastos de envío. No puede haber una vida familiar armoniosa sin el regulador M. D.»?

Contrariamente a la mujer china, la japonesa no fue jamás puritana, esclava de tabúes sensuales. La costumbre de efectuar el baño desnudos en la misma piscina, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, es centenaria: en contraste absoluto con la usanza china de esconder el cuerpo a cualquiera que no sea el propio marido.

El precepto de dar a luz todos los hijos que sea posible jamás fue un precepto religioso, sino una exigencia social, dictada por el sueño ambicioso de regir el mundo.

Así es que las mujeres japonesas no se opusieron en absoluto a la nueva campaña, que además les hacía sentir la exquisita emoción de ser árbitras de un problema

nacional. No hubo necesidad de comicios, como en la India. Y en 1957 el gobierno podía afirmar con orgullo que el porcentaje de decesos estaba a la par con el de nacimientos: cada veinticinco segundos nacía en Japón un niño, pero cada veinticuatro segundos había una defunción.

—Debemos este milagro de estabilización a nuestras mujeres —declaró el ministro de Sanidad Pública en un discurso por radio—. Una tercera parte se somete al control. Esto no sucede en ninguna otra parte del mundo.

—Nos sometemos porque nos conviene; no porque nos lo exijan —repuso la escritora Toshibumi Nakajima—. El feudalismo varonil de la anteguerra es un mero recuerdo; Japón está viviendo una época de mujeres inteligentes y rebeldes. Nos enorgullecemos de nuestras treinta y cinco mil asociaciones feministas, con un total de once millones y medio de afiliadas. Cuarenta sociedades anónimas están presididas por mujeres en la ciudad de Osaka. Seis millones de mujeres trabajan en las fábricas y nueve millones en el campo, donde la mayoría se especializan en el manejo de los tractores.

¿Quién lo niega? Si se excluye el servicio militar, ningún oficio ni empleo está vedado hoy a la mujer japonesa. Por ejemplo, la casi totalidad de los barberos son mujeres: su sindicato cuenta con ciento sesenta mil. El alcalde de Ogawa es desde hace ocho años una mujer. Once diputadas ocupan escaños en el Parlamento. Pero vamos despacio: esas once diputadas representan solamente el uno coma cuatro por ciento de los diputados. En 1946 eran treinta y nueve, equivalente al ocho coma cuatro por ciento: como si después de haber probado por fin lo incómodo que es disfrutar de ciertos privilegios de los hombres, las japonesas se hubieran aterrado y quisieran volverse atrás.

Como pude comprobar en la antiquísima y acogedora ciudad de Kioto, un general norteamericano no basta para cancelar viejas costumbres seculares, tradiciones heredadas de familia en familia, sentimientos que son siempre más fuertes que la razón. Y hasta en Tokio, esta ciudad bifronte, tuve nuevas pruebas de ello.

Un día Chas me presentó a dos muchachas que debían ser la expresión de cuanto más anticonformista pueda haber en el país. Una era actriz; la otra, lo que los norteamericanos llaman *career-girl*: crítica cinematográfica de una cadena de importantes rotativos, caricaturista, presentadora en la televisión.

La actriz se llamaba Momok Kochi: un nombre que, según me aseguró Chas, era tan conocido en todo el Japón como pueda serlo entre nosotros el de Sofía Loren. De Sofía Loren tenía la belleza agresiva, pero no el dinero: no ganaba más de ocho mil pesetas al mes, de acuerdo con los prudentes estipendios que obtienen los divos en el Japón.

Momok, que se distingue de Sofía Loren por una profunda y exquisita humildad, vino a mi hotel para que la entrevistara. Era una espléndida muchacha de veintisiete años, metro setenta de estatura, y no era ni estúpida ni ignorante. Sabía todo cuanto se pueda saber sobre Picasso y Modigliani, había leído todos los volúmenes escritos por

Churchill, conocía incluso la diferencia que hay entre políticos como Nenni y Saragat, pues estaba muy interesada en «la aplicación del socialismo en Europa». Indudablemente era muy moderna, hasta el punto de que juzgaba aburrida la música japonesa y siempre se sentaba en una silla.

—Odio el *tatami*. Y de estar de rodillas me duelen las piernas —nos confesó.

Momok no pensaba casarse porque quería hacer carrera. Pero aún no serían las once cuando levantó ligeramente la manga del quimono para ver la hora de su cronómetro, se puso al instante en pie y dijo que debía dejarnos inmediatamente. Vivía con sus padres y seis hermanos, y no podía llegar tarde.

—¿Por qué? —le preguntamos—. ¿Acaso la reñirán?

—¡Oh, no! —repuso, riendo—. Pero no hay nada tan incorrecto como volver a casa cuando la luna está alta en el cielo.

La *career-girl* se llamaba Masako Montsou. Era una seductora muchacha de veinticuatro años, alta y esbelta, vestida según la última moda francesa. Vivía sola en un pisito junto al Hotel Imperial. Sus padres vivían en el campo, y Masako hacía cuatro años que no los veía, desde que había llegado a Tokio para probar fortuna. Era desenvuelta, inteligente y coqueta. Miraba fijamente a Duilio, sin ocultar su interés por él. Más tarde confesó que sentía gran simpatía por los jóvenes europeos, y ahora explicaré lo que sucedió.

Duilio la invitó a cenar, guiñándome un ojo repetidas veces para que Chas y yo dijéramos que nos resultaba imposible acompañarlos. Masako se ruborizó y anunció al instante que corría a la peluquería para estar más guapa; después proclamó que aquél era el día más bello de su vida, y la cita quedó fijada para las siete de la tarde.

Duilio no cabía en sí de satisfacción: había atravesado mares y montañas, continentes enteros, para conocer a Masako. Aclaró inmediatamente que no pensaba en cosas libidinosas; pero finalmente también él podría jactarse de su fantástica aventura en Oriente.

Nos separamos de él, que aseguraba estar oyendo una imaginaria música de arpas; le dimos la dirección del restaurante donde Chas y yo iríamos a comer, y le deseamos suerte. Yo por mi parte le advertí que procurara no llegar demasiado tarde, pues a la mañana siguiente debíamos tomar el tren para Kioto. A las ocho y media reapareció totalmente deshecho.

Nunca le había visto tan abatido, ni siquiera el día en que tuvo que enfrentarse con el aduanero de Yacarta, ni aquel otro día en que al fotografiar a Han Suyin con un *cheong sam* transparente recordó de pronto que no había cargado la máquina. En sus ojos, de ordinario tan apacibles, brillaba una violenta cólera: como si en su persona se hubiera ofendido a todos los hombres de la raza latina.

—¿Qué ha ocurrido, Duilio?

Se dejó caer sobre el *tatami* y miró a su alrededor con el mismo asco con que hubiera mirado a Masako de haberla tenido frente a él.

—Quiero regresar a casa.

—¡Vamos, Duilio! Todavía nos queda Honolulu. Y además está Nueva York. ¿Es que no vamos a ir a Nueva York?

—Quiero regresar a casa.

Después estalló.

—La estaba esperando, recién bañado y contento, cuando el conserje me llama y me dice que han preguntado por mí un señor y una señora. Yo contesto: «¡Imposible! La señora que espero debe venir sola». Pero cuando ella se adelanta veo que de ningún modo ha venido sola, sino que se ha traído con ella a un jovenzuelo. «Mi hermano, me dice, que casualmente está de paso en Tokio». «Bien, digo, pensando que el incidente sólo servirá para retrasar la cena. Buenas noches, hermano. ¿Quieres beber algo?». El hermano contesta que no, que tiene hambre y prefiere comer: ¿adónde vamos a comer? Yo no podía creer lo que acababa de oír, porque naturalmente estaba convencido de que después de beber unas copas se marcharía. Pero tuvimos que ir a comer, y todo el rato estuvo ella metiéndome las cosas en la boca como si yo fuera un inválido. Lo peor es que hablaba sin parar con su hermano, ¡y en japonés! Pago apresuradamente, dispuesto a salir disparado; pero ella me dice entonces: «Naturalmente que ya habrá comprendido que soy una muchacha moderna; si yo no fuera una muchacha moderna, no hubiera venido a cenar con usted. Y para demostrárselo vamos ahora a cenar a otro sitio y pago yo».

—¿Y has ido?

—¡Claro que he ido! ¡Cualquiera desobedecía a una mujer como ésa! Me ha llevado a otro sitio y ha comenzado de nuevo a empapuzarme, hablando sin parar con el hermano. Después me ha despedido, porque ya era tarde, y me ha prometido que iremos a los jardines; con el hermano, desde luego. Y ahora ¿qué hago yo?

Estaba tan triste, pobre Duilio, que hubiéramos hecho cualquier cosa por él. Así es que le llevamos a un club nocturno donde las *taxi-girls*, enfundadas en un *cheong sam* largo hasta el tobillo, esperan en fila para hacer beber a los clientes, y hasta le escogimos una muchacha para beber; pero la chica no fue de su gusto y tuvimos que pagar para nada. Después le llevamos a un sitio donde interpretan jazz y donde los jóvenes se besan como si nadie los mirara; pero tampoco esto fue de su agrado.

Decidimos finalmente ir a Yoshihara, donde además de las máquinas tragaperras hay también tiro al blanco. El jovenzuelo del tiro al blanco tenía pícaro aspecto, como si intuyera que sólo tratábamos de consolar a un amigo. De pronto nos dijo que él ya sabía cómo curarle.

—¿Desean ver un espectáculo de *shiro-shiro*?

—¿Qué es? —pregunté a Chas.

—¡Vámonos! —repuso él.

—Pero ¿qué es?

—Algo que no te recomiendo. Vámonos.

—¡Quiero verlo! —gritó Duilio al tipo del tiro al blanco—. *How much?* (¿Cuánto?).

—Tres mil yens, señor. Más la propina.

—O. K. —repuso Duilio, entregando el dinero.

—¡Que se divierta, Duilio! —exclamó Chas, empujándome hacia un taxi.

—¡No me dejéis solo! —suplicó Duilio.

Desde luego: el taxi partió sin nosotros.

El *shiro-shiro*, como supe más tarde, es una palabra intraducible y un espectáculo de los más antiguos que puedan verse en el Japón. Qué necesidad hay de ir a verlo al Japón, cuando puede verse en cualquier otra parte del mundo —y en París, según me han asegurado, cuesta bastante menos—, lo ignoro.

Lo que sí parece cierto es que no debe uno escandalizarse. La policía, por ejemplo, no lo prohíbe.

El *shiro-shiro* se desarrolla en tres tiempos. Primero está el *white and white* (blanco y blanco); después, el *black and white* (negro y blanco), y finalmente, el *black and black* (negro y negro).

La escena puede ser un saloncito muy elegante o una sórdida estancia. Como espectáculo público el *shiro-shiro* ignora las diferencias sociales. En la estancia hay una alfombra, y alrededor, varias butacas para los espectadores. Tomamos asiento en los sillones, y a poco entraron dos muchachas vestidas con jersey y *blue-jeans*, cabello corto y cara de circunstancias. Dijeron que representarían el *white and white* únicamente para nosotros, puesto que aquella noche no había otros clientes. Esperaban, pues, que fuéramos generosos al dar la propina.

Se dedicaban a este fatigosísimo arte, según explicaron, porque el dinero así ganado les servía para pagar la pensión. Eran estudiantes universitarias, y nos presentaron el correspondiente documento acreditativo.

Hablaban lentamente, con gran dignidad, y Chas iba traduciendo. Después cubrieron la lámpara con un paño y comenzaron su actuación.

Entendámonos: es muy posible que el *shiro-shiro* sea un espectáculo digno de verse. Me consta que los turistas norteamericanos van incluso acompañados de su familia, y se jactan de ello. Hasta ponderan la habilidad de estas muchachas, una vez terminada la función. Ignoro si están en lo cierto, porque al cabo de pocos minutos me levanté, seguida de Chas y Duilio, y allí las dejé, en la alfombra, debatiéndose y tropezando en el lío de los *blue-jeans* hechos un rebujón en medio del tapiz. Ya en la calle, los tres censuramos acremente el espectáculo. La Enciclopedia Británica no nos lo había advertido.

Al amanecer, burlándonos de nosotros mismos por aquella experiencia de maniacos sexuales, partimos para Kioto: la ciudad de las geishas.

Kioto dista de Tokio un día o una noche en tren; pero es preferible hacer el viaje de día, cuando el sol, de un amarillo radiante, ilumina la campiña más bella de Asia: verde como si toda fuera una sola hoja, ondulado de torrentes y colinas, comparable

tan sólo a la campiña toscana y abruzzense, tal cual la vieron Ghirlandajo y el Perugino.

Las estaciones son diminutas estaciones campestres, con viejos campesinos en quimono cargados de huevos y gallinas para venderlos en la ciudad.

El paisaje es tal como aparece en las postales que reflejan un Japón acorde con nuestra ilusión: tierno, armonioso, intacto. Al instante olvidáis que vuestros compañeros de departamento desentonan con sus trajes de franela y la corbata al cuello, y que la muchacha de vuestro lado os irrita tarareando durante horas y horas el estribillo de *Saint-Louis Blues*.

Se va a Kioto como se va a Venecia, o a Toledo, o a Stratford-on-Avon: en busca de la dulzura perdida, de una civilización olvidada, de una poesía que nosotros mismos hemos destruido. Es la única ciudad de Japón que ha permanecido tal cual era siglos atrás: ni las bombas la han destruido, ni las fábricas la han deslucido, ni la gente se ha corrompido con nuestra influencia europea.

Al llegar sentimos la más reconfortante placidez.

Ante nosotros se extendía Kioto, envuelta en un silencio lluvioso, con su río al que llaman Lentitud de Plata, sus monasterios escondidos en el bosque de encinas seculares, sus jardines de blanca arena rastrillada en líneas paralelas y precisas: con un árbol enano en medio y las piedras recubiertas de musgo.

Nos adentramos en aquel sueño un tanto incrédulos. Era de noche y en el Templo de las Fuentes Puras, oculto al pie de un manantial, los bonzos de cráneo rapado recitaban complicadísimos ritos ante altares de madera, quemando barritas de incienso y misteriosos papiros; las vestales de falda anaranjada y cabellos recogidos en una trenza envuelta en papel rastrillaban la pulida arena o llevaban agua a los monjes encerrados en las celdas sin luz.

En el palacio de la Noble Fragancia ataban las mujeres honorables talismanes a los honorables árboles para pedir un favor a los dioses, y las ramas de pino estaban repletas de diminutas esquelas con su petición.

En los barrios de las geishas, que ostentan nombres poéticos como Reposo Sereno, Encanto Feliz, Follaje Tempestuoso, las misteriosas criaturas que dedican su vida propia a complacer a los maridos de las demás cantaban gentiles lamentos.

Aquel día, turbados aún por lo sucedido en Yoshihara, estábamos en Kioto para descifrar el enigma de las geishas: no se puede comprender a las geishas —nos decían todos— sin comprender antes el mundo que las ha creado, la elegancia abstracta de los monasterios, el refinamiento exasperante de aquellas casas carentes de mobiliario, el tradicionalismo de las mujeres que desconfían siempre de generales como Mac Arthur.

En realidad no pensábamos visitar a la señora Mikimoto, si bien un amigo común, el vizconde Watanabe, me había recomendado repetidamente que la saludara en su nombre. Sin embargo he de admitir que fuimos impelidos por una curiosidad bastante necia: la señora Mikimoto está casada con el hijo del gran Mikimoto, el cultivador de

perlas más conocido del mundo. Lo cual quiere decir que es una de las mujeres más ricas de Japón. Y pensé que valía la pena conocerla. Le enviamos saludos de parte del vizconde Watanabe y ella correspondió invitándonos inmediatamente a casa de su madre, Tokuko Kiyoshi. «Quizá pueda interesarles —rezaba la invitación— ver una auténtica casa japonesa».

¿Cómo no? Era una casa de madera y papel, al final de un sendero iluminado por farolillos titilantes como luciérnagas rojas, amarillas y moradas.

Antes de entrar era preciso descalzarse, tras interminables reverencias. Después había que recorrer un pasillo de madera tan limpio y bruñido que hubiera podido comerse sobre él. Se atravesaban varias salitas cuyo único adorno era una mesita baja con un solo florero con una sola flor. En invisibles armarios se escondían los colchones en que se duerme durante la noche.

En una de estas habitaciones estaban las dos increíbles mujeres, arrodilladas como estatuillas. De esta forma venían a recordarnos que Tokio no es Japón, después de todo. Sumiko Mikimoto, que es una señora de unos treinta años, vestía un kimono verde y azul. Tokuko Kiyoshi, que al menos tiene setenta, llevaba un kimono castaño. Ambas nos miraban con una sonrisa ligeramente burlona, como si no pudieran creer que nos hubiéramos desplazado hasta allí para ver a las geishas. Hasta su manera de comportarse tenía algo de irónico. De la forma en que Tokuko nos servía el té verde, sin azúcar, parecía que todo nuestro mundo, nuestros vestidos, nuestra curiosidad, le resultaran bastante grotescos. Y sin embargo nos sentíamos muy a gusto allí dentro. La armonía de aquel vacío apenas interrumpido por una mesa y una flor infundía una paz insospechada. De pronto Sumiko se irguió y, abriendo la mampara corredera, dijo:

—Escuche, por favor.

De más allá del parque, rodeado de un vallado de bambú, llegaba hasta nosotros un canto difuso y ronco. Ella me lo fue traduciendo lentamente:

—Un cigarrillo da todo su cuerpo, y se hace besar por su dueño hasta convertirse en ceniza. Yo seré tu cigarrillo, señor.

Sonrió.

—Hermoso, ¿verdad? Son las geishas de la escuela de Kioto. Piense que comienzan a estudiar estas canciones desde niñas y así continúan hasta la muerte. Más que un oficio, la suya es una secta secreta: cuando salen para alegrar una fiesta van encerradas en un palanquín llevadas a brazos por dos servidores, como hace cientos de años. A veces me pregunto si el progreso y la técnica lograrán destruirlas, pero en seguida me digo que no. Sería como destruir lo que nosotros los japoneses tenemos en mayor estimación: la gracia, el refinamiento, lo superfluo. A veces, cuando las oigo cantar, me pregunto si estaré celosa de ellas. Pero al instante me contesto que no. Y tú, madre, ¿has estado alguna vez celosa de ellas?

La anciana señora levantó el rostro de marfil.

—¿Por qué iba a estarlo? Durante la guerra el ayuntamiento me envió una geisha

cuya casa había sido bombardeada. Era una criatura exquisita: ni siquiera osaba coquetear con mi marido. Y además sabía colocar flores en un búcaro y servir el té según las reglas. ¡Ojalá las mujeres de hoy fueran todas así!

Miró severamente a Sumiko.

—Considere a mi hija, por ejemplo. Ni siquiera sabe colocar un tulipán en un florero: siempre lo pone con la corola por la parte menos vistosa. Ignora por completo la ceremonia del té, y cuando... ¡Oh, por favor! ¡Por favor!

Tokuko Kiyoshi se puso en pie de un brinco como una jovencita, se inclinó tres veces ante Duilio, que sostenía un cigarrillo en la mano, e hizo ademán de encendérselo.

—¡No! —exclamó Duilio, enrojeciendo.

—¿Por qué? —preguntó la señora Kiyoshi, asombrada.

—Porque es un hombre —expliqué—. Es el hombre quien debe levantarse y encender el cigarrillo a una mujer.

—De ningún modo —repuso la señora Kiyoshi—. Corresponde a la mujer.

Y se lo encendió. Después prosiguió la conversación.

—Cuando se trató de escoger una carrera, ¿sabe la que eligió mi hija? El piano. ¡Qué vergüenza! ¡Ah, sí! Hoy día acaecen ciertas cosas. Las muchachas se casan a los dos meses de noviazgo y se perecen por esos estúpidos matrimonios de amor. Y hasta sucede algo peor: ¿sabe que ni siquiera desean hacerse visitar por el médico antes de firmar el compromiso de boda?

Irguió la cabeza con gesto orgulloso.

—Mi noviazgo duró tres años, y seguramente hubiera durado mucho más de no haber sufrido una enfermedad de estómago. Una verdadera suerte. El tío de mi novio era médico, por lo que fue requerido para que me visitara, y aprovechando el pretexto me hice examinar de pies a cabeza. Inmediatamente después llegó la petición oficial. ¡Ah, qué matrimonio fue el mío! Una obra maestra de buen gusto y de sabiduría. Durante toda mi vida no dije ni una sola vez a mi marido: «Te quiero», y tampoco él me lo dijo nunca a mí. En cambio esta hija mía no hace más que repetir a su marido: «Te quiero, te quiero». Un verdadero escándalo. Y por si no bastara esto, se había empeñado en no hacer el *omiai*. Usted ya debe saber lo que es el *omiai*, ¿verdad?

Lo sabía. Por *omiai* se entiende en Japón el encuentro formal entre un joven y una muchacha que desean conocerse con vistas al matrimonio. Reglamentariamente el *omiai* debe ser organizado por el *nakodo*, o intermediario profesional; a veces interviene un amigo de la familia. Cuando el *nakodo* sabe que hay una muchacha en edad de casarse, pide su fotografía y la muestra a los parientes de un soltero. Si la fotografía gusta, el *nakodo* recoge información sobre ambos, y si los informes son buenos organiza el *omiai*. Una mirada o una breve conversación bastan para hacer comprender al joven y a la muchacha si desean volver a verse para estudiar la posibilidad de un noviazgo.

Pocos son los que se libran del *omiai*, especialmente en provincias. Es muy raro

que se casen dos personas conocidas por azar.

Cuando se elude el *omiai*, estalla el escándalo; y no únicamente en la propia provincia. Con ocasión de anunciar el príncipe heredero Akihito su compromiso con Michiko Shoda, conocida en un campo de tenis y sin *nakodo*, los tradicionalistas clamaron contra el pésimo ejemplo, y el administrador de la casa imperial se vio obligado a mentir solemnemente ante la Dieta, proclamando que aquel matrimonio no era el resultado de un coqueteo entre raquetas, sino la conclusión de un *omiai* concertado entre las familias.

—Hábleme de su *omiai*, se lo ruego —dije a Sumiko Mikimoto.

Ella sonrió con aire pícaro, como si estuviera a punto de contar algo extremadamente audaz.

—Pues bien: yo estaba en Shanghai para dar un concierto, y la madre me escribió que el hijo del gran Mikimoto estaba interesado en efectuar un *omiai*. El *nakodo* había mostrado mi fotografía y se había procurado informes sobre mi personalidad, mi carácter, mi patrimonio y las vicisitudes de la familia. Yo contesté a la madre que, si verdaderamente lo deseaba, estaba dispuesta a regresar a Japón; pero no para un *omiai* oficial. Tenía una carrera y no pensaba en casarme. La madre insistió, yo regresé, y la entrevista con el señor Mikimoto tuvo lugar por la mañana. Naturalmente hice cuanto estaba en mi mano para que fracasara: me vestí a la europea, con pantalones y blusa, y miré siempre a los ojos del señor Mikimoto, sin fingir la menor modestia. Además el señor Mikimoto no era de mi agrado: era bastante feúcho.

Se interrumpió para dar las gracias a Duilio por haberle encendido un cigarrillo.

—¡Sumiko! —exclamó consternada la madre—. ¿Qué haces?

—Pido perdón —se excusó Sumiko—. Estaba distraída. Mi marido me enciende siempre el cigarrillo, y así...

—¿Y lo cuentas? —dijo la madre, más, consternada aún.

—Pero el señor Mikimoto pareció no descorazonarse —prosiguió Sumiko—, porque unos días después me escribió una carta que yo leí en voz alta a toda la familia, según lo establecido. La familia juzgó que sería un grave error renunciar a tal partido, y por otra parte a mí me disgustaba desobedecer a la familia. Después de todo una mujer debe casarse. ¿No le parece? En resumen: respondí a la carta fijando la fecha de la boda para dos meses más tarde, y me casé con él. Ya ve que existe un abismo entre mi madre y yo, pero en esto vamos de acuerdo. No creemos en los matrimonios de amor. Ninguna japonesa con un poco de sentido común cree en los matrimonios de amor: están abocados a la incomprensión y al divorcio, puesto que cuando uno está enamorado juzga al objeto de su amor como una divinidad. Con el tiempo, y viviendo en común, se advierte que él o ella no son tal divinidad, y entonces viene la desilusión. Con nuestro sistema, en cambio, nadie queda desilusionado; a lo sumo se descubre que el cónyuge es mejor de lo que se había pensado. Lo cierto es que mi matrimonio es feliz. Mi marido me quiere y yo le

quiero. Y hemos llegado al amor sin necesidad de coquetear.

Tokuko Kiyoshi irguió de golpe la cabeza.

—¿Qué quiere decir coquetear?

Sumiko Mikimoto pensó unos instantes, y luego contestó:

—Es algo de mala educación, madre.

Eso fue todo. Tal vez la señora Mikimoto no represente al Japón de hoy: eso es exclusivo de las chicas modernas de Tokio. Pero representa el verdadero espíritu de Japón, el más antiguo. Y las geishas son el resultado de una sociedad donde las mujeres que a ellas se asemejan ignoran el arte de arreglar las flores en un búcaro, y a veces aceptan que un hombre les encienda el cigarrillo; pero se casan con quien la familia desea, ignorando por completo el amor.

Una reciente encuesta de la Agencia Matrimonial Municipal ha establecido que el ochenta por ciento de las japonesas mayores de treinta años no consideran el matrimonio como la unión de dos seres que se quieren bien, sino como el lazo solemne entre dos familias.

En Japón existe, por ejemplo, un Club de Corazones Solitarios. Lo fundó inmediatamente después de la guerra y por consejo de los norteamericanos el señor Haruo Yokochi, con sede central en Tokio y sucursales en cada capital de provincia. El señor Yokochi es un admirador de Occidente.

—Animo a mis empleados para que se hagan el amor en la oficina —suele decir—. El amor proporciona alegría, energía y sentido de responsabilidad.

Pero el día en que le pregunté si el comportamiento de sus empleados servía verdaderamente de buen ejemplo a los clientes, respondió:

—No me hable de ello. Precisamente ayer celebré la boda en masa de veinte clientes llegados de Osaka, Kobe y Takamatsu: ninguno de ellos había cambiado la caricia más inocente. Mire: la oficina funciona y los jóvenes van viniendo, pero las muchachas no; todavía envían a su madre.

Todo el mundo sabe en Tokio lo que sucedió cuando se inauguró en la Ginza un comercio de artículos para matrimonio. El propietario había escogido para dependientas únicamente muchachas agraciadas, puras y en edad de casarse. Corrió la voz y la tienda se vio invadida por ancianas señoras en busca de mujer para su hijo. Y todas, en vez de comprar velos de novia y ollas a presión, interrogaban a las dependientas sobre su pasado sentimental para juzgar sobre la conveniencia de un *omiaï*. El propietario se vio obligado a sustituir a las dependientas en edad de casarse por dependientas casadas u hombres feos.

El concepto del matrimonio como contrato social mejor que como acto de amor es un concepto asiático que resiste desde hace milenios en todo el continente, y que los europeos apenas pueden comprender. Probablemente comienzan a comprenderlo poco hasta los japoneses, y sin embargo lo respetan, como respetan el *omiaï* y la regla

de no intervenir en la vida pública del marido: otro detalle que explica la existencia de las geishas.

Las mujeres como Sumiko Mikimoto se avergonzarían de que su marido regresara a casa directamente desde la oficina.

—Sería como admitir que es hombre sin amigos y que por la noche no sabe adónde ir.

Mayor vergüenza sentirían aún si su marido llevara a casa a los amigos, o la invitase a comer en un restaurante.

—Una esposa como es debido se está en casa, y no se exhibe como una bailarina.

Harían muy bien en darse una vueltecita por este país esas terribles esposas occidentales que atormentan al marido con la pretensión de acompañarle cada vez que cena fuera de casa o sale de viaje: aprenderían al menos una lección de humildad.

Una esposa no debe acompañar al marido que marcha para asistir a un congreso. Le acompaña la geisha. La esposa a lo sumo acompañará a ambos hasta el tren y les deseará que se diviertan mucho. Una esposa no acompaña al marido que decide ir a comer al restaurante. Le acompaña la geisha. La esposa, si es lista, le buscará la geisha apropiada.

«¿Por qué?», preguntaréis. Porque guardar un secreto no entra en los deberes de una esposa. Tal como tienen por costumbre los italianos, también los japoneses resuelven en la mesa todos sus problemas; mientras nadie se atrevería a hablar de asuntos importantes ante la esposa, todo el mundo charla confiadamente delante de las geishas, para quienes conservar un secreto es cuestión de honor.

En las casas de té de Kioto y de Tokio los políticos y los magnates de la industria discuten a veces cuestiones trascendentales para la vida de la nación: considerad el desastre que sería sí a su lado tuvieran a sus respectivas esposas. Pero con las geishas no hay temor alguno. Y si bien circulan por Japón extrañas historias a propósito de geishas que ocultan bajo el *obi* aparatos de registro, no se ha dado ni un solo caso entre ellas de alguna Rosemarie Nitribitt.

Ocupémonos ahora de estas famosísimas mujeres que comúnmente son calificadas como amantes de lujo para iniciados y que probablemente están destinadas a desaparecer.

De escuchar a los escépticos, pronto se convertirán las geishas en una simple atracción turística, como los indios navajos en América, y acabarán encerradas en lugares reservados, que se podrán visitar mediante un permiso especial, como se hace en la actualidad con los indios navajos.

Hay que reconocer que actualmente la vida de las geishas es en extremo difícil. El Partido Socialista reclama a grandes voces su abolición, alegando que son patrimonio exclusivo de la gente acaudalada, y por tanto perjudiciales para la economía de la nación. Los capitalistas las hostigan sin cesar. Muchas sociedades anónimas han presentado a sus presidentes un ultimátum: «Nada de cenar con las geishas, salvo en el caso de tener que hacer los honores a algún cliente romántico. Cuestan

demasiado». Los clubs nocturnos y las *taxis-girls* con *cheong sam* les hacen una competencia despiadada. Algunas, pobrecitas, para defenderse han tenido que dedicarse a tocar el xilófono o a bailar la rumba.

Y por si esto fuera poco, el actual sistema de impuestos las atormenta: todas las que ganan más de cuarenta mil pesetas al año deben entregar al fisco el treinta y tres coma treinta y tres por ciento de sus ingresos. Por culpa de los impuestos, ciento sesenta y tres geishas de Kanazawa se han visto obligadas a abandonar su profesión, y el alcalde de Kanazawa ha comentado así el acontecimiento:

—¡Qué alivio! Sinceramente nos estaban resultando un problema insoluble.

Sin embargo aún existen veintinueve mil trescientas sesenta y cinco en Japón, sin contar los centenares de alumnas que cada año salen de las escuelas de Kioto. Y son tan populares en el mundo entero como los *cow-boys*, los faquires y los maharajás. ¿Por qué? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen?

Diré ante todo que hacen una vida austera: su disciplina es más rígida que la que oprime a los discípulos agitadores en las células comunistas de Europa. Son algo que nosotros los europeos difícilmente podemos comprender. De ningún modo corresponden a las descripciones exaltadas con que nos obsequiaron un tanto impunemente Paul Morand y Pierre Loti.

Al día siguiente de mi entrevista con la señora Mikimoto fui a visitar una escuela de geishas, y la impresión recibida fue más desconcertante que la velada con que cerré mi permanencia en Kioto. Por los pasillos, lustrosos por la consabida obsesión de bayetas, jabón y cepillo que caracteriza al pueblo más limpio de la tierra, las geishas desfilaban como severas colegialas: con los brazos cruzados y las manos ocultas en las amplias mangas, baja la vista, cerrados los labios en el más profundo silencio. En las aulas de canto, de danza, de psicología, permanecían arrodilladas sobre el *tatami*, inmóviles en los quimonos resplandecientes de color y de oro, hieráticas bajo las pelucas negras y brillantes.

Al vernos ninguna hizo el menor gesto de curiosidad, ni siquiera el más leve parpadeo. Permanecieron inmóviles, con el rostro empañado de leve tristeza, erguido el cuello de cisne: como si fueran mariposas muertas y fijadas en la pared por un alfiler.

Estas aprendizas de geisha no respiran, no tosen. Parecen estar muertas como mariposas de una colección; aunque de mariposas sólo tienen los colores de su vestido. Hay en ellas algo de ilógico, de tétrico. Entré en aquellas aulas con el temor de cometer un sacrilegio; salí sofocada y cohibida.

A las geishas les está terminantemente prohibido hablar con extraños, y jamás responden a las preguntas que se les dirigen. Ante ellas está el maestro, que al más leve rumor alza una palmeta grande como un sable.

El maestro, que era también el secretario de la escuela, fue mi acompañante en la visita que realicé. Según me dijo, estudiaban en la escuela trescientas treinta geishas, cuya edad oscilaba entre los doce y los sesenta y dos años. Desde luego en otras

escuelas podían encontrarse algunas que sobrepasaban los sesenta y dos años, porque en este oficio nunca se acaba el estudio. Algunas habían comenzado a los seis años, igual que las bailarinas clásicas en Europa; pero después de la guerra la *Jouvinal Protection Law* (Ley de Protección de Menores) había establecido en doce años el límite de la edad.

A veces eran hijas de geishas, naturales en la mayoría de los casos; a veces eran hijas de gente pobre que las vendía a las ex geishas por veinte mil yens y un saco de arroz. La ex geisha pagaba la escuela, la manutención, el vestir; y la muchacha pagaría su deuda entregándole el veinte por ciento de todas sus ganancias cuando hubiera encontrado trabajo. Y así durante toda la vida.

Naturalmente que era indispensable ser inteligente y hermosa. ¿De qué sirve un rostro bellísimo si de sus labios no salen palabras sensatas? Una geisha debía entender de todo un poco: desde la política a la ciencia, de la filosofía al arte:

—Tal vez ignore usted la traducción literal de geisha. *Gei* significa «persona», y *sha* significa «cultura». Así, pues, una geisha es una persona de cultura antes de convertirse en un objeto de placer.

Pero ¿qué placer? Su vida sentimental es escasa. Mientras estudia en la escuela está dedicada por entero a sus lecciones desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde; después de las seis se le concede media hora de permiso para ir de paseo al jardín. De noche duerme en una habitación individual, y vela su sueño un vigilante incorruptible.

Cuando más tarde encuentra trabajo en una casa de té, difícilmente se deja arrastrar a aventuras amorosas. El cincuenta por ciento de las geishas no ha tenido nunca un amante ni lo tendrá jamás. Algunas están completamente asexualizadas por una disciplina que acaba por convertirlas en seres insensibles a cualquier llamada de los instintos o del afecto. Otras sostienen que les produce excesiva fatiga entretener a los clientes sexualmente: este papel es exclusivo de las esposas. Algunas tienen un protector que las exhibe como nuestros millonarios exhiben a una real hembra o a una diva; pero estos casos son muy raros. Como igualmente raro es que se casen; no porque les resulte difícil encontrar quien las solicite sino porque no lo desean. Como geishas lo tienen todo: lujo, protección, respeto, hombres a su alrededor. De convertirse en esposas acabarían por tener que acatar los deberes de esposa. Y se aburrirían mucho más.

—De todas formas —concluyó mi acompañante—, no puede comprender a las geishas en una simple visita a la escuela. Es preciso que pase una velada con ellas. Si lo desea, yo me ocuparé de ello y le reservaré un precio especial. Le aseguro que será una velada inolvidable.

Desde luego no quería perderme aquella ocasión. ¿Cómo renunciar a algo inolvidable? Duilio no cabía en sí de gozo: ahora sí que tendría algo que contar a sus amigos o a las chicas reacias.

Aquella misma noche, acompañada de Chas y de Duilio, me trasladé a la más

célebre casa de té de todo Japón.

La cita era a las siete, y se recomendaba la puntualidad más escrupulosa, para no ofender a las geishas. La casa de té era de madera, y a través de las paredes llegaba hasta nosotros el rumor de risas sofocadas, pasos cautelosos, bisbiseos. Mis amigos estaban muy excitados; hasta Chas, que de ordinario no se deja seducir por nada. Pero el pobrecito jamás había estado en esta casa de té: costaba demasiado.

La dueña de la casa, que era una anciana vestida con gran suntuosidad, nos esperaba en el umbral, y por un instante sus picaros ojillos me miraron fijamente con cierta complicidad. Debí parecerle una mujer muy extraña..., ¿cómo decirlo?... fuera de lo normal, puesto que acudía a una casa de té. Pero al punto sus facciones denotaron cierta indulgencia, como si quisiera decirme: «Tranquilízate; yo no cuento nada a nadie».

Nos descalzamos antes de entrar y la dueña de la casa nos condujo al primer piso, donde nos dejó a solas durante media hora.

La sala de espera era un saloncito moderno: con butacas, gramófono y televisor. Entró una muchacha con tres esponjas humeantes para que nos laváramos las manos y la cara. Luego se fue, y no sucedió nada de particular hasta que compareció de nuevo la dueña de la casa y nos introdujo en el comedor. Era amplio, con la acostumbrada mesita baja en el medio, cuatro almohadones con respaldo de hierro y nada más. No había ninguna geisha, pero mirándonos con aquella odiosa complicidad nos dijo que a cada uno de nosotros nos esperaba una geisha y que llegarían de un momento a otro. Estaban dándose los últimos toques de maquillaje.

—Seguramente será del agrado de la honorable forastera —me dijo con leve voz la dueña de la casa de té— saber que, para merecer su simpatía, las geishas han tomado el baño tres veces seguidas, luego se han depilado hasta el último pelo, y finalmente se han colocado siete quimonos debajo del principal.

Mi asombro fue aún mayor cuando Chas explicó a Duilio que la indumentaria de una geisha comprende además tres chupas y tres pares de calzas largas hasta las rodillas.

Nos arrellanamos en los cojines, cada vez más preocupados. Pronto se abrió una mampara con un crujir de cartulinas para dar paso a la primera geisha, que se arrodilló ante nosotros hasta tocar el suelo con la frente.

Al levantarse vimos que era una niña minúscula, que no aparentaba más de quince o de dieciséis años. Su cuerpo embutido dentro de un quimono rojo y anaranjado carecía de curvas, y su rostro ovalado estaba embadurnado de laca blanca que daba a su expresión de muñeca una palidez cadavérica. Su boca estaba teñida de rojo, pero de un modo harto curioso: para hacerla parecer más pequeña, los bordes de los labios estaban pintados de blanco. Las cejas habían sido afeitadas por completo, y sobre la exagerada peluca se bamboleaban flores de papel y colgantes de hojalata. La peluca debía de darle demasiado calor, porque por las sienas le fluía un hilillo de sudor que dejaba un surco en la laca y parecía una lágrima alargada.

La geisha no pronunció palabra. Nos miró con frialdad y luego fue a colocarse junto a Chas, que evidentemente era quien más le agradaba. Permaneció con la cabeza rígida, las manos cruzadas sobre la falda, observando su corbata y mis pendientes. Parecía que no hubiese visto jamás una corbata o un par de pendientes; mas quizás intentaba solamente comprender quiénes éramos, antes de comprometerse con frases desgraciadas. Pero no se comprometió con frases desgraciadas. Después de algunos minutos, que a nosotros nos parecieron una eternidad, anunció con vozecita semejante al piar de un pajarillo que se llamaba Tokiko, para nuestro placer. Entonces, al abrir la boca, aparecieron sus dientes: larguísimos y amarillos, según la moda que obliga a las geishas a teñirlos continuamente de negro para que asuman «el color del sol».

Después llegó la otra geisha.

Ésta era mayor y verdaderamente feúcha. Era gruesa, con los dientes aún más amarillos, y el rostro picado de viruela pintado de ocre. Tenía una gran nariz, muy brillante, sobre la que pasaba mecánicamente una borla con polvos de arroz, que luego guardaba en el *obi*.

Esta geisha era el reverso de la medalla de la primera, tan silenciosa, y no hacía más que reír abriendo desmesuradamente su boca. Entre risa y risa declaró llamarse Toshiko, para nuestro placer. Luego se colocó junto a Duilio, que puso cara de desconsuelo.

La tercera era una geisha que no parecía una geisha. Su rostro aparecía recién lavado, sin polvos de arroz ni carmín en los labios, y con el cabello cortísimo: se asemejaba a un muchacho. Tenía ojos europeos, con una cicatriz minúscula en el ángulo donde el bisturí se había hundido, y una expresión dura y desdeñosa.

Se inclinó, pero dando a entender lo mucho que le fastidiaba. Carecía de toda gracia femenina, y, a pesar de que el quimono azul envolvía un cuerpo indudablemente de mujer, había en ella algo que me preocupaba bastante. ¡Maldita patrona! Precisamente había escogido ésta para mí.

Mi geisha se llamaba Nanako, y dijo haber elegido este nombre por simpatía con Nana, la heroína de Zola. Leía muchas novelas francesas y su autor preferido era Zola, aunque conocía también a Gide, Flaubert y Stendhal; también había leído algún autor inglés.

—¿Conoce el *Pozo de soledad*? ¡Oh! ¿No?

El hecho de que llegase la cena me pareció nuestra salvación. Me arrojé sobre los cangrejos ahogados en una salsa de crema color caramelo, detestable plato que ni siquiera muerta de hambre habría osado probar, como si fuera el manjar más exquisito del mundo.

Entretanto Tokiko continuaba en silencio, como si le hubieran cortado las cuerdas vocales. Toshiko proseguía riendo sin ton ni son. Nanako hablaba sin cesar. Quizás había comprendido el equívoco y procuraba amansar mi cólera, o tal vez era sólo inteligente y trataba de hacerse útil. Me explicó que su oficio resultaba bastante

fatigoso: era preciso estar dispuestas a cualquier hora del día y de la noche, cuando un cliente llamaba, y por esto las geishas se habían reunido en un sindicato cuyo presidente era ella. En la actualidad había en curso una campaña para pedir que se establecieran pensiones de invalidez y de vejez para las que hubieran cumplido los cuarenta y cinco años de edad; después exigirían otras reformas, como la caja del seguro de enfermedad.

—Estamos dispuestas a luchar hasta en el Parlamento, y si fuera necesario ordenaríamos la huelga. Verdaderamente la huelga no es aconsejable, porque plantea innumerables problemas.

Nanako hablaba un inglés excelente, y Duilio trataba desesperadamente de arrebatármela: su anormalidad —explicó— le servía de excitante. Pero todo resultó inútil: Nanako me era insoportablemente fiel y no se apartaba de mí ni un milímetro.

Duilio se vio obligado a dirigirse a Tokiko, a quien dijo, con ayuda de Chas, que debía acompañarle abajo, donde había dejado su Leica. Tokiko, obediente, se levantó y juntos salieron en busca de la Leica. Cuando Duilio regresó, su rostro estaba morado. Había tratado de besarla, me explicó; pero ella se quedaba inmóvil como una estatua de yeso: ¿qué gusto puede encontrarse en besar una estatua de yeso? La laca de su cara era hielo. Había intentado abrazarla; pero no había palpado otra cosa que trapos. ¿Acaso era una muñeca de trapo con la cabeza de yeso? Estaba desolado, y para consolarse comenzó a comer.

¡Dios mío, lo que comimos aquel día! Yo, porque así evitaba las caricias de Nanako; Chas y Duilio, porque no tenían nada más que hacer. Además las tres parecían muy preocupadas en alimentarnos más de lo preciso. No hacían otra cosa que llenar de *saki* nuestras tacitas, y a menudo metían los palillos de madera en nuestros platos, empapuzándonos como se suele hacer con los niños o con los soldados que en la guerra han quedado inválidos de ambas manos.

Toshiko pareció muy sorprendida cuando Duilio le dijo que no era de su agrado el que le dieran la comida.

—¡Pero si los millonarios y los ministros —repuso Toshiko, soltando su acostumbrada carcajada ruidosa— encuentran un gusto infinito en comer así, y permanecen toda la noche con las manos sobre las rodillas, sin moverlas ni para beber el *saki*!

Finalmente se acabó la cena y volvió a asaltarme el terror. ¿Qué sucedería ahora?

Nada. Tranquilizaos. No sucedería nada. Todo cuanto ocurre es puro formulismo. Nada más casto que una velada junto a las geishas.

Cuando ya no quedaba nada de comida, ni una fresa, Toshiko nos preguntó si nos gustaría distraernos con algún juego.

Consistía un juego en batir palmas mientras Toshiko decía:

—¡Un, dos, tres!

Nos pareció bastante cretino y renunciábamos en seguida.

Otro juego consistía en caminar a cuatro patas, ladrando como perros, mientras

Toshiko decía:

—¡Miau!

Nadie quiso saber nada en absoluto.

El tercer juego consistía en recoger unas habichuelas de un plato y alinearlas con los palillos de madera en otro plato. Vencería quien lo efectuara con mayor rapidez.

Como Toshiko parecía mortificada por nuestro continuo descontento, aceptamos el juego de las habichuelas, que fueron alineándose tristemente de un plato a otro, y luego de éste al primero.

Yo te doy una habichuela a ti, tú me das una habichuela a mí: la velada transcurría dentro del aburrimiento más apocalíptico. Chas me miraba con llamaradas de odio en sus pupilas. Durante treinta y dos años, todos los que tenía, había logrado evitar a las geishas, y ahora por mi culpa se veía obligado a sufrirlas. Duilio tenía la boca desencajada de la cantidad increíble de bostezos que lanzaba, y me decía por lo bajo que jamás se había sentido tan aplanado como aquella noche.

—¡Otra habichuela más y me desmayo! —exclamó en italiano.

Yo, por mi parte, cada vez estaba más perpleja. Justo era reconocer que las geishas eran muy lindas con aquellos movimientos tan mimosos. Hasta Nanako, convencida al fin de que la dueña de la casa de té se había equivocado respecto a mí, tenía una gracia indiscutible. Pero el sudor causado por los siete quimonos y por la peluca comenzaba a quitarle el aliento y a provocar estragos en su maquillaje.

Por más que me esforzara en comprender aquel mundo hecho de silencios, leves necedades, refinamientos invisibles, no lograba comprender su encanto.

Y esto no me sucedía solamente a mí porque era una mujer: les ocurría también a Chas, que es oriental, y a Duilio, que había acudido con la mejor disposición.

Nos levantamos para irnos; pero Tokiko y Toshiko, que temían no haber cumplido suficientemente con su deber, nos suplicaron encarecidamente que permaneciéramos aún algo más para verlas danzar.

Entonces, teniendo como fondo la suave melodía de un instrumento oculto, tras la pared de papel, se inició una extraña liturgia en que la única sensación de vida venía dada por el chasquido de los abanicos.

Mientras danzaban, Tokiko y Toshiko aparecían verdaderamente bellas. Se comprendía que tras cada movimiento de dedos había un significado simbólico, el aprendizaje riguroso de varios años.

Pero nosotros no participábamos en aquel sublime rito. Parecía como si cada una de ellas bailara ante un espejo, ignorante de nuestra presencia, y a mi mente acudía la definición del escritor William Demby: «Una geisha baila cual si estuviera enamorada de sí misma, y no logra exteriorizar todo el amor que la sacia de sí misma».

Nuestro aburrimiento se fue tiñendo de melancolía saturada de soledad. Nos despedimos, mientras Tokiko, Toshiko y Nanako nos suplicaban incesantemente que volviéramos cuanto antes a su lado, porque no podrían resistir durante mucho tiempo

nuestra ausencia.

Con nuestra mejor mala fe les prometimos regresar lo antes posible, pues tampoco nosotros podríamos resistir largo tiempo sin verlas.

Con un suspiro de alivio nos calzamos los zapatos, pedimos la cuenta, y de pronto la sensación de vacío que durante dos horas habíamos sufrido desapareció totalmente. Por dos horas de irritación y bostezos se nos exigía, aplicando un descuento especial, la enorme suma de veintisiete mil yens, equivalentes a cinco mil cuatrocientas pesetas: el precio de un quintal de habichuelas gigantes.

El regreso a Tokio fue menos exaltado. Viajamos de noche, y la bella campiña japonesa nos sirvió de consuelo. En Tokio hicimos apresuradamente las maletas: nos esperaban las islas Hawai. El rostro gentil de Chas June sería el último rostro oriental que veríamos.

Pensé que quizá no habíamos comprendido bastante a aquellas mujeres un tanto misteriosas, porque no habíamos comprendido lo suficiente a sus hombres. Tal vez sus hombres eran demasiado fríos, demasiado exigentes, demasiado incapaces de sentir emociones, para que ellas lograran ser perfectas, como dice el proverbio.

Pero cuando el altavoz anunció que nuestro avión estaba a punto de partir y que era preciso ir a la pista, me volví a saludar a Chas, que permanecía en el recinto del público. Y Chas, aquel gran cínico, sin mover un músculo, sin un parpadeo, lloraba...

VI

El avión descendía sobre las islas del lúpulo y las orquídeas, donde viven las mujeres más nuevas del mundo, que tiempo atrás eran también las más libres y las más felices.

El océano Pacífico nos rodeaba como un estanque de agua sin principio ni fin. En la parte opuesta del globo terrestre estaba Europa.

Las islas Hawai están muy lejos: perdidas como briznas de hierba en la inmensidad del gran mar vacío. Y sin embargo teníamos la sensación de haber regresado a casa, de estar mucho más cerca de nuestro país que cuando visitamos la India, Japón, Malaca. Desde las ventanillas del fuselaje se nos mostraba el paisaje como algo familiar. Se veían cocoteros, es cierto, y cactus, y cafetales. Pero aquel puerto que se veía allá al fondo era Pearl Harbour, y las manchitas blancas contra las que chocaban las olas levantando montañas de espuma eran letreros del U. S. Army con la inscripción: «Keep Out» («Prohibida la entrada»). Y los *bungalows* con piscinas dignas de Hollywood, y los vistosos automóviles de absurdos colores, y la bandera de Estados Unidos de América que ondeaba al viento en la pista de Honolulu, todo esto estaba allí para recordarnos que las islas Hawai son el quincuagésimo Estado de Norteamérica, y que el ciclo de nuestro viaje había concluido.

Las mujeres que hace siglos y siglos habitaban estas briznas de hierba perdidas en la inmensidad de este gran mar vacío eran mujeres de raza intacta y sin pecado. Ignoraban tabúes y enfermedades, e iban desnudas al sol, ofreciendo a ojos puros sus cuerpos bruñidos y morenos, sus sólidos senos, sus rostros imperiosos de ojos grandes y redondos, sus cabellos más negros que el azabache.

Pero luego llegaron los exploradores como James Cook, y los misioneros protestantes, y los aventureros que te roban la tierra ofreciéndote a cambio un trozo de papel, gente de todo país y condición. Y desde entonces las mujeres en cuya búsqueda llegábamos nosotros ya no iban desnudas al sol. Vestían una especie de camisón de noche, llamado *muu-muu*, con el cuello y los puños cerrados, largo hasta los pies, y tan ancho que ocultaba por completo las formas: éste era el vestido que las esposas de los misioneros protestantes les impusieron junto con la idea del pecado y del castigo divino.

Ya no pertenecían a una raza intacta. Tenían todos los matices de piel, todos los colores de cabello, todas las formas de ojos, puesto que únicamente el dieciséis coma tres por ciento de las hawaianas son de origen polinesio. El treinta y nueve coma nueve por ciento son japonesas; el doce coma dos por ciento, filipinas; el seis coma cinco por ciento, chinas; el uno coma nueve, portorriqueñas; el uno coma cuatro, coreanas; el veintitrés coma cuatro, caucásicas: es decir, inglesas, francesas, portuguesas, suecas, españolas, alemanas, italianas, como los marineros y los aventureros que poseyeron a sus bisabuelas. En realidad sus padres se hallan

esparcidos por los rincones más remotos de la tierra. Por eso, cuando en las islas Hawai tienen lugar los concursos de belleza, no se puede elegir una sola Miss; hay que elegir siete: una por cada raza, más una cosmopolita.

Todo esto estaba escrito en un opúsculo que me había dado la azafata, y era la única noticia precisa sobre las hawaianas, que por lo demás eran proclamadas como las mujeres más seductoras del mundo, siempre alegres, con una flor de lúpulo en la oreja: según el retrato trivial que nos ofrecieron las películas de Dorothy Lamour y los relatos lascivos de los Mares del Sur.

Me apresuré a informar de todo esto a Duilio, cuyo rostro expresó gran satisfacción.

—¡Esto sí que es un país! —exclamó, sonriendo feliz.

Nos dirigimos hacia unos fluorescentes; teníamos la sensación de estar de vacaciones. ¿No lo decía así el letrero formado con pétalos auténticos: «Bien venidos a las islas Hawai, paraíso de las vacaciones»? Todo tenía un aspecto tan negligente, tan cordial...

A la salida del aeropuerto nos esperaba el enviado del Hawaiian Visitors Bureau (Oficina Turística Hawaiana): símbolo de la eficiencia organizadora de Estados Unidos de América. Se llamaba Big Bill y era un polinesio negro e inmenso, con una inmensa camisa estampada con flores de color de rosa y naranja, y un inmenso automóvil con doce inútiles asientos.

Gritó con voz estentórea:

—¡*Aloha*, gente!

Y al punto nos colocó un collar de flores cuyo perfume producía una jaqueca soñolienta.

Después nos explicó que a causa de los horarios fundidos habíamos ganado un día de vida, como Phileas Fogg.

Convencido de que éramos unos ignorantes, incluso nos explicó que la isla donde habíamos desembarcado no era Hawai, la cual da nombre al archipiélago porque es la mayor. Ésta era Ohau, y Honolulu es la capital de Ohau. Las otras islas se llaman Kauai, Niihau, Molokai, Maui, y así sucesivamente nos citó todos los nombres.

Big Bill nos refirió que él había nacido en Kauai, y era pescador; pero después de Pearl Harbour dejó de pescar y se trasladó a Honolulu, donde había aprendido el inglés. En aquel entonces Honolulu era un gran pueblo con casas de madera, y la playa de Waikiki era roja porque las olas arrojaban quintales de coral desmenuzado. Las piscinas no existían aún.

Después todo cambió. Los del ejército construyeron primero una piscina para los soldados, luego un rascacielos para los soldados, y finalmente los soldados regresaron a sus casas y comenzaron a contar que Honolulu era muy hermosa. La gente empezó a llegar y entre todos arruinaron Honolulu. El coral de la playa de Waikiki hería los pies de la gente que iba allí a broncearse; así que decidieron arrojar camiones y camiones de arena fina hasta cubrir por completo todo el coral. Ahora la playa es gris.

¿Nos imaginábamos que Honolulu fuera de aquella manera?

—¡Claro que no! —dijimos a coro—. Pero si parece que estemos en Miami, Florida; o en Long Beach, California.

Big Bill nos condujo a lo largo de una magnífica calle asfaltada, repleta de carteles publicitarios, desde los que el abogado Herbert C. Cornuelle, presidente de la Pineapple Company, nos sonreía coronado con un penacho de ananás de plástico: grande como la cúpula de una catedral.

Odiosos millonarios en camisa hawaiana acompañados de odiosas millonarias vestidas con el *muu-muu* se fotografiaban entre sí y a los ananás de plástico.

A cada paso nos deslumbraban los rótulos de los moteles, de los *snack bar*, de los hoteles. La playa de Waikiki hervía de turistas en traje de baño, como Coney Island en agosto.

—Hasta hace veinte años —decía Big Bill— la principal riqueza del archipiélago procedía de los ananás, la caña de azúcar y el café; en la actualidad la industria más floreciente es la turística. Cada año vienen ciento cincuenta mil turistas a las islas Hawai. El beneficio neto asciende a noventa millones de dólares. Únicamente las orquídeas pueden competir hoy día con los turistas. Cada año Estados Unidos importa cincuenta millones de orquídeas. Naturalmente no bastan las que nacen espontáneamente en la jungla; aparte que debemos decir, en honor a la verdad, que cada vez queda menos jungla. Por tanto las orquídeas proceden de los cultivos de los campos, igual que las patatas y los guisantes; cuando se utilizan para tejer collares, ni siquiera se cogen con tallo. Las operarias, que trabajan a destajo, arrancan las corolas y nada más. Y las amontonan en recipientes de aluminio, sin orden ni concierto, como si de verdad fueran patatas o guisantes.

Big Bill hablaba lentamente, sacudiendo resignado la cabeza. Entretanto yo contemplaba a aquellas mujeres con el *muu-muu* que cuando se ciñe a la cintura y es escotado se llama *holo-muu*; cuando carece de mangas y tiene el cuello como el *cheong sam* se llama *pake-muu*. De cualquier modo resulta siempre el vestido más estúpido y feo que pueda existir en el mundo: incómodo, además, porque traba las piernas; y no se comprende que puedan utilizarlo aún mujeres modernas.

De no haber sido por ese vestido estúpido y feo, y por las estadísticas que leí en el opúsculo, jamás hubiera creído que aquellas mujeres fueran verdaderas hawaianas: unas tenían el rostro amarillo; otras, blanco; otras, negro. Lo comenté con Big Bill, quien lanzó un profundo suspiro y me dijo:

—Mire, gente: tiempo atrás este mar rebosaba peces. Ahora ya no hay peces. ¿Adónde han ido los peces?, me pregunto yo. Tiempo atrás este cielo bullía de pájaros. Ahora ya no hay pájaros. ¿Adónde han ido los pájaros?, me pregunto. Las verdaderas mujeres hawaianas ya no existen: como los peces y los pájaros.

—¿Por qué, Big Bill?

—No lo sé; no es sólo cuestión de raza. El hecho de que entre nosotros se hayan mezclado todas las razas resulta simpático. Aquí entre nosotros no existe ni sombra

de segregación. Es cuestión de vida. Antes eran alegres, hacían el amor sin vergüenza, parían hijos fuera del matrimonio y esto era motivo de orgullo: porque sólo así podía un hombre estar seguro de que se casaba con una mujer fecunda. Eran obedientes e ignoraban los celos. Ahora son melancólicas y no puedes tocarlas ni cuando el párroco te ha dado la bendición. Tratan al marido como si fuera un esclavo y por cualquier nimiedad amenazan con pedir el divorcio. Y además te obligan a hacer régimen, porque en Norteamérica se acostumbra así. Míreme: yo pesaba ciento setenta kilos cuando aquella bruja de mujer no me impedía beber cerveza; me bebía un cajón de cervezas al día. Ahora sólo peso ciento diez, y ya no me divierte vivir. Tampoco a nuestras mujeres, ¿sabe?, les divierte vivir. Ni a los peces, ni a los pájaros. Tal vez por esto han huido de aquí.

Sí, se han ido junto con las mujeres que Stevenson y los viajeros del siglo XIX describieron con tanto entusiasmo. Y desde que en el trono de oro y terciopelo del palacio Iolani, donde la reina Emma se sentaba al lado del rey Kamehameha, se sienta un gobernador que habla con insoportable acento yanqui, se ha perdido para siempre la esperanza de encontrarlas de nuevo.

Por la tarde fuimos al Poblado Hawaiano, que el ayuntamiento construyó en el corazón de la ciudad con el mismo criterio de Disneylandia. Nos habían asegurado que aquí aún se podían ver muchachas bailando el hula-hula con faldita de rafia. Pero todo lo que encontramos fue el Hula Camera Show, organizado por la Kodak para quien desee fotografiar a las muchachas, después de haber comprado la película Kodak; también tenía lugar una lección gratuita de hula, ofrecida por una empresa de cosmética.

La lección se desarrollaba en un tablado al aire libre. Había un gramófono que tocaba una música lánguida, y una morenita con faldita de nilón. La morenita movía las caderas e invitaba a las turistas a subir. Alguna subía, casi siempre viejas con cabellos de color morado y el busto oprimido por la coraza elástica: el espectáculo era deprimente.

En el mismo tablado, a las nueve de la noche, había un concurso público de hula, y las participantes podían adquirir las falditas de nilón con el descuento del diez por ciento.

La mayoría prefería ir a un club nocturno, donde al menos las bailarinas eran profesionales. También fuimos nosotros. El club nocturno era como cualquier club nocturno norteamericano. Las bailarinas son muchachas decididas que durante el día estudian bacteriología o matemáticas en la Universidad de Honolulu; de este modo tratan de costearse los estudios. La mayor parte de ellas ni siquiera son hawaianas; llegan de San Francisco, Los Ángeles, o, sin ir más lejos, de Tahití. Ignoran incluso el significado de aquellos movimientos, que por otra parte realizan con singular aburrimiento, a despecho.

La única hawaiana verdadera que podía encontrar en Honolulu —me dijo Big Bill— tenía setenta y dos años y vivía en el museo. Se llamaba Mary Kawena Pukui. En

el museo redactaba el único vocabulario que existe del polinesio al inglés.

Verdaderamente resultaba gracioso haber recorrido tantos miles de kilómetros para dar con una vieja en un museo. Sin embargo, por la mañana tempranito nos fuimos al museo. Y adquirimos nuestra entrada para tener acceso al salón donde se nos mostraba cuanto quedaba de un paraíso perdido.

En el centro del salón había una cabaña de madera con una polinesia también de madera que nos miraba fijamente con ojos de cristal, y una muchacha de verdad que entrelazaba para los visitantes hojas de palma para tejer una estera, que inmediatamente volvía a deshacer para tejerla de nuevo. Colgada del techo había una ballena partida por la mitad, que, según indicaba la guía, era conocida por Moby Dick. La ballena parecía de yeso y hedía a mejunjes medicinales. Según explicaba la guía, cada día un médico de la Oficina de Sanidad le ponía una inyección de formalina, para conservarla lo más posible.

Idéntico hedor a medicinas venía de las vitrinas de cristal donde permanecen encerrados los peces hawaianos, moscas hawaianas, serpientes hawaianas; y hasta el corazón de un hawaiano, que es un corazón idéntico a cualquier otro corazón, tal vez un poco mayor.

Había también las estatuas de cera de las reinas hawaianas, tres o cuatro canoas hechas con troncos de árboles de la isla; pero también éstas hedían a medicina: como si la vida y la muerte hubieran sido colocadas allí bajo un mismo espíritu.

Por las paredes había diversas fotografías de los misioneros y de las misioneras que durante largos años habían afrontado, solos, sacrificios e intemperie: con la única finalidad de confinar un mundo puro y feliz dentro de un hediondo museo. Los hombres tenían rostros exangües, cuellos duros, bigotes fatuos como Hiram Bingham; o barbas blancas y crueles narices como Asa Thurston. Las mujeres tenían ojos celosos, labios malignos y cabellos tirantes como Laura Judd, la inventora del *muu-muu*.

La guía explicaba que a aquellas personas se debe el que las hawaianas estén hoy día rodeadas de gran respeto: antes que Laura Judd, Hiram Bingham y Asa Thurston desembarcaran con la Biblia en alto, las hawaianas vivían una vida vergonzosa e inmoral. Una vez al año participaban en un inmundo festín llamado el Festín de la Fecundidad, en el curso del cual se cambiaban mujer y marido. Cuando un viajero llegaba a una casa, el marido le cedía la esposa en señal de hospitalidad.

También se veían fotografías de James Cook, el hombre que descubrió las islas Hawai, y que en 1779 pagó con la vida su descubrimiento: fue muerto por los nativos en el curso de una batalla.

Finalmente había fotografías de los aventureros europeos que después de la muerte de Cook lograron comprar casi todas las islas. Las compraban por una botella de ron o una barca. Y los nativos las cedían diciendo que los blancos eran muy estúpidos. ¿Cómo puede comprarse la tierra que está bajo nuestros pies, y no puede llevarse consigo como una botella de ron o una barca?

Todos fueron firmando los contratos sin la menor sospecha. Pero un buen día los blancos comenzaron a tomar posesión de la tierra aireando los contratos, y la mayoría de los nativos enloquecieron de dolor; otros enfermaron.

Los nuevos amos trajeron también el virus de la tuberculosis y el de la sífilis como compañeros inseparables de su astucia. Por aquellos años las mujeres fueron diezmadas de forma terrible.

El relato que la guía iba desgranando con voz monótona aumentaba el olor de muerte. Tal vez por esto Mary Kawena Pukui, la última hawaiana verdadera de Honolulu, me pareció el único ser vivo.

Nos esperaba en su estudio. Apareció ante nosotros negra y gigantesca, como Big Bill, apenas suavizada por el *muu-muu* verde y amarillo, con una gran flor de lúpulo a guisa de sombrero sobre sus cabellos de plata, y con afable sonrisa en la dulce boca desdentada.

Mary Kawena Pukui no había heredado nada de su padre, un blanco del Estado de Massachusetts, que muchos años atrás se retiró a vivir allí y construyó su vivienda sobre una colina de la isla Hawai. Para saludarme se puso a bailar el hula, y ni siquiera lograba estar grotesca cuando movía aquel corpachón, porque en ella la danza se convertía en plegaria.

—Esto quiere decir «te amo» —decía Mary Kawena, cruzando los brazos sobre el pecho y agitando los dedos.

—Esto significa «niño» —susurraba, meciendo los brazos como si estuviera durmiendo a un niño.

—Esto representa un árbol —murmuraba, irguiéndose hacia el cielo.

Así comprendí lo que es el hula: no un incesante movimiento descoyuntado de caderas, tal como había presenciado en el poblado hawaiano, sino un lenguaje femenino y fantástico que mediante gestos relata una historia, con un trasfondo de música lenta.

—Han construido rascacielos en el sitio donde hicieron desaparecer los árboles; han matado el hula y han destruido nuestra lengua.

Mary Kawena me miró severa, y añadió:

—En hawaiano los niños se llaman flores, la cólera es el mar tempestuoso, la lluvia es una frescura de pétalos. Pero estos imbéciles prefieren decir *children*, *anger* y *rain*.

Dio un puñetazo tremendo sobre la pila de libros que había en la mesa.

—¿De qué sirve que yo escriba libros, encerrada en este museo? ¿De qué sirve que trate de conservar en espíritu un corazón humano y media ballena? De noche yo sueño que aún soy niña y vivo en el monte, y que mi madre sale de caza y mi padre prepara el *luau*. Una vez al año nos amábamos todos, cuando celebrábamos el *machahichi*, y las criaturas más hermosas nacían precisamente después del *machahichi*. Hoy día *machahichi* no es más que una palabrota; a quien la pronuncie se le impone una multa. ¿Por qué? Para mí son palabrotas el progreso, la

emancipación. Entonces los hombres nos respetaban; ahora nos temen. Entonces nos querían; ahora nos toleran. Todos éramos iguales, hombres y mujeres, con los mismos derechos, con los mismos deberes. Hoy, a fuerza de pregonar la igualdad, hemos llegado a ser distintos. ¡Oh, bien sé yo lo que tú vas buscando, niña mía! Pero no lograrás encontrarlo. Hallarás mujeres simpáticas: más simpáticas quizá que las que hasta ahora encontraste. Hallarás mujeres nuevas: más nuevas tal vez que las que viste hasta ahora. Pero no encontrarás las mujeres libres y felices, porque ya no existen.

Como es natural, no creí a Mary Kawena Pukui. La gente —pensé para mis adentros— siempre se comporta así. Añora el pasado como si el pasado equivaliera al concepto del bien, y odia el presente como si el presente constituyera la síntesis del concepto del mal; ignorando deliberadamente que en el pasado se comportaban exactamente lo mismo. No me cabía la menor duda de que aquellas lamentaciones eran necias; además Big Bill sostenía que era preciso tener paciencia: para encontrar a las verdaderas mujeres hawaianas había que visitar todas las islas. En las otras no estaba todo tan muerto como en Hawai. Por tanto decidimos darnos una vuelta por las islas.

Entre Ohau y Kauai sólo hay media hora de avión. Big Bill decidió por tanto comenzar por Kauai, donde la jungla llega hasta la playa negra de lava, y las cascadas de agua se precipitan desde las montañas tapizadas de verdor, y las orquídeas son tan enormes que, al romper una hoja, mana un líquido denso como gelatina.

En Kauai vivía Bernice Laniuma Hundley, llamada tía Bernice. Ex dama de compañía de la reina Emma, última princesa del archipiélago, era designada por el Hawaiian Visitors Bureau como un monumento nacional o una especialidad culinaria. Había cumplido ya los noventa años, y vivía en una casita blanca de madera en la cima de la colina: no dentro de un museo.

Por tal motivo héteme aquí ante tía Bernice, que está sentada en una mecedora en la terraza, con su cuerpo reseco enfundado en el consabido *muu-muu*. Pero no se asemejaba lo más mínimo a un personaje de Stevenson; más bien la hubierais tomado por la heroína de una balada de *cow-boys*.

—¡Oh, Italia, Italia! —exclamó tía Bernice, rebuscando en su memoria empañada el recuerdo de un país que así se llamase.

Al mirarla acudía a mi mente Clelia Garibaldi, cuando fui a su encuentro en Caprera, y no había en la isla ser viviente a excepción de ella, dos pastores con sus rebaños, y la tumba de su padre... Pero un buen día llegaron los turistas, invadieron el pinar y las playas, y fue tan grande su pena que su cerebro acabó por perder la lucidez. La única diferencia entre las dos viejas era que tras Clelia Garibaldi había una raza cansada, calentada con termosifón; tras tía Bernice hay una raza robusta, alimentada de sol. De pronto se despertaron sus recuerdos.

—¿Cómo están los *bersaglieri*?

—Bien, gracias —contesté—. ¿Y usted cómo está?

—Preocupada por el tifón. Desde hace años estoy rezando para que descargue sobre el aeropuerto; pero cada vez que llega azota despiadadamente mi techo.

—¿Para qué debería descargar el tifón sobre el aeropuerto?

—Para que la gente como usted no venga aquí a molestarme. Yo no soy ninguna estantigua para mostrar a los curiosos, como hacen con Moby Dick.

—Lo siento —balbucí.

E hice ademán de retirarme.

—¡No sea idiota! —me gritó tía Bernice, obligándome con un empujón a sentarme—. Ahora ya está aquí: es igual que se quede. ¿Qué desea de mí?

Se lo dije, cada vez más cohibida.

—Tonterías. Hubiera salido ganando si hace vuelo directo a Nueva York sin escalas. Pero usted es tan boba que me entran ganas de ayudarla. Telefonaré a Gladys Brandt.

—¿Y quién es Gladys Brandt?

—Una hawaiana de quien puede aprender algo interesante. ¿Para qué ir en busca de viejas momias como yo y Mary Kawena Pukui? Ya no representamos nada. Vaya en busca de las jóvenes, pequeña idiota.

Me insultaba para ayudarme, no para ofenderme. Además ya me había advertido Big Bill que las verdaderas hawaianas son así: locas, insolentes y sin freno. Cuando tienen ganas de insultar insultan. Cuando les apetece reír ríen. Pero en el fondo son buenas y generosas como pocas.

Dejamos a tía Bernice, ronca de tanto reír, y emprendimos aquel absurdo peregrinaje que nos producía cada vez mayor descontento.

Gladys Brandt dirigía la escuela de Liihau. Era una atrayente mujer que vestía un elegante traje sastre, de nariz levemente roma, característica de la raza, dientes fuertes y blanquísimos, y mirada de profesional tras los lentes.

A pesar de su nombre y apellido europeo, regalo de cualquier misionero protestante a un bisabuelo suyo, no corría ni una gota de sangre extranjera por su cuerpo robusto. Hasta cumplir los dieciséis años había vivido en la jungla con su marido, con quien se casó a la edad de catorce. Ahora tenía treinta y ocho y ya era abuela.

Durante este tiempo las cosas habían cambiado totalmente. Gladys Brandt abandonó la jungla, se estableció en la ciudad, estudió y trocó sus ropas por un elegante traje sastre. Ahora era presidenta de la Cruz Roja de Kauai, y poco antes había sido elegida Mujer de Asuntos del Año de la Asociación para el Desarrollo económico de las islas Hawai.

—Supongo que no le extrañará —me dijo—. En la sociedad hawaiana las mujeres han gozado siempre de absoluta igualdad, tanto es así que la monarquía es hereditaria por línea masculina y femenina. En cuanto a mi escuela es igual a cualquier otra escuela norteamericana: con la bandera de Estados Unidos ondeando en la fachada. Si desea fotografiar a las alumnas en los rincones más bellos de la isla, puede hacerlo;

para mí será motivo de satisfacción, porque esto siempre incrementa el turismo.

Escogimos las alumnas que no pusieron reparo a vestir el *sarong*, pues según el reglamento municipal impuesto por el Hawaiian Visitors Bureau las muchachas de Kauai deben retratarse siempre en *sarong*. Y paciencia si el *sarong* no lo lleva nadie en las islas Hawai. La gente espera igual verlas en *sarong*.

Las llevamos a comer al Coconut Palms, el hotel de los millonarios más millonarios de Norteamérica, y esto las hizo felices, porque en el Coconut Palms se había alojado Rossano Brazzi cuando rodaba en Kauai *South Pacific*. Quisieron ver la habitación donde Rossano Brazzi había dormido.

—¿De veras conoce usted a ese seductor?... ¡Dios mío, qué suerte! ¿De veras ha estado en Hollywood?... ¡Qué estupendo!

Ellas no habían estado nunca en Norteamérica, pero todas soñaban con ir y triunfar. Las más audaces soñaban desde luego con establecerse en París y conocer a Sartre. Hablaban del existencialismo con gran soltura, y con la misma naturalidad posaban ante Duilio, que no cabía en sí de gozo y se agitaba en el colmo de la felicidad, cual gallito en un gallinero.

Todas estas muchachas tenían bellas facciones, cuerpos esbeltos, cabellos recién peinados por mano de peluquero, y en nada se asemejaban a las agresivas viejas que había visitado yo antes.

Priscila era de origen indio, y parecía una india. Betty Lou era de origen chino, y parecía una china. Florence era de origen negro, y parecía una negra. Jane era de origen portugués, y parecía una portuguesa.

Entonces comprendí para qué tía Bernice me había enviado a Gladys Brandt: para que Gladys Brandt me hiciera hablar con estas muchachas, que eran idénticas a todas las jóvenes norteamericanas de los otros cuarenta y nueve Estados de América y no tenían nada que decirme.

Cuando fuimos a la playa y encontramos a una pescadora polinesia amiga de Big Bill, las muchachas comenzaron a burlarse de ella. La pescadora tenía piernas rollizas y rasgos varoniles, como las estatuas de madera que se exhiben en el museo de Honolulu. Decía «pétalos de rosa» en vez de «lluvia», y «mar tempestuoso» en vez de «cólera». Jamás había querido aprender el inglés, y la única palabra que conocía en este idioma era su propio nombre: Lucy Maikai.

—¡Pobre Lucy! —exclamó Big Bill—. Se molesta porque esas cretinas se ríen de ella. Pero lo peor es que sus mismas hijas se le burlan: no le perdonan que continúe su vida. Las dos han huido a América: una está de maestra en Texas; la otra, de enfermera en San Francisco. De ellas solamente le ha quedado el retrato. Una vez la sorprendí mirando las fotos..., y lloraba en silencio.

Big Bill se dirigió a la pescadora.

—¡Aloha, Lucy Maikai!

—¡Aloha, Big Bill! —contestó Lucy Maikai—. Haole wainiki?

Quería saber si yo era una mujer blanca, que para ella quiere decir extranjera.

—*Haole wainiki* —dijo Big Bill.

—¡Uh! —comentó, con desprecio, Lucy Maikai.

Y se dirigió hacia un viejo automóvil destartalado.

—¡No me dirá que va a pescar en automóvil! —exclamé, desilusionada.

—Pues sí —repuso Big Bill.

No, tampoco en Kauai encontraría lo que tanto buscaba. Contemplé cómo se alejaba Lucy Maikai en su destartalado automóvil; y anuncié a Big Bill que al día siguiente iríamos a Kona, en la isla de Hawai.

En Kona me esperaban tres verdaderas hawaianas: Sadie Saymour, Fanny Kanaihao Martinson e Irma Hind Lillie. Aparentaban tener de cuarenta a cincuenta años, vestían el *muu-muu* y eran muy hospitalarias. Sadie había preparado un montón de bocadillos de salmón para merendar en la playa, y Fanny había sacado el jeep para conducirnos cómodamente por la isla. No acababan de comprender la razón de que hubiéramos ido por allí; creían que deseábamos conocer la isla. Así es que nos llevaron durante largo tiempo por los cafetales, nos mostraron el palacio de madera de una antigua reina, se dejaron retratar bajo un lauhala, un árbol inmenso con las hojas color de cielo, y nos regalaron bellos collares hechos de conchas y habichuelas.

Cuando finalmente les explicamos el objeto de nuestra búsqueda parecieron muy sorprendidas y aseguraron que no se sentían distintas a las demás norteamericanas de la provincia. La única diferencia consistía tal vez en el hecho de que sabían reír mejor y reían más a menudo: en el gran continente tienen aspecto preocupado, quizá porque el clima es malo.

—¿Y de qué viven? —les pregunté.

—¡Bah! Irma cría cerdos, Fanny cría caballos, Sadie cultiva café.

—¿No tienen marido?

—No; las tres estamos divorciadas: los hombres de hoy son tan difíciles que es preferible vivir solas.

—Muchas mujeres viven solas en esta isla. Hawai es la mayor concentración de solteras que existe en América. Algo no funciona aquí. Desde hace años emigran demasiados hombres.

—¿Y por qué emigran, Fanny? Aquí la tierra es rica. El clima es suave. Y además vosotras podríais emigrar con ellos.

Fanny arrugó la brillante nariz y miró de soslayo a Irma y a Sadie, como si les preguntara: «¿Debemos decírselo a ésta?».

—Mi marido se fue alegando que yo era intratable, y que todas las mujeres de este condenado archipiélago eran también intratables —explicó Irma, con una mueca.

—También el mío —susurró Fanny.

—También el mío —murmuró Sadie.

—¿Y es cierto? —pregunté.

—¡Oh, no! —repuso Sadie—. Desde luego somos algo modernas; pero ¿qué mal hay en ello? Los intratables son ellos. Pretenden que permanezcamos en casa como

nuestras bisabuelas, y por la noche están demasiado cansados para ocuparse de nosotras. Trabajan, trabajan sin cesar para ganar dinero; después ya no saben hacer el amor, y nosotras mujeres acabamos por pedir el divorcio. El progreso nos ha traído el divorcio. ¿Por qué no aprovechemos de él?

Y así se quedan solas: como los millares de mujeres que se ven en Chicago y en Nueva York.

No, tampoco en Hawai podía encontrar lo que tan ansiosamente buscaba; ni en Muai, ni en Molokai. Sólo me quedaba un sitio ahora: la isla de Niihau. Pero está terminantemente prohibido ir allí.

Niihau es la isla más pequeña del archipiélago. Allí viven solamente doscientos treinta y ocho habitantes de la más pura raza polinesia. La isla pertenece al señor Aylmer Robinson, que la heredó de su abuela, Elisa Mac Hutcheson Sinclair, una millonaria de Boston que en 1864 la compró al gobierno hawaiano por la irrisoria cantidad de diez mil dólares.

Allí —según aseguraba todo el mundo— los polinesios viven como hace cientos de años, el uso del dinero está prohibido, el comercio de licores y cigarrillos está vedado, las deudas se pagan con conchas y el medio ordinario de comunicación es el caballo, pero se monta sin silla.

En Niihau no hay escuelas, ni médicos, ni sacerdotes, ni policías, ni prostitutas, ni delincuentes, ni prisiones, ni enfermedades: en cincuenta años sólo ha habido un caso de úlcera. Tampoco hay servicio postal: quien se perece por enviar un mensaje lo confía a la patita de una paloma mensajera.

Y todo esto porque Aylmer Robinson, un viejo escorbútico y romántico, pretende mantener a los doscientos treinta y ocho polinesios alejados de las insidias de la vida moderna y conservar pura la raza. En efecto: ningún habitante de Niihau puede dejar la isla sin su permiso, y si la deja, nunca más puede volver. Y nadie puede ir a Niihau. La única forma de poner pie allí es naufragar frente a sus costas o el aterrizaje forzoso en paracaídas. Ninguno de estos dos medios es aconsejable. Durante el ataque a Pearl Harbour, un piloto japonés se lanzó en paracaídas; fue degollado como un cerdo. Una vez trató de ir allí un periodista, que permaneció escondido entre la vegetación durante tres días, observando la vida de los indígenas; pero cuando fue hallado hubo de intervenir Aylmer Robinson para que no perdiera la piel como el japonés.

Naturalmente el gobierno norteamericano está muy molesto y el procurador general de Honolulu viene discutiendo desde hace tiempo si el gobierno tiene o no derecho sobre la isla que, al formar parte del archipiélago, pertenece también al quincuagésimo Estado de Norteamérica. De vez en cuando la Casa Blanca ordena una inspección. Pero después la inspección no se lleva a cabo: resulta que el inspector cae enfermo o cambia de empleo. Aylmer Robinson es muy rico y sabe perfectamente cómo se puede detener a los curiosos.

El único que no se dejó sobornar por Aylmer Robinson fue el inspector del

distrito Clifton Ashford, recién terminada la guerra. Envió un indignado informe a Eisenhower explicando que ningún habitante de Niihau había hecho jamás el servicio. Eisenhower dijo que se ocuparía personalmente de ello. Pero tenía tantas preocupaciones y cosas a que atender que se olvidó.

Indudablemente me hubiera gustado ir a Niihau, que al parecer es la isla más feliz del mundo, quizá la única isla verdaderamente feliz que ha quedado en el globo. Pero Aylmer Robinson se guardó muy bien de hacer una excepción conmigo, y por tanto hube de contentarme con recoger en Honolulu las noticias que pudieran interesarme. Por otra parte emprendí el trabajo con verdadero entusiasmo; a pesar de la negativa, sentía gran simpatía por Aylmer Robinson. Me gustaba su romanticismo incomprendido, su terquedad.

Me gustaba Niihau, cuya existencia bastaba para justificar la estúpida etapa de las islas Hawai. Me imaginaba sin esfuerzo cómo eran las mujeres de Niihau: libres, sin complejos, felices. Mujeres que ignoraban la esclavitud y la emancipación, la humillación y la soberbia: y me ofrecían una respuesta incansablemente buscada por medio globo terráqueo.

Apenas regresé de Kona fui a ver al periodista que había arriesgado la piel, luego visité al inspector del distrito Clifton Ashford y finalmente me trasladé a los archivos de los diarios de Honolulu. Y he aquí lo que descubrí.

Para comenzar diré que los doscientos treinta y ocho habitantes de purísima raza polinesia van vestidos con *blue-jeans* o con el clásico *muu-muu*. Y es el propio Aylmer Robinson quien se los suministra, para que sus ojos de puritano no sean ofendidos por la desnudez impúdica. Hay escuelas. Rudimentarias, pero las hay; y se enseña el inglés. Lo de las palomas mensajeras es pura broma: una vez a la semana Aylmer Robinson envía a Niihau un vaporcito que desembarca latas de sardina, zumos de fruta y diarios como el *Time* y *Newsweek*.

En cuanto a las mujeres, son un poco más pobres y más ignorantes que Lucy Maikai. Sin embargo se les ocurrió pedir una batería a Aylmer Robinson, y éste la concedió. Les sirve para lavar la ropa: con un bidón han fabricado una especie de lavadora automática. Cuando no utilizan la batería para el lavado de la ropa la hacen servir para escuchar la radio.

Lo que sí ha resultado cierto es que si uno abandona Niihau, ya no puede regresar nunca más. Pero también es cierto que a la mayoría les tiene sin cuidado, y que la abandonan para intentar la gran aventura en Kauai. Los hombres tratan de emplearse como camareros; las mujeres, como obreras en las fábricas donde se envasa la piña.

Aylmer Robinson hace de vez en cuando alguna generosa excepción: si una mujer está encinta, le permite trasladarse a Kauai y entrar en un hospital. Casi todas las mujeres van a Kauai cuando llega el momento de dar a luz, porque se ha corrido la voz de que aquí se usa el parto sin dolor.

Antes las polinesias eran mujeres fuertes. Parían solas en el bosque, y al día siguiente bailaban el hula para dar gracias al Señor o a sus dioses. Pero ahora

prefieren el parto sin dolor.

Regresé al hotel con un deseo irrefrenable de reír. El sol calentaba como en pleno estío; hasta el vestido de seda me parecía pesado. Las palmeras, sin un grano de polvo, acariciaban el techo del Ala Moana Hotel. Las olas al romper contra las rocas de lava cantaban agradablemente.

Después de todo esta etapa me había servido para algo: para ver el lugar de veraneo más bonito del mundo. En mi habitación había aire acondicionado, y el refrigerador estaba atestado de bebidas frescas. Bebí un zumo de piña en lata y escribí una carta de agradecimiento a Irma, Sadie y Fanny, imaginándome los gritos de alegría con que la recibirían.

Eran simpáticas Irma, Sadie y Fanny. Tenían una espontaneidad desconocida para cualquier otra mujer de cualquier otro país. Pero fácilmente se comprendía que era cuestión de años, de lustros a lo sumo: las Sadies, las Irmas y las Fannys de la próxima generación no tendrían sobre las demás mujeres ni siquiera esta ventaja. Serían tan cretinas y ambiciosas como las alumnas de Gladys Brandt.

Llamé a Duilio, que ya no se preocupaba de ir en busca de muchachas, y decidimos comer en el Willow's, que es el más famoso restaurante hawaiano de Ohau, y pertenece a Kathleen Perry, hija de Emma Kaleionamoku Ai Austen, elegida en 1959 *The American Mother of the Year* (La Madre Americana del Año).

Emma era una dulce y vieja polinesia que antes de la guerra vivía en una cabaña. Pero a causa de un bombardeo había ardido por completo, y Kathleen había construido en su lugar aquel restaurante de falso estilo hawaiano: con las paredes cubiertas con troncos de árbol y las mesas iluminadas con antorchas.

Aquella noche Kathleen había organizado un *luau*, y se comía acurrucados en el suelo, sin cuchara ni tenedor. El cerdo, cocido entre piedras al rojo vivo, era servido en hojas de banana, como se ve en las películas musicales cuya acción se desarrolla en los Mares del Sur, para que el *marine* pueda enamorarse de la muchacha nativa. Esto excitaba a los turistas, que reían como bobalicones y comían junto con el cerdo las flores de lúpulo de sus collares.

Asqueados, nos fuimos muy pronto. Para consolarnos comenzamos a beber *whisky on the rocks* en el club nocturno del Poblado Hawaiano, donde se podía bailar con las muchachas y los chicos más atrayentes de la isla. Mi hawaiano era rubio y estudiaba bacteriología. La hawaiana de Duilio era rubia y enseñaba gimnasia. Eran hermosos como dos comparsas de Hollywood, y sabían hacer discretamente la corte. Mi compañero me regaló una gardenia. Pero pronto se mostraron demasiado apasionados y decidimos plantarlos.

A pesar de ser medianoche las tiendas permanecían abiertas. Con malignidad masoquista compramos un estúpido *muu-muu*, una estúpida camisa *aloha* y una todavía más estúpida faldita de nilón para bailar el hula.

Un whisky de más y hubiéramos subido al escenario a bailar el hula con las turistas de cabellos morados. Big Bill había vuelto a reunirse con nosotros, y su rostro color chocolate daba muestras de gran sufrimiento. Se rascaba la nariz y movía lentamente la cabeza, como si se le hubiera muerto una tía. En el umbral del Ala Moana nos tendió la mano, de palma rosada como la de los negros.

—Entonces adiós, gente.

—Adiós, Big Bill.

—Lo siento, gente. Estáis desilusionados, pero no es culpa mía.

—¡Claro que no! Ya sabemos que no es culpa tuya, Big Bill. Es culpa nuestra. Tenías razón: las verdaderas mujeres hawaianas ya no existen, como los peces y los pájaros. Las mujeres hawaianas de hoy día son tal como yo las he visto: eso es todo. ¿Es que encima aún hemos de llorar?

Abandonamos Honolulu hacia el amanecer. Un aduanero escrupuloso nos registró a conciencia las maletas para comprobar si nos llevábamos escondidos bulbos o semillas de flores: exportarlas al continente está terminantemente prohibido.

Las llevaba, pero no me las encontró. Lástima, porque me hubiera ahorrado otra desilusión. En Italia jamás llegaron a florecer estas semillas, y únicamente se abrió el bulbo de una orquídea inmensa y carnosa; pero para ofrecer a nuestros ojos una especie de miosotis diminuta, tan minúscula y anémica que daba pena verla.

De pronto el aduanero me arrancó del vestido la gardenia que el estudiante hawaiano me había ofrecido: también está prohibido exportar una gardenia en el vestido. La Oficina de Sanidad y Etnología tolera exclusivamente orquídeas esterilizadas.

El avión estaba lleno de turistas con orquídeas esterilizadas al cuello. Llegamos a Los Ángeles por la tarde y a la mañana siguiente ya estábamos en Nueva York: la ciudad donde las mujeres mandan como en ninguna otra parte del mundo.

En Nueva York encontró Duilio lo que estaba buscando desde el principio del viaje: su muchacha, advertida por un telegrama, estaba en el aeropuerto esperándole.

Se llamaba Lauren. Era una chica muy linda, de bonita cabellera rubia y el cuerpo esbelto de las norteamericanas que hacen régimen. Su maquillaje era muy cuidado, y olía a desodorante.

Lanzó sobre Duilio tal chaparrón de *honey, sweetie, sugar*^[2], que casi me sentí empachada. Parecía tierna como una japonesita, maternal como una malaya, femenina como una india, sumisa como una musulmana; pero apenas se puso al volante del coche se mostró autoritaria como una norteamericana y ordenó a Duilio:

—Tú cállate y déjate de proyectos. Ya te he organizado yo estos dos días que has de pasar en Nueva York, y ¡pobre de ti si te atreves a cambiar una coma!

Todavía era invierno en Nueva York. El frío calaba hasta los huesos, y quizá por esto se me helaba el corazón. Lauren conducía con ademanes precisos, y al cabo de veinte minutos ya estábamos en pleno Manhattan.

Por las empañadas ventanillas encontraba de nuevo, como chiquillo que regresa al

colegio después de un excitante fin de semana en Luna Park, un terror olvidado. Era el terror de aquellos rascacielos sucios y renegridos, de aquellas calles ensordecedoras, de aquellos hombres que corren, corren sin mirar a las mujeres, o dirigiéndoles a lo sumo una mirada sumisa; de aquellas mujeres que corren, corren sin mirar a los hombres, o dirigiéndoles a lo sumo una mirada hostil.

En el interior de los edificios iluminados constantemente con fluorescentes, porque jamás llega hasta allí la cálida luz solar, millares de mujeres modernas se hallan empeñadas en una guerra sin cuartel contra los sumisos varones. Y ellas son fuertes, potentes, perversamente solas.

A mediodía, cuando las oficinas quedan vacías por la pausa del almuerzo, estas mujeres salen del despacho como un agresivo torrente rebosante de tristeza, y se sientan en los *snack bar* ante un hamburgués con ensalada. Entre bocado de hamburgués y hoja de ensalada se vuelven alguna vez para decir una palabra a un hombre que está sentado ante su ensalada y su hamburgués, y en aquel instante en el fondo de sus pupilas tiembla una avidez que espanta al hombre, que prefiere no darse por enterado, o contesta con un simple parpadeo.

Entonces estas mujeres se levantan y pagan apresuradamente. Y corren presurosas a comprar cualquier cosa a Macy's, donde en un *stand* especial se hace una propaganda desafortunada de unos lindos delantales de hombre. Un rótulo descomunal aconseja: «El hombre que os ayuda en la cocina debe llevar este delantal».

Por último estas mujeres regresan precipitadamente a los edificios iluminados de continuo con fluorescentes, y prosiguen esa guerra ridícula, pero destinada sin duda alguna al éxito.

¿Acaso no es cierto que la mujer en Norteamérica goza de una autoridad desconocida al resto de las mujeres del globo terráqueo? Las tres cuartas partes del poderío económico norteamericano se halla en manos de las mujeres. Las mujeres poseen el sesenta y cinco por ciento de las acciones de las grandes sociedades, el setenta por ciento de las pólizas de seguros, el sesenta y cinco por ciento de las libretas de ahorro. En otras cifras: cien mil millones de libretas de ahorro, setenta mil millones en bonos del tesoro, ochenta mil millones en acciones industriales.

Toda la política interior norteamericana está dominada por las mujeres. En 1958 la Oficina del Censo reveló que el electorado femenino superaba en cuatro millones y medio al de los varones. Por lo que resulta obvio que cualquier candidato a la presidencia de Estados Unidos debe ante todo gustar a las mujeres.

Casi toda la vida cultural norteamericana está en manos de las mujeres: la enseñanza escolar en un sesenta y cinco por ciento, las galerías de arte en un ochenta y cuatro por ciento, los teatros en un sesenta y tres por ciento, el cine y la televisión en un cincuenta y ocho por ciento.

La educación de los hijos, la decoración del hogar, la profesión del marido, la indumentaria del marido, las diversiones del marido, el régimen del marido, todo lo decide exclusivamente la mujer.

La mujer norteamericana comienza a mandar al hombre norteamericano desde el mismo instante en que éste abre los ojos al mundo, y seguirá mandándole hasta el preciso momento en que él cierre los ojos para siempre. El hombre norteamericano aprende que es una criatura inferior desde niño, cuando la madre le protege y le arrulla. Lo comprueba cuando va a la escuela y la maestra le enseña a respetar a las niñas. Se convence de ello cuando llega a adulto y una muchacha se casa con él o le roba el sitio en la oficina.

La mujer norteamericana es un hombre. Es un hombre con muchas ventajas. Tiene derecho a votar; pero no tiene el deber de ir a la guerra. Pretende que en el ascensor el varón se descubra; pero si ella se digna darle la mano, no se molesta en quitarse el guante. Puede demandar a su ex novio por faltar a la promesa matrimonial; pero el ex novio no puede demandarla por la misma causa. Puede exigir su manutención después del divorcio; pero el marido no puede exigir de ella nada, aun en el supuesto de que ella trabaje.

En los últimos cincuenta años el progreso técnico norteamericano ha tenido una única finalidad: hacer más fácil la vida a las mujeres. Pero a los hombres, ni hablar. Las máquinas lavaplatos han sido inventadas para ayudar a la mujer. Las lavadoras automáticas han sido inventadas para ayudar a la mujer. Pero aún no se ha inventado ninguna máquina para ayudar a los hombres que fabrican aspiradores, lavadoras automáticas y lavaplatos. Y así mientras los hombres se cansan para que sus mujeres descansen, éstas ahorran tiempo y energía: productos indispensables para reforzar su poder.

¿Es ésta la razón de que en Norteamérica haya muchas más mujeres que hombres? En 1930 en Norteamérica las mujeres eran un millón y medio más numerosas que los hombres. Hoy se calcula que en 1975 serán siete millones y medio más numerosas que los hombres.

Por cada cien hembras nacen en Norteamérica ciento nueve varones y medio. Hasta la edad de dieciocho años la proporción permanece inmutable; pero entre los dieciocho años y los veinticuatro, a cien mujeres corresponden ciento tres varones; entre los veinticuatro años y los cuarenta y dos, a cien mujeres corresponden ochenta y seis varones; entre los cuarenta y dos y el resto de la vida, a cien mujeres corresponden sesenta y cinco varones.

En casi todos los países las mujeres viven mucho más que los hombres, puesto que no es nada cierto que el sexo débil sea físicamente débil; en las mujeres el sistema glandular es más fuerte; la presión sanguínea, más baja; la defensa contra los gérmenes, más fácil. Pero Norteamérica ha exagerado un poco la nota. La mujer norteamericana vive un promedio no inferior a setenta y tres años y seis meses: mucho más que cualquier otra mujer sobre la corteza terrestre. El hombre norteamericano, no.

En Norteamérica encontráis viejas por todas partes. En cambio los hombres que veis nunca aparentan setenta años: a veces, ni siquiera sesenta; en la mayoría de los

casos no rebasan la cincuentena. Los consejos de administración están llenos de viejas, nunca de viejos. Los restaurantes están abarrotados de viejas, nunca de viejos. «¿Dónde se esconden los viejos?», preguntaréis. No se esconden. Murieron antes de llegar a viejos: agotados por el cansancio acumulado al construir nuevas máquinas para las mujeres, por la humillación sufrida en la derrota continua que les infligen las mujeres, por el infarto cardiaco que hiere a un setenta y cinco por ciento más hombres que mujeres.

Las estadísticas afirman que en Norteamérica las probabilidades que tiene un hombre de vivir después de cumplir los cuarenta años es menor que en cualquier otro país; después de los cincuenta quedan reducidas a la mínima expresión: el veinticuatro por ciento si se compara con el hombre italiano, el cincuenta y cinco por ciento en relación con el hombre sueco. Y debo advertir que estas estadísticas hacen caso omiso del número de hombres muertos en guerra. Han sido tomadas en tiempo de paz: cuando ya había acabado la guerra de Corea.

Por eso Norteamérica está llena de viudas. Existen actualmente nueve millones de viudas contra un millón y medio de viudos. Las encontráis desparramadas por todo el mundo: en Italia, en París, en la Costa Azul, en Miami, en Oriente, como la viuda de Baltimore que deseaba un autógrafo de la maharaní en el Rambagh Palace de Jaipur. Pero no os conmueven como las viudas indias: no son tan desgraciadas. De ordinario son alegres, ricas, porque heredaron los ahorros del difunto marido, y saben disfrutar de la vida: como asesinos en libertad.

Y ahora, paseando por Manhattan y mirando a estos hombres hermosos, físicamente robustos, simpáticos, pero de aspecto resignado y sumiso, me parecía ver un cementerio de huesos blanqueados, descarnados: los huesos de los hombres destinados a morir antes de tiempo de cansancio, humillación, infarto cardiaco; muertos por las mismas mujeres desgraciadas que os lanzan un chaparrón de *honey*, *sweetie*, *sugar*, como mantis religiosas que primero poseen al macho y luego lo devoran.

También Duilio tenía el mismo aspecto descarnado mientras permanecía sentado en un restaurante de Broadway al lado de Laureen, y Laureen le explicaba que se había dedicado a la fotografía, que trabajaba en un diario, y que ahora estaba en disposición de humillar a cualquier colega que llevara pantalones. Para seguir su carrera, Laureen había tenido que divorciarse dos veces; mas ahora buscaba alivio a su soledad acercándose, como una mantis religiosa, al ingenuo Duilio.

—¿Por qué no te estableces aquí en Nueva York, *honey*? ¿Sabes, *sweetie*?... Aquí en Nueva York se gana mucho más. Y además, *sugar*, estoy yo para protegerte. Si me haces caso, harás fortuna en un año.

—¡Eh, eh! ¡Ojalá! —decía Duilio.

Yo no sabía hasta qué punto su desconfianza de italiano y su pereza de romano sabrían resistir aquel acoso.

—¿Entonces, *sweetie*?... Piénsalo, *honey* —insistía Laureen.

Su voz vibraba, porque estaba jugando una carta importante, tal vez la última que le quedaba.

—¡Ah, América..., América!... —murmuraba Duilio, con voz insegura.

Me daba pena. Casi casi ya veía sus huesos que dormían blanqueados, definitivamente descarnados, en el gran *smog* (niebla y humo) de Nueva York.

De pronto sus picaros ojos miraron recelosos a Laureen, y toda su prudencia europea surgió para defenderle. Recordó haber conseguido de Laureen cuanto deseaba. Recordó que Nueva York no es Roma: en Nueva York se trabaja mucho más. Y cambió resueltamente de conversación: contó con singular gracejo diversos episodios de nuestro largo viaje.

Laureen encajó el golpe: como un púgil que ha perdido la ocasión de ganar el combate y, aunque puede rehacerse en cualquier momento, ya no tiene seguridad en sí mismo.

Ahora era ella la que me daba pena. ¡Pobre Laureen! Parecía una excelente devoradora; pero ¿hasta qué punto era responsable de serlo? Vivía en un mundo de hombres débiles, encadenados a una esclavitud que ellos mismos alimentan y de la que no saben liberarse; tan ciegos que no son capaces de ver el abismo en que se precipitan ellos mismos y sus adversarias. ¿Existía alguna otra salida para mujeres como Laureen?

Por la noche, cuando el metro las engullía para escupirlas ante el departamento pagado con el dinero producto de tanta independencia, una desesperada melancolía empañaba su corazón y su cerebro: toda Nueva York parecía sobresaltarse con sus rabiosos suspiros. Por eso apenas podían escapaban de allí y de nuevo el metro las engullía para escupirlas ante un cine o un bar donde se emborracharían solas, mientras pensaban en la ambigüedad de su victoria, de la que el mundo habla sin cesar hasta convertirla en un verdadero problema.

¡Y qué problema, Dios mío! Con estos eternos niños grandes que buscan a la madre hasta en una secretaria, ellas ejercitan indudablemente autoridad y autosuficiencia; pero al mismo tiempo sueñan en humildad y compañía. No es posible sustraerse a las férreas reglas de una sociedad; pero tampoco se puede huir de los sentimientos más simples. Aprisionada por este dilema, ¿era culpable Laureen? Tal vez los culpables eran sus maridos anteriores. O quizás ella y ellos eran culpables en idéntica medida. Tal vez le gustaba mucho menos de lo que ella creía la brillante idea de convertirse algún día en viuda y pasearse el resto de su vida como un asesino en libertad.

—*Really?* (¿De veras?) —comentaba Laureen, llena de melancolía, cada vez que terminaba un relato el alarmado Duilio—. *How interesting!* (¡Qué interesante!)

Pero sus ojos le imploraban que se tranquilizara, dándole a entender que nada le importaban todos aquellos relatos. Y Duilio insistía, cada vez más alarmado, en sus peroratas, incitándome en silencio a ayudarlo.

No tenía demasiadas ganas, he de admitirlo. Los vencedores son siempre

antipáticos, y mi cerebro me sugería una ruin neutralidad: ¡que se las compongan ellos mismos, caramba!

Pero luego, con el instinto de la mujer que ha nacido en un país donde se utilizan muy pocos aspiradores o lavadoras automáticas, y las viudas reciben a lo sumo una pensión de catorce mil liras (mil cuatrocientas pesetas) al mes, y el peor de los hombres es siempre un hombre, y como tal es más o menos aceptado, me resolví a ayudar a Duilio.

Comencé a hablar de cosas comunes, del mundo que cambia, de las mujeres que cambian, y dije que por doquier ellas aprenden a imitar nuestros feos vestidos europeos, nuestros estúpidos zapatos con tacón alto y nuestra absurda competencia con el hombre; pero a pesar de los modelos franceses que puedan venderse en los almacenes de Tokio, a pesar de las teorías feministas que puedan proclamarse en los comicios de Bombay, a pesar de las numerosas escuelas de guerra que puedan abrirse para muchachas sin cerebro en Pekín o en Ankara, siempre existirá diferencia entre hombre y mujer.

Duilio asentía. Lauren movía la cabeza en silencio. De pronto exclamó, con voz triste:

—A mi entender las mujeres son todas iguales en todo el mundo.

¡Vaya! También la mujer más sabia que he conocido, la Rajkumari Amrit Kaur, me había dicho lo mismo en una colina de Delhi: «Amiga mía, las mujeres son todas iguales en el mundo, a cualquier raza o clima o religión que pertenezcan; puesto que la naturaleza humana es igual en todas partes».

¿Tenían razón? De un confín al otro de la tierra las mujeres viven en forma equivocada: o apartadas como bestias en un zoo, mirando al cielo y a la gente envueltas en una sábana como el sudario envuelve un cadáver, o libres de toda atadura como guerreros ambiciosos, ganando medallas en las competiciones con los hombres.

No sabría decir si la pena más profunda la experimenté ante la pequeña esposa de Karachi o ante la fea soldado de Ankara. No sabría dilucidar si me había aterrado más la vieja china de los pies vendados o esta norteamericana empeñada en retener a un italiano que bostezaba de sueño.

—Todas —contesté a Lauren— se han lanzado más o menos conscientemente hacia algo que sólo puede provocar dolor, un dolor cada vez más complicado. El gran estribillo que obsesiona a las mujeres del mundo entero se llama Emancipación y Progreso. Cada vez que desembarqué en un nuevo país me topé con estas dos altisonantes palabras, y las mujeres se llenaban con ellas la boca como si comieran chicle. Se las hemos enseñado nosotras, como les hemos enseñado a mascar chicle; pero no les hemos advertido que el chicle produce dolor de estómago.

—¡Dios mío, qué aburrimiento! —exclamó Duilio—. Hacéis que me entre sueño. Me voy a dormir.

—No, no. Vamos a beber un whisky —repuso Lauren.

Y me miró, buscando mi complicidad.

—¿Qué dices tú?

¡Qué debía decirte, Lauren! ¡Te parecías tanto a mi amiga italiana que llorea sonándose la nariz!... Dando vueltas como Caín alrededor de la luna, había regresado al mismo punto de partida. Y en aquella peregrinación había seguido paso a paso la marcha de las mujeres en torno a una obsesionante y estúpida desdicha.



ORIANA FALLACI nació en Florencia. Su carrera de periodista se inició precozmente en la ciudad del Arno, siendo su primer cometido dentro de la profesión el de reportero de sucesos en las páginas del «Giornale del Mattino». A la edad de veinte años escribió la primera de sus hoy famosas colaboraciones en la revista «L'Europeo». Ha publicado los siguientes libros: *Los siete pecados de Hollywood*, *El sexo inútil*, *Penélope en la guerra*, *Los antipáticos*, *Si el Sol muere*, *Nada y así sea*, traducidos todos ellos a diversas lenguas.

Notas

[1] Gramola automática de fichas. <<

[2] Literalmente, «miel», «dulce», «azúcar», denominaciones afectuosas equivalentes a nuestros «cariño», «cielo», «encanto». <<